

PUEBLOS LATINOS

I

Los franceses



UNCA fué el traje de los hombres de las clases elevadas tan contrario al espíritu de la época como en el siglo XIII. En una época de guerra constante estaban en boga las túnicas hasta los tobillos. Es posible que las ropas entonces en uso vinieran del Asia con las Cruzadas, porque todo en ellas, tela, adorno y modo de ponérselas, recuerda la moda bizantina. Se componía el traje de camisa, túnica

interior, túnica exterior, capa, calzas y gorra. Las calzas (*braies*), bastante largas y estrechas, se sujetaban por medio de cordones al cinturón. La prenda de debajo y la de encima eran del mismo corte, las dos ensanchaban de igual modo de arriba abajo, sólo que la interior tenía mangas largas y estrechas y era algo más corta que la de encima (72. 11); también se usaba capucha. El sayo interior llevaba cinturón y el exterior iba suelto. Poníanse además un sobretodo sin mangas que llegaba hasta los tobillos ó hasta media pierna (72. 3. 20 á 23). En el traje guerrero dominaban los colores del escudo. Sólo los ancianos usaban aún capa rectangular (72. 2), que la moda exigía que se echara sobre los hombros y se prendiera en el pecho con un broche ó un doble cordón (72. 18). Como prenda de viaje y de abrigo usábase la *penula* con capu-

cha ó el balandrán á estilo de Inglaterra, que era un ropón desceñido (72. 17), de mangas largas y colgantes, con aberturas para los brazos, y capucha. Para cubrir la cabeza, además de la capucha (72. 3. 11), usaban una gorra parecida al gorro frigio, aunque sin orejeras (72. 5), ó un sombrero de copa redonda y ala ancha (72. 17). Llevaban la cabellera hasta los hombros y la barba afeitada. Los jornaleros prescindían de modas y gastaban calzas largas (72. 6. 7), no muy ceñidas, ó más cortas y anchas, á estilo normando, sujetas á las rodillas (72. 1); camisa de mangas, cuyos faldones caían fuera de las calzas (72. 7); el sayal antiguo no muy largo, con cinturón en torno de las caderas; la *penula* (72. 6), capucha ó una gorra de tela blanca, atada por debajo de la barbilla (72. 1), y zapatos cerrados.

Las principales prendas del traje de la mujer francesa distinguida en el siglo XIII consistían en camisa, sayo interior, otro encima y capa. Al principio de siglo uno y otro sayo fueron ensanchando por igual de arriba abajo (72. 15), y más adelante se ciñeron del pecho á la cintura y empezaron á ensanchar desde

las caderas (72. 11); las mangas más en uso eran largas, estrechas y ajustadas á la muñeca (72. 9. 11). Llevábase cinturón cuando el vestido era holgado, pero no cuando ceñido. La capa, puesta sobre los hombros, se sujetaba por un cordón doble (72. 15). El pelo se llevaba con raya y suelto, abierto ó trenzado, unas veces formando moño, otras metido en una redecilla y con frecuencia simplemente atado con una cinta (72. 11). El adorno usual de la cabeza era una guirnalda de flores ó un aro de oro. Además, como tocado, poníanse un lienzo que se pasaba tirante por debajo de la barba y se cruzaba en la coronilla, sujetándolo á los lados con alfileres (72. 10); encima se colocaba un aro ancho forrado de tela de color y la capucha (72. 10). Por último, llevábase también velo redondo que caía hasta la mitad de la espalda. Hacia fines de siglo se cruzaban las trenzas en la nuca y se llevaban las puntas á la frente en forma de diadema, dejando las orejas al descubierto.

Las vestiduras reales correspondían próximamente á las imperiales bizantinas. Se componían de túnica hasta los pies, con mangas largas y estrechas (72. 12. 18), dalmática azul ó púrpura, rayada, con amplias mangas; manto semicircular azul, bordado de oro y forrado de armiño, puesto sobre el hombro derecho y sujeto en el pecho, con capucha de otro color y esclavina redonda. En tiempo de Felipe III el manto real era de forma ovalada algo prolongada, con una abertura en el centro para la cabeza y un corte desde dicha abertura hasta la orilla inferior, por el cual salía el brazo derecho, mientras que por el otro lado el manto descansaba sobre el hombro izquierdo (72. 13). Los dignatarios de la corte y del Estado no llevaban traje especial sino determinados distintivos.

El traje masculino conservaba en la primera mitad del siglo xiv el corte artístico del siglo anterior. Los ropones, con mangas ó sin ellas, las capas con capucha (73. 1. 2. 4. 5) y otras prendas que habían llevado los padres, las llevaban los hijos; mas los nietos ya introdujeron reformas en su atavío. Empezaron por hacerse la ropa más ceñida al busto, y las largas túnicas, cuyos pliegues recogía el cinturón que rodeaba las caderas (73. 8. 9), fueron acortándose hasta quedar más arriba de las rodillas (73. 14). En las mangas fué donde la moda hizo más estragos. Se llevaban largas hasta cubrir media mano (73. 8. 9) y en forma de saco con muchos pliegues. Se usaron cuellos altos y tiras dentadas en los bordes de la ropa. El sayo se llamaba entonces *pourpoint* y era á veces tan corto como un justillo (73. 15). Las calzas, hasta entonces sueltas, se unieron, cubriendo la parte inferior del cuerpo, y para que fuesen ceñidas se hacían de un tejido elástico. Solía llevarse cada calza de color distinto y los guerreros usaban los de sus escudos. El sobretodo (*robe*) varió poco; siguió ceñido en los hombros y ancho de abajo (73. 13); iba abierto por el pecho y á veces de arriba abajo, adornado con pieles ó tiras dentadas y sujeto por el cinturón. A fines del siglo se empezó á llevar como sobretodo una derivación del balandrán (72. 12), con mangas á manera de esclavina en los hombros, y capucha llamada *ganache*, importada al parecer de España por los moros. La capa conservó el corte semicircular, pero se acortó, no pasando á veces de las rodillas; se abrochaba por delante desde el hombro derecho hasta abajo. La capucha se llevaba siempre; unas veces suelta con esclavina cerrada y otras unida á la misma capa (73. 4. 5). Las capas con capucha cuya punta llegaba al suelo estaban muy en boga en ambos sexos y en todas las clases de la sociedad. Cubríanse también la cabeza con un sombrero puntiagudo de ala levantada por detrás y terminada en punta por delante (73. 2. 13), ó con otro de fieltro de ala ancha (73. 12). Usábase igualmente gorra redonda con un rollo alrededor (73. 10). El calzado tenía la punta de pico y á veces se le sustituía con una suela adherida al pie de la calza (73. 8. 15). Estilábase poca barba ó ninguna; el pelo largo por detrás y por las sienes y cortado en línea recta por la frente; más adelante se llevó cortado al rape. Las personas distinguidas lo llevaban enroscado en un aro que desde la nuca subía en disminución hasta la frente, donde se colocaba una joya como adorno (fig. 37. 1).

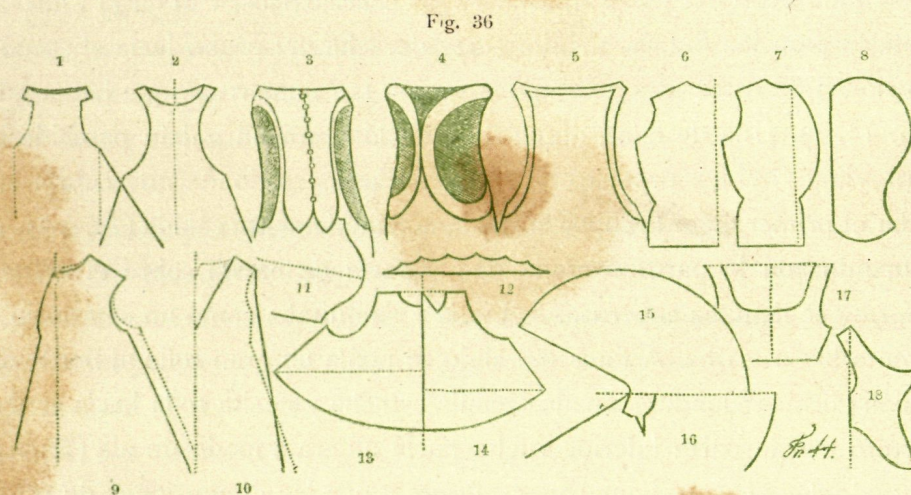
En la segunda mitad del siglo xiv hubo muchas variaciones en el traje masculino. Conservaron las calzas su antigua forma, alargando considerablemente la punta en pico de los pies. Para dar esbeltez al

cuerpo se estrechó el jubón (*pourpoint*) hasta el punto de tenerlo que abrir en todo ó en parte por el delantero (74. 4. 8) para podérselo poner. Luego se abrochaba de modo que sin formar una arruga se ciñese al cuerpo. Esta prenda llegaba un poco más abajo de las caderas; tenía mangas también muy ajustadas y abiertas en la muñeca hasta casi los dedos. A menudo llevábanse por comodidad mangas cortas, dejando el resto del brazo cubierto por las de la prenda interior (74. 6). La de encima, que tenía capucha (74. 4), se adornaba con colores y piezas brillantes de metal, y se sujetaba con cinturón, también de metal, puesto por debajo de las caderas (75. 5) y con adornos en las orillas. La capucha era bastante pequeña y se hacía de un trozo de tela rectangular, cuyas dos puntas más largas se fijaban en el centro del otro lado, y mediante las costuras necesarias se formaba la prenda. Los obreros continuaron llevando ropas holgadas (74. 1. 3. 5) de diferentes formas, tales como el ropón (74. 10), la hopalanda (74. 16. 77. 12), parecida á las batas modernas, y la *husse* (73. 5. 74. 9. 12. 15). Otra prenda semejante á esta última era la sotana (74. 11), derivada del ropón sin mangas que usaban los soldados (72. 21) y que sirvió de prenda de ceremonia á los nobles, hasta el siglo xv, en que quedó exclusivamente para los eclesiásticos. Era larga y ancha, tenía en los costados aberturas grandes para los brazos, y en la parte derecha del pecho lucía el escudo de armas de su dueño. Las derivaciones de estos tres sobretodos fueron tan numerosas que había que darles nombres distintos (74. 12. 14. 75. 7). Una de ellas, digna de mención, era un gabán parecido al ropón, de tela burda y propio para viaje (74. 13), provisto de larga esclavina redonda que cubría los brazos. Como cubre-cabezas ocupaba el primer lugar la capucha dentada, simplemente calada (74. 2. 75. 5) ó puesta á modo de turbante, formando con la parte dentada una especie de cresta sobre el cráneo (74. 14. 16; fig. 19. 1 á 14). En esta forma se llamaba caperuza, se ponía y se quitaba como un sombrero y para saludar se levantaba por la frente hacia arriba. A fines del siglo se ponía un gran rollo al borde de la caperuza (76. 23). Usábanse también gorras redondas, con ala sencilla ó ancha y vuelta toda hacia arriba (74. 13), y gorras de forma de mortero con la parte inferior vuelta hacia afuera á modo de ala (74. 10). El calzado seguía usándose puntiagudo, los picos se llamaban *poulaines* y por las dimensiones de éstos podía juzgarse de la categoría de la persona. Si tenían medio pie de largo, eran de plebeyo; si un pie, de persona rica, y si de uno y medio á dos, de barones y caballeros. El borceguí tenía abertura en el empeine y se llevaba también abierto hasta los tobillos (fig. 17. 13). Respecto al cabello usábase medianamente largo, rizado á menudo y á veces con raya; la barba, el bigote y la perilla estaban de nuevo en boga.

En la misma época la tendencia á ceñir el busto se notaba en los vestidos de las mujeres, que ensanchaban no más desde las caderas para abajo (73. 6. 7. 11). Con el tiempo se ajustó aún más el cuerpo, que iba abrochado por delante (73. 21). Cuerpo y falda se hacían de una pieza, y la falda con larga cola. Las mangas eran anchas por arriba y estrechas por abajo y con botones (73. 7) en los vestidos de la gente plebeya, mas, por lo general, se preferían ajustadas (73. 6. 21). Pronto se empezó á hacer uso de las mangas cortas y con alas colgantes en forma de tiras, hasta el suelo (73. 18. 19. 23. 24). El *surkot* sin mangas estaba en gran favor (73. 18. 24), pero tan estrecho por arriba que sólo caía una tira sobre el hombro (fig. 36. 1. 2). Las aberturas para los brazos llegaban hasta el cinturón (73. 24. 75. 3). La parte superior del cuerpo solía ser de armiño, y adornábase el pecho, del cuello á la cintura, con botones ó joyas (fig. 36. 3). Las damas ponían en la parte inferior del *surkot* los colores de sus blasones (73. 19. 23. 24). El escote era bastante grande, redondo ó cuadrado, y las mujeres de edad lo cubrían con una especie de pechera de fina tela de hilo que rodeaba cabeza y cuello (73. 19. 75. 1), cayendo hacia abajo por delante (73. 16). La capa ó manto, prenda que sólo se usaba en días festivos ó en caso de viudez, era de corte semicircular, se echaba sobre los hombros y se prendía en el pecho por un broche ó un alfiler (73. 11); la de luto tenía aberturas para los brazos y capucha forrada de pieles grises (75. 1). Las mujeres de la clase media se ponían sobre la toca un velo que por la frente llegaba á las cejas y por los lados á los hombros

(75. 1. Fig. 18. 2. 3). También envolvían con este velo la cabeza, siempre por encima de la toca (73. 11), ó se lo ponían de otra manera (73. 16). Unicamente las jóvenes solían llevar el pelo suelto (74. 7); las personas mayores se hacían trenzas que bajaban por las mejillas, se cruzaban en la nuca, volvían á subir, rodeaban la cara, y, para sujetar las puntas, las metían en el mismo pelo por las sienes. Entre las damas de alto coturno se estilaba una gorra muy bordada que bajaba hasta las mejillas y de la que partían unos rollos imitando trenzas que desde la nuca subían á la frente. Las variaciones del traje femenino durante la segunda mitad del siglo XIV fueron poco importantes. Se llevaban las prendas de abajo y las de encima más estrechas y más largas aún que antes; las primeras cerradas á un lado con cordones (76. 7) y las segundas abrochadas por el pecho (73. 21) ó cerradas con cordones igualmente. Las mangas siguieron estrechas, y por lo general abiertas en la muñeca; las de la prenda de encima solían ser cortas y con unas piezas salientes que parecían banderas. Así como en Inglaterra, empezaron á llevarse en Francia unas aberturas grandes como la mano en la falda á la altura de los muslos (compárese 63. 5), que se llamaban

«ventanas del infierno» (*fenetres d'enfer*).



El *surkot* abierto por los lados conservaba, en general, su antigua forma; allá por el año 1370 se usaba con los delanteros estrechos y las piezas de la espalda anchas (fig. 36. 4. 5). A fines del siglo se introdujeron nuevas modas; en lugar del sayo se usaba sobre el traje interior una especie de cuerpo de pieles (75. 6) y

en lugar de cinturón una tira bordada; luego se le aplicaron mangas á esta prenda como á la interior, cortas y con una tira en la bocamanga (73. 24). Por la misma época la *cotte* ó brial se transformó, ensanchándose por la espalda y haciéndose tan escotada por delante que dejaba el pecho descubierto (73. 22. 75. 4); el borde del escote iba guarnecido de pieles ó de seda blanca, en forma de cuello ó solapa; la abertura del mismo en la parte baja se cubría con el traje interior ó con un cuerpo especial, mientras que la parte superior quedaba al aire; el talle se ponía alto y la falda de encima más larga que la de debajo. Formando contraste con el escote, tan exagerado, llevábase un tocado parecido al de las monjas, el *gimpf* (75. 1. Fig. 18. 3 á 8). Se introdujo por entonces la costumbre de llevar campanillas como adorno en el escote y en el cinturón, sin que por eso se suprimiesen las tiras dentadas, que no llegaron nunca á usarse tanto como en Alemania. Las matronas, como las jóvenes, solían llevar el cuerpo muy almohadillado para que pareciesen sus formas más abultadas. La capa semicircular ya no se usaba sino para ceremonias (75. 6); en cambio estaba en uso una especie de capa redonda con un agujero para la cabeza (*mantelet*), que cubría el cuerpo como una campana, cayendo en numerosos pliegues hasta las rodillas (compárese 94. 14). Las viudas llevaban un sayo parecido al de los monjes, abierto por los lados (compárese 75. 2), de paño blanco y á veces bordado de negro.

En los tocados hubo grandes transformaciones. Sobre las trenzas enroscadas en las sienes se colocaba un aro de oro ó plata con dos rollos á los lados imitando trenzas (55. 12. 13). También se usaba una almohadilla plana adornada con pasamanería (fig. 37. 3. 5) en lo alto de la cabeza, con el pelo en trenzas hacia la frente, suelto por detrás y recogido con una cinta. De 1322 á 1324 empezaron á usarse peinados altos en forma de medias lunas y de cuernos. El calzado era puntiagudo.

Aunque en el siglo XV el traje siguió las huellas marcadas por el XIV, fueron tan numerosas sus

variaciones y mudanzas, que es punto menos que imposible describirlo. Durante la primera mitad del siglo los hombres usaron calzas, poco más ó menos como antes, y de género de punto, que se ceñían muy bien á las piernas; por detrás se cerraban por medio de una pretina ancha y delante por una pieza de forma de bolsa llamada *braguette* (75. 30). Iban sujetas á la cintura por un cordón corredizo ó prendidas á la camisa ó al justillo con corchetes. El justillo se llevaba con cuello alto y abierto por delante y con mangas estrechas. El jubón (*pourpoint*), más ceñido y corto que antes (75. 30), llegaba sólo á las caderas (para hacer resaltar el talle se solían almohadillar aquéllas y el pecho); por delante iba abrochado con corchetes; el delantero y la espalda eran de corte idéntico (fig. 36. 6. 7), esta última parte de una pieza, y cuando no encajaba bien en los riñones se formaba un pliegue; las mangas eran largas y casi siempre ajustadas ó abofelladas en el antebrazo y con altas hombreras (fig. 36. 8) denominadas *mahoitres*, las cuales, con los almohadillados referidos, era lo que caracterizaba los trajes de la época. El jubón tenía también mangas cortas abofelladas, con el borde inferior recogido en pliegues (75. 30), y mangas perdidas acuchilladas. Se usaba además otra prenda que servía de sobretodo (*jaquette*) y era como una túnica ancha puesta alrededor del cuerpo en pliegues iguales, sujeta á la cintura (fig. 30. 6) con corchetes ó por el cinturón (76. 9. 12. 14. 20. 21), si no se quería llevar suelta (75. 29. 76. 16). La *jaquette* no pasaba de las caderas, tenía cuello alto, cuando el justillo carecía de él, y mangas tan largas que cubrían las manos (76. 12); generalmente iba guarnecida de pieles.

Los ropones, apellidados *robes*, iban abiertos por delante como anteriormente (77. 12. Fig. 36. 9) ó cerrados y con sólo una abertura en el pecho, como la *robe* primitiva (76. 15. 17). De la mezcla de unas formas con otras salió la *simarre*, abierta y abrochada en el pecho, con guarnición de piel en la abertura (76. 22), solapas (77. 10) ó cuello cuadrado que caía hasta media espalda (66. 31. 77. 13) y mangas de varias hechuras. Primero estilaron anchas, luego de forma de saco con una abertura para la mano en el centro ó en el fondo; las preferidas eran las abiertas y colgantes con aberturas, y las abiertas de arriba abajo (77. 10. 13), todas ellas con hombreras altas y rellenas. Los ropones de uso diario llegaban á las rodillas ó cuanto más á los tobillos, pero los de gala arrastraban cola y estaban guarnecidos de pieles (77. 10. 12). A la par que estas prendas seguía usándose la *husse*, sin mangas, completamente abierta por los lados ó con aberturas sólo para los brazos (77. 1), á la que los franceses llamaban *tabard*. La antigua capa semicircular, prendida al hombro derecho ó en el pecho, la llevaban solamente los viejos; los jóvenes elegantes usaban otras más cortas. Cubre-cabezas los había muy variados: la capucha de esclavina la usaban generalmente las personas que tenían necesidad de estar mucho al aire libre, como labriegos y pastores (76. 9. 77. 2. 5), pero se la ponían también los hombres de ciencia por encima del ropón (77. 14. 16. 17). Las gentes de baja estofa la usaban á la vez que sombrero de copa puntiaguda ó redonda y ala recta (76. 9. 77. 7. 11). Los personajes llevaban el ala de este sombrero levantada por detrás y terminada en punta por delante (76. 11. 15); los príncipes lo adornaban con el aro de la corona (compárese 73. 13). Las gorras más en uso eran altas y cónicas, aunque sin punta, ó de forma de mortero; las llevaban así los sabios y los empleados públicos, pero sin ala (76. 18. 77. 14 á 16), formando ángulos y con un botón ó borla encima. Una pluma puesta delante ó detrás de la gorra le servía de adorno (77. 20); las había asimismo de ala recta ó levantada (76. 12). Usábase con frecuencia la caperuza ó rollo grueso, al que se cosía la capucha, ó una gorra plana y redonda (76. 23; compárese fig. 19. 11. 13) con una cinta ancha de seda que envolvía el rollo y cuyas puntas caían á los lados ó se cruzaban en el pecho, echándolas por encima de los hombros. Estilábanse también birretes de forma de plato, con borde estrecho y vuelto (75. 28. 77. 10. 13). Debajo de todos estos cubre-cabezas poníanse la ya citada y descrita *calotte* ó casquete (77. 12. 19). Los jóvenes á la moda llevaban solamente un aro con una pluma. El calzado era de pico y tan largo que había que sostenerlo con una cadenita desde las rodillas (fig. 17. 4). Las suelas eran de madera, á veces de dos pulgadas de espesor (fig. 17. 7. 9 á 11) y sujetas al pie por correas. La cabellera,

suelta y caída sobre los hombros al principio, se cortó al rape durante el reinado de Carlos VII (1422 á 1461); la barba se llevaba afeitada y sólo se la dejaba crecer la gente plebeya.

En la segunda mitad del siglo xv el traje de los hombres varió muy poco, y era de notar el contraste entre lo ajustado y corto de un lado y lo largo y ancho del otro; además la profusión de adornos que se usaban. Las principales modificaciones que se introdujeron fueron las siguientes: las mangas más anchas y con hombreras más altas, abiertas por detrás (55. 45. 76. 14. 18) y con las aberturas guarnecidas de pieles ó cerradas con cordones (77. 20). Los delanteros y la espalda de los cuerpos eran más anchos que antes, ajustados á la cintura y con los pliegues cosidos, pero en los costados la prenda tenía que ceñir sin formar ninguna arruga (57. 17). El ropón se llevaba, como siempre, con cinturón ó cordón en el talle. Los trajes de corte á la borgoñona tenían un colgante especial que desde el hombro bajaba al suelo (77. 18. 20).

El ropón de ceremonia, abierto ó cerrado, tenía cola y se ceñía con un cordón de hebras de oro ó con una cinta de color. También el manto ó capa de ceremonia de los príncipes era con cola (76. 23), al paso que las capitas de los jóvenes elegantes (55. 58), sujetas por un cordón al pecho, colgaban de los hombros como una esclavina. La cabeza se cubría como antes; los cortesanos llevaban puesta la gorra de mortero y en la mano ó colgando de un cordón un sombrero alto con alas (76. 18. 20). A fines del siglo aparecieron los gregüescos (*haut-de-chausses*) (fig. 38), con los que se trató de cubrir la abertura de las calzas, y para que el jubón resultase más cómodo se le abrieron cuchilladas á lo ancho y á lo largo en los juegos de las articulaciones, y más adelante en el pecho y la espalda, rellenándolas con una camisa muy fina ó con abofellados de color. Tanto aumentaron las cuchilladas que se llegaron á suprimir delanteros y espaldas hasta el talle, prendiéndose el resto por medio de cordones. Más que nunca estaban en boga camisas de hilo muy finas, con la pechera bordada con hilos de oro y sedas de colores. Las mangas solían ser de dos piezas unidas por cordones en el codo y la sangría, ó abiertas por detrás y abrochadas con corchetes. El cuello, la nuca y los hombros quedaban al descubierto. El jubón era tan corto y ajustado, y tan ajustadas las calzas, que se dibujaban las formas hasta en los sitios en que menos debieran señalarse (57. 21); siendo lo más chocante que, por lo mismo que eran muy propias las túnicas largas, sucedía precisamente lo contrario, y apenas si llegaban á las rodillas. Al desaparecer las hombreras guatadas, desapareció el calzado puntiagudo, reemplazándolo otro corto y de punta redonda (77. 19). El pelo se llevaba liso ú ondulado, suelto y caído sobre los hombros (77. 20) y cortado por la frente en cerquillo; la barba afeitada.

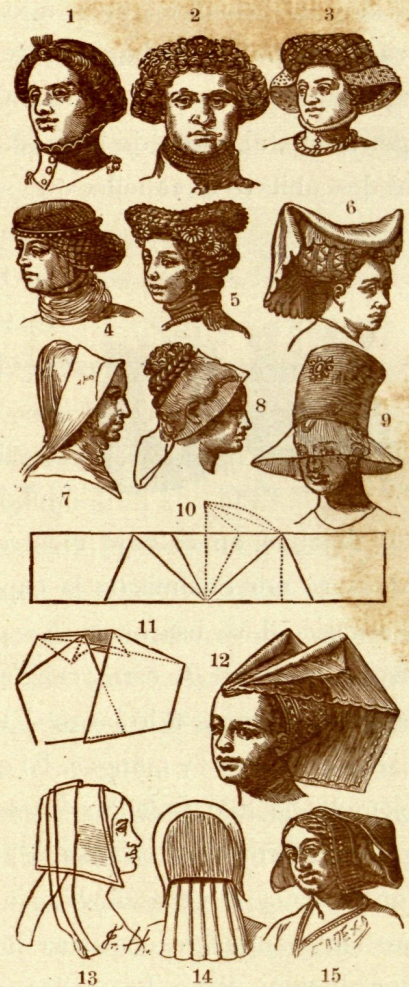
Llegó entonces á su apogeo el lujo en el vestir: seda recamada de oro, terciopelo labrado con grandes flores, pieles costosísimas, usábanlos hasta las personas de la clase media. Estilábanse sayos y calzas *mi-parti* ó de colores, la mitad de cada uno ó una calza lisa y la otra rayada. El traje de la mujer no sufrió gran variación en la primera mitad del siglo xv. El vestido interior siguió ceñido al cuerpo, y cuando se llevaba solo ó con el *surkot* (75. 32) bajaba generalmente hasta los pies (76. 4. 8. 10) y tenía gran escote cuadrado ó redondo; que entre las damas de alta jerarquía llegaba, por delante y por detrás, hasta la cintura (76. 24). El cinturón se ponía muy alto, debajo mismo del pecho. Las mangas eran largas, estrechas y abofelladas en la parte superior (75. 32) y generalmente abiertas por delante hasta la muñeca. Cuando este mismo vestido interior se ponía debajo del sayo, era más corto, dejaba los pies al descubierto (76. 2. 3. 5. 6), tenía mangas, siempre estrechas, y largas cuando las del sayo eran anchas, y cerrábase por delante con cordones. El ropón no era siempre ajustado: unas veces tenía escote y otras no, y en este caso rodeaba un cuellecito alto la garganta (76. 13). El escote era por arriba ancho y bajaba formando pico hasta el cinturón, que, como ya hemos dicho, se ponía muy alto (76. 19. 76. 32; fig. 36. 10). El borde del escote lo formaba una solapa de piel ó de tela de otro color, generalmente blanca; la solapa por abajo era puntiaguda y ensanchaba hacia arriba, rodeando la nuca. El seno quedaba al descubierto y

el resto del cuerpo tapado. Aunque se conocía el uso de la camisa, no se había generalizado aún. La única mujer que en aquellos tiempos poseía dos camisas era la reina. El ropón era muy ancho de abajo y arrastraba por tierra. Las mangas, siempre largas y por lo general estrechas, fueron ensanchando por abajo hasta tocar el suelo (76. 13) y llevábanse en ellas unas tiras dentadas, aunque el adorno más usual eran las pieles. El elegante *surkot* siguió llevándose todo el siglo (76. 1), pero el cuello de armiño ya no se estilaba suelto sino cosido al cuerpo del ropón. Las obreras usaban un sobretodo parecido al *surkot*, aunque más corto, con cinturón y aberturas á los lados. La capa, que ya no lucía sino en las fiestas (76. 1), era más completa que antes y del corte de una sección de círculo, sin punta. Cuando iba sobre el traje interior, sin el *surkot* y sujeta al pecho, llevaba generalmente una esclavina cerrada alrededor (76. 4). El calzado continuó de forma de pico, y en caso necesario con suela de madera como el de los hombres. Los tocados no cambiaron, en lo fundamental, de los de fines del siglo anterior. Los cuernos de la media luna se extendían más hacia los lados que antes, por lo cual el tocado resultaba más bajo pero más ancho; dichos cuernos iban prendidos á una almohadilla (fig. 37. 3. 5) sobre la cual se extendía un velo pequeño (fig. 37. 6). El tocado peculiar de la época era el *hennin*, ya citado, formado por un cono de cartón muy alto y puntiagudo ó sin punta, ó por una armadura de alambre algo inclinada hacia atrás. El velo, redondo y muy ancho, se colocaba al principio sobre el cono, sobresaliendo algo sobre la frente y cayendo por detrás hasta la cintura y aún más abajo.

Por el año de 1430 se empezó á usar en la frente, en el borde del *hennin*, un velo más chico que cubría completamente el rostro (76. 2) y la nuca (fig. 37. 8). A mediados de siglo el velo era grande y se extendía, almidonado y con varios pliegues, sobre una armadura de alambre que se fijaba sobre el *hennin* (75. 4. 76. 10), de modo que la tela se abriese detrás por igual, á derecha é izquierda, como una doble ala de mariposa. Las mujeres de la clase media llevaban aún la toca, que cubría la cabeza, el cuello y el seno (76. 6; fig. 37. 7), y sobre la cual alzaban el *hennin* con un velo que cruzaba como una cinta el rostro. Peinábanse hacia atrás desde la frente y las sienes, escondiendo por completo el cabello debajo del tocado.

A partir de 1460 empezaron á desaparecer los vestidos muy escotados y con el talle corto (77. 23. 26) y volvieron los que se estilaron del siglo XIV al XV, algo más cerrados por delante y con el talle en su sitio. El escote, sin embargo, continuó bastante grande, cubierto por un camisolín ó por la pechera bordada de la camisa. Se usaban á la vez mangas estrechas y de saco, aquéllas más que éstas; siguió llevándose cola y se generalizó la costumbre de llevar la falda suelta, plegada al cuerpo (77. 27), suprimiéndose el cinturón. Las mangas, estrechas, empezaron á tener aberturas en las articulaciones y á dividirse por la sangría, rellendo el hueco con abofellados de tela de otro color, por encima de los cuales pasaban unos cordones flojos. Hasta la muerte de Luis XI siguió llevándose el *surkot* (77. 22. 24), pero á contar de 1483 desapareció por completo. La capa (77. 25) se usaba ya tan sólo en las fiestas y ceremonias; arrastraba por el suelo y venía á formar un triángulo alargado de dos lados iguales, cuya punta estaba en su tercio inferior y cuya base tenía los dos extremos redondeados. Las mujeres de la clase media utilizaban estas capas como abrigo, y las hacían de paño fuerte y grueso, que se prensaba para que formase pliegues. Los tocados fueron varios en el transcurso de este período; el favorito era la

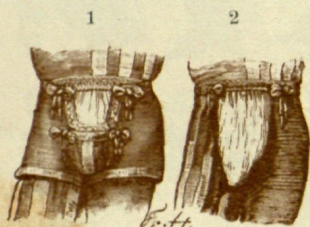
Fig. 37



gorra-capucha de pico con orejeras (77. 23. 26). El *hennin* prosiguió adornado, aunque no tanto como antes; el trozo de muselina con apresto que se le ponía afectaba la forma de rectángulo alargado (fig. 37. 10); cada mitad del mismo se dividía en dos trapecios iguales, de modo que en el trapecio exterior el lado paralelo más largo venía á caer arriba y en el interior abajo; éste se dividía á su vez en dos triángulos, de manera que el dobléz corría desde la línea central del rectángulo hacia arriba hasta el ángulo interior del trapecio exterior; la tela se ponía después con este dobléz en la línea central, y se volvía á dividir colocando el triángulo por el que pasaba la línea central sobre una gorra cilíndrica que cubría toda la parte posterior de la cabeza y avanzaba en punta sobre la frente. Levantando á derecha é izquierda los triángulos, caían los otros á los lados de la cabeza y los trapecios sobre la nuca (fig. 37. 11. 12). La colocación de la tela se hacía sobre una armadura de alambre, como anteriormente. Este tocado, que empezó á estilarse en 1480, duró hasta 1485. Por entonces llevábase también gorra cilíndrica con un velo corto por abajo, al modo de las pantallas de los quinqués (fig. 37. 9). Desde el año 1485 se empezó á dejar más al descubierto el cabello, que se llevaba ondulado ó en trenzas. La parte superior de la cabeza se cubría

con una gorra de tela; el pelo, con la raya en la frente, bajaba por la nuca y las mejillas (fig. 37. 13); por encima de la gorra se colocaba una tira de lienzo rectangular (77. 22. 27).

Fig. 38



En la primera mitad del siglo xvi llevaban los hombres, como antes, sobre las calzas ajustadas, un calzón holgado y tan corto que sólo cubría medio muslo, llamado *haut-de-chausses* (1); ambas prendas iban unidas con corchetes al jubón. Los gregüescos servían también para cubrir la abertura que las calzas dejaban en el bajo vientre y que resguardaba únicamente la camisa (fig. 38. 2), y á veces tenían abertura por encima de la cápsula, dejando la camisa visible (80. 14; fig. 38. 1). Durante el reinado de Francisco I se usaron los gregüescos más largos y más anchos, y andando el tiempo llegaron á pasar de las rodillas. A estos calzones se les llamaba *trousses* (80. 15) (trusa), y solían tener cuchilladas ó cintas de colores á lo largo. El jubón era más corto, con escote cuadrado bastante bajo (80. 11) y cuchilladas en cuerpo y mangas. El escote se llevaba completamente descubierto ó tapado con una camisa muy plegada de hilo finísimo (*chemise foncée*). Desde 1520 fué subiendo el escote (80. 12. 14), cuyo borde se guarnecía con tiras rizadas. El justillo se cerraba á los lados con ganchos, y muy raras veces por delante con botones; á veces llevábase debajo otro justillo ó chaleco (*gilet*) de la misma forma, pero casi siempre sin mangas, lo cual sucedía con el jubón cerrado y con haldetas (80. 12). Su escote fué cerrándose, como hemos dicho, hasta llegar el cuerpo á la garganta. El adorno del jubón consistía en cuchilladas en pecho y mangas, afollados y lazos. A mediados del siglo, además de este jubón ceñido y con haldeta se usaba otro á la española con falda más corta; ambas prendas almohadilladas debajo ó encima del pecho (80. 15). En las mangas y en los hombros se colocaban unos rollos con vueltas. El talle se llevaba extremadamente ajustado. Como sobretodo usábase una prenda ancha, parecida á la hopalanda, que se ponía con cinturón ó sin él (80. 10 á 12) y tenía mangas largas ó cortas, lisas ó acuchilladas. Los ancianos siguieron llevando el ropón hasta los tobillos, provisto de anchas mangas perdidas (80. 9). A la par que el jubón á la española, se introdujeron capas cortas, por lo general de terciopelo ó seda, adornadas con ribetes (80. 14. 15). Como cubre-cabezas predominaba la toca ó gorra, unas veces ancha y plana, á modo de plato, y otras más rígida y más elevada (80. 10. 12. 14. 15). El sombrero siguió llevándose bastante tiempo con las alas vueltas en los costados hacia arriba (80. 6). Estaban por entonces muy en moda limosneras, puñales y guantes. El calzado seguía siendo ancho de punta y á menudo bordado, y con cuchilladas y afollados; más adelante se llevó puntiagudo á la española. Hasta los veinte años era cos-

(1) *Gregüescos en España. (N. del T.)*

tumbre llevar el cabello bastante largo, la barba afeitada, y desde esa edad el pelo al rape y la barba larga, redondeada ó puntiaguda. En el intervalo de un período á otro veíase á veces á una persona con pelo y barba abundantes.

En la segunda mitad del siglo xvi dominaban las modas españolas en el traje masculino. Los franceses llevaban *tricots* ó calzas de tejido elástico con gregüescos redondos y guatados, con sus correspondientes cuchilladas (81. 13 á 15. 22), jubón ceñido y relleno, justillo sin mangas (81. 11), capa corta, á veces con mangas, gran gola rizada, pelo cortado y barba también recortada; gorra y zapatos con tacón bajo y una cinta que cruzaba por el empeine. Tan á la española se vestían los franceses en aquella época, que para conocer sus trajes basta consultar el capítulo «Los Españoles.» Sólo en las sotanas y en las capas introdujeron los franceses algunas variaciones. La capucha de la capa se generalizó á fines de este período, en tiempo de Enrique IV, y llevábase sin más adorno que un ribete (80. 15. 81. 5. 12; fig. 36. 15) ó un cuello derecho ó vuelto, con solapas (81. 15. 22; fig. 36. 16) y con el borde superior doblado hacia afuera y recortado (81. 13). Si la capa se transformaba en gabán con mangas, estos recortes iban sobre las costuras de los hombros, ó en su lugar una especie de crestas (81. 13; fig. 36. 11, manga; 12, hombro; 13, espalda; 14, pecho). Además de las capas cortas había otras que llegaban á las rodillas (81. 3. 4) y estaban muy en uso para viaje; eran de corte circular, y unas veces con mangas y otras sin ellas. Cuando las tenían se colgaban del hombro izquierdo, se recogían por debajo del derecho hacia adelante (81. 19) ó se colocaban sobre ambos hombros, y uno de los embozos se echaba sobre el hombro opuesto del que colgaba (82. 1). Además había otro abrigo de forma de sayo recogido por detrás en pliegues. En tiempo del afeminado monarca Enrique III (1574-1589), las modas españolas se exageraron en palacio hasta la caricatura, y bajo el nombre de *costume mignon* dominaron entre los jóvenes á la moda (81. 12. 16). El jubón ceñíase mucho al talle, terminaba en punta por delante y tenía las mangas almohadilladas; descansaba sobre las caderas un rollo estrecho, desde el cual partían unos calzones de anchura regular, que iban estrechándose hasta las rodillas, y debajo de los mismos iban las calzas. Los zapatos eran puntiagudos, la capa corta y puesta sobre los hombros, la gola rizada bastante ancha y almidonada, los puños de encaje, el peinado *en bichons* (véase más adelante), la toca con plumas que colgaban por las orejas. Todo el traje de colores claros, blanco, verde ó rosa pálidos, y el complemento de él la espada. En tiempo de Enrique IV desaparecieron los rollos de las caderas y se sujetaban los calzones á la cintura, aunque presto los reemplazaron el *culotte à la béarnaise*, calzón ancho que pasaba de la rodilla y se sujetaba á la pierna por un cordón corredizo (82. 7. 21). A fines del siglo empezó á generalizarse un calzón más ceñido y sin arrugas, que llegaba á las rodillas, estaba abierto por debajo (81. 7) y se parecía al antiguo calzón normando, que los labradores de aquel país no habían dejado nunca de llevar. Para viaje se usaba sombrero de gran copa cónica y ala tan ancha que protegía de la lluvia y el sol hasta los hombros (81. 19). Por encima de los zapatos solían ponerse otros con suela de tres ó cuatro pulgadas de alto.

En la primera mitad del siglo xvi las francesas cambiaron de mala gana el lindo traje plegado de gran escote y el justillo ó corsé (80. 16. 17.) por el vestido á la española, que cubría el cuerpo sin un pliegue hasta la barbilla. El escote seguía cuadrado ó iba de hombro á hombro (80. 18); á mediados del siglo solía trazar la línea del escote una forma convexa (80. 20 á 22); cubríase con una pechera que se abotonaba por delante (80. 19. 22) y rodeaba el cuello. El cuerpo se hacía más ancho que antes, escotado por igual alrededor y cerrado por detrás con cordones ó en los costados con corchetes (80. 18). Las mangas eran ajustadas, con rollos en las costuras de arriba y cuchilladas en varios sitios, por las que salían otras mangas interiores más anchas, de tela finísima y abofelladas (80. 18. 19). Otras veces las de encima, de piel ó de brocado (80. 17), á gusto de cada cual, podían volverse y sujetarse por su borde inferior al brazo (compárese 68. 9. 18). La falda caía sobre un armazón de aros en forma de campana

(*vertugarde*) (1) y sin pliegues; no tenía al principio abertura ó la tenía á un lado, pero posteriormente se abrió de arriba abajo por delante, dejando ver por la abertura la falda interior (80. 20, 21). A mediados del siglo fueron desapareciendo las sobremangas, subiendo las otras, ensanchándose por los hombros (80. 21), rellenándose en ellos, adornándose con cintas ó pequeños rollos colocados simétricamente y haciéndose lo demás ceñido. Algunas no llegaban sino á los codos y cubrían los antebrazos mangas sueltas y afolladas, de tela fina (compárese 68. 14). El vestido llegaba por abajo á flor de tierra; le servía de cinturón un cordón del grueso de un dedo, de seda ó hilo de oro, que rodeaba el talle y caía por delante hasta el suelo, rematando en una borla ó un frasco de esencias (80. 20. 81. 9). Servía de abrigo á las mujeres una especie de sayo (81. 2) que, al finalizar este período, fué acortándose hasta quedar como una chaqueta, y que se colgaba de los hombros como una capa española (81. 18). El pelo se usaba rizado ó liso y con raya. El tocado favorito era el *chaperon* ó caperuza (compárese 68. 10), cuya parte de atrás solía colocarse sobre la cabeza á estilo de las tocas cuadrangulares de las italianas. A mediados del siglo llevábase el pelo de la frente y las sienes amontonado sobre la coronilla (*en bichons*) y se cubría la cabeza con unas cofias á la española, almidonadas (véase más adelante). El calzado seguía la moda del de los hombres.

En la segunda mitad del siglo xvi el cuerpo del vestido de las mujeres era cada vez más puntiagudo; el delantero y la espalda (fig. 36. 17, espalda; 18, delantero) se juntaban por delante de los brazos, y la espalda se componía de dos piezas cosidas por detrás ó unidas con cordones. Poníanse una especie de corsé de tablas muy finas, que borraba las formas naturales y convertía la piel de los costados en una callosidad. El escote siguió el mismo (81. 9. 10) ó cerrábase el cuerpo hasta arriba. Para ambas formas empleábase la gola rizada, que cada vez tomaba mayores proporciones. Había una hechura intermedia, la del cuerpo cerrado por detrás hasta la nuca y abierto por delante en triángulo (81. 18). Las mangas se llevaban como antes, unas veces lisas y otras abofelladas, con y sin cuchilladas, con y sin hombreras. Los rollos de los hombros solían ser esféricos ó elípticos. El tontillo fué aumentando de dimensiones, dejando tirante la falda, que seguía abierta por delante y á flor de tierra en redondo por abajo (81. 9). Luego al tontillo sucedieron enaguas muy almidonadas, por encima de las cuales caía la falda formando grandes pliegues y cola (81. 10). Empezó entonces la moda del *polisón*, que entonces se llamaba *fessue*, y ya no sólo se almohadillaba aquella parte sino también las caderas (81. 17). La tendencia á hacer resaltar las formas hizo que para subir y sostener el pecho se pasara por debajo de él una cinta apellidada *demi-gusset*. Continuó en boga el peinado *en bichons*, redondo por delante, abultado alrededor de la cabeza, con raya en el centro y recogido en las sienes. Además de la caperuza y del sombrerito armado á la española (81. 10) empezaron á estilarse cofias á lo Estuardo, que rodeaban por detrás y los lados un sombrero de terciopelo negro, blanco ó de color, extendiéndose en grandes arcos por encima de los röllos de las sienes y viniendo á caer sobre la frente (81. 9). Hacia 1570 desaparecieron las faldas de campana sin arrugas, al menos entre las mujeres de la clase media. La falda de cola, puesta sobre otras almidonadas, cerrada y recogida por un lado, era la más en moda, y el pico del cuerpo pasaba del bajo vientre (81. 17); el escote iba de hombro á hombro en curva hacia arriba ó siguiendo la dirección del borde del corsé. Este escote se cubría con una pechera ó con un corsé de ballenas, cerrado por detrás con cordones, que hacía subir el pecho, sin que por esto dejara de usarse la cinta de que hemos hecho mención. A fines del reinado de Enrique III (1589), además del talle bajo de «avispa», reapareció el tontillo, bien que más corto que antes y formando como un tejadillo sobre las almohadillas de las caderas, desde el borde del cual caía perpendicularmente la falda (82. 4), sin cola y cerrada ó abierta sólo por un lado. Las mangas seguían llevándose con rollos en las hombreras (81. 20. 82. 3), pero no tan afolladas,

(1) En español *tontillo*. (N. del T.)

bastante anchas por arriba, muy guatadas y ceñidas en las muñecas (82. 2); á estas mangas se las denominaba *à gigots* (1). Las de *bourrelets* eran de corte parecido, más largas que los brazos, pero reducidas á su verdadero tamaño mediante unos rollos. También se usaban mucho todavía mangas perdidas que partían de los rollos de las hombreras (82. 3) ó eran postizas (82. 4). Suprimiéronse las grandes golas rizadas y las sustituyó un cuello de encaje más alto por detrás que la cabeza (82. 2. 4. 6).

En los últimos años del siglo se redujo la punta del corpiño (82. 4 á 6), el escote se hizo casi redondo, y rara vez bajo y terminado en punta, llevándose además cuerpos del todo cerrados (82. 5). Se estrecharon por arriba las mangas forradas, y los rollos de los hombros se reemplazaron por hombreras de forma de platos invertidos (82. 4. 5). Los de las caderas aumentaron de tamaño, y la falda, que se colocaba sobre un tontillo de un solo aro, formaba alrededor del talle una plataforma que llegó á tener doce pies de circunferencia; esta plataforma se cubría de la misma tela de la falda, formando, mediante muchos pliegues, como una estrella (82. 5. 6). Las mangas perdidas eran tan largas que arrastraban por el suelo. Dejó de llevarse cinturón. El pelo se recogía por arriba en forma cónica (82. 5. 6), y si era menester sobre una armadura; para ello llegó á emplearse pelo postizo. El peinado se solía adornar con cordones de perlas, con colgantes de bolitas doradas, con cintas puestas á modo de turbante y con plumas colocadas á un lado. El calzado era parecido al de los hombres; los abanicos parecían banderitas (compárese 89. 13. 18); en tiempo de Enrique IV los espejitos de mano se guarnecían de plumas (compárese 93. 4), y empezaron á usarse abanicos de los que se cierran. Los pañuelos se adornaban con encajes. Las damas distinguidas se ponían para salir á la calle antifaces (82. 4. 6) de terciopelo negro forrado de tafetán blanco, que tenían la forma de unas gafas.

(1) Mangas «de jamón» en España. (*N. del T.*)



II

Los italianos

ENOS que sus vecinos del Norte y del Oeste, dejáronse llevar los italianos de los caprichos de la moda, sin que su apego á los trajes de sus antepasados significase influencia bizantina sino más bien respeto á lo romano. Hasta fines del siglo XIII perseveraron los holgados ropajes al uso de la antigua Roma (83. 1 á 3. 8); las innovaciones se limitaban al cinturón y al empleo de colores vivos; así las telas solían ser amarillas, azules, encarnadas, verdes y violeta, sin dejar por eso de llevarlas negras y blancas. Los trajes bicolores datan del final del citado siglo.

En su primera mitad los jornaleros iban con las piernas al aire ó envueltas en paños ó con medias; la gente de más posición llevaba calzas de pie sueltas (83. 5. 7. 11); pasada la mitad del siglo empezaron á usarse pegadas por arriba. Los sayos conservaban la forma de la antigua túnica y llegaban á media pierna. El traje interior tenía mangas largas y estrechas, y cuello pequeño y derecho (83. 5). El sobretodo llegaba á las rodillas y á veces á los talones; sus anchas mangas solían no pasar de la sangría (83. 11) y ser por detrás algo más largas (83. 16. 22); iba abrochado por delante con botones ó corchetes, y poníasele ó no cinturón, según el gusto de cada cual. A fines de este período la moda prolongó y abrió por delante las mangas del gabán, dejándolas colgar por detrás (83. 18) ó ensanchándolas en forma de embudo (84. 22). Los empleados y los hombres de ciencia continuaban vistiendo de este modo, cuando ya la gente joven había aceptado la moda francesa de las prendas cortas, que solían no llegar ni á las rodillas. El jubón era ajustado de arriba abajo (83. 18) y abrochado todo él (83. 11) ó sólo en el pecho con botones (84. 19). A fines del siglo se estiló otro sayo más cómodo, que ensanchaba en las caderas por medio de unos cuchillos y formaba grandes pliegues, recogidos en el talle por un cinturón (84. 13. 85. 4. 5). Había entonces mangas de todas hechuras: de saco (84. 10), de embudo (84. 13. 22), colgantes, ajustadas por arriba y anchas en la muñeca, anchas y abiertas por detrás (84. 11. 19) y abofelladas por arriba (85. 4. 5). La capa conservó su antigua forma y manera de llevarse (83. 9. 84. 16); en 1350 empezó á cerrarse, como en Francia, por un hombro, por el pecho y hasta á todo lo largo; en tal caso se practicaban aberturas para los brazos ó se le añadían unas mangas que venían á formar una especie de esclavina corta (84. 7. 14. 21). A la capucha se le añadió un cuello ancho (83. 11. 18) que cubría apenas los hombros, y cuando reemplazaba á la capa llegaba hasta las caderas (83. 7). También el cuello ó esclavina se abrochaba por delante y la punta de la

capucha solía prolongarse en forma de cola (83. 7. 84. 11). En la cabeza se llevaba generalmente gorra redonda, casquete (83. 5) y birrete con el ala vuelta (83. 9). Había también gorras de fieltro, altas, por lo general cónicas ó puntiagudas, con el borde doblado todo él hacia arriba (83. 16) ó solamente vuelto por detrás, terminando por delante en punta á modo de visera (84. 7). Las relaciones de Italia con los países orientales hicieron que se empezase á usar un tocado parecido al turbante y que consistía en gorra alta y puntiaguda, con una tela arrollada alrededor. El calzado era bajo (84. 19. 20) ó sólo de suela con cintas á los lados, que, como en las sandalias, se fijaban en el empeine (84. 14). El pelo se llevaba medianamente largo, rizado pocas veces y cortado por la frente en línea recta. La barbilla se llevaba afeitada, y sólo los ancianos y los hombres de ciencia iban barbados.

También las mujeres, en la primera mitad del siglo XIV, conservaban los trajes del elegante y bello corte de la época clásica (83. 2. 3), que, según el antiguo uso romano, se componían principalmente de dos largas prendas que correspondían á la túnica interior y á la estola, y que se ajustaban en el pecho y caían en anchos pliegues, sin cinturón, hasta los pies (83. 6. 8). La prenda de debajo, que iba provista de largas mangas ajustadas, era más corta que la de encima, que no dejaba visibles sino las puntas de los pies, y tenía mangas medianamente anchas y á veces cortas y de forma de embudo (83. 6). Las mujeres trabajadoras recogían los vestidos con cintas formando bullones y dejando así libres los pies (83. 14. 15). Pronto se empezó á llevar también la prenda de encima tan corta (83. 12) que no llegaba á las rodillas. En la segunda mitad del siglo XIV, cuando empezó á florecer el Renacimiento, se introdujeron algunas reformas, especialmente en la prenda de encima, que se llamaba *zimarra*, y que, ajustada por el pecho, caía en pliegues y arrastraba cola (83. 20. 84. 4). El escote, ovalado ó redondo, era tan bajo que dejaba los hombros completamente al descubierto. La *zimarra* estaba abierta de arriba abajo por delante y se prendía en lo alto con un broche ó una hebilla (83. 10) ó se abrochaba toda con menudos botones. Las mangas eran largas y ajustadas, ó anchas, terminadas por abajo en punta (83. 20) y adornadas en las orillas con tiras dentadas. También se usaban dobles, siendo la de encima completamente abierta y colgante hasta el suelo (84. 4). El cinturón no estaba muy generalizado, y se ponía sólo como adorno, muy holgado y en las caderas. En la Alta Italia, sobre todo en Florencia, la *zimarra* era de brocado de oro ó tela roja ó violeta, abierta de arriba abajo por los lados, con aberturas que podían abrocharse por medio de botones chicos (84. 12) y con el cinturón por debajo del pecho. Entre las jóvenes de Siena se puso en moda una *zimarra* de regulares dimensiones (84. 8), ceñida por el pecho, con un ribete ancho por abajo, otro de color y dos cinturones, por debajo del segundo de los cuales se recogía en pliegues la falda. Al final del siglo se puso en boga un vestido de encima, de corte francés, denominado *cypriane*, con talle alto, escote triangular, con la punta hacia abajo, y cola; el escote se cubría con una pechera, y rodeaba el cuello una gola rizada muy fina. La moda exigía que las mangas fuesen abiertas y abrochadas por detrás en varios puntos, ó que, siendo más largas de la medida, al subirse en los hombros resultasen muy ahuecadas (84. 12). La capa en uso, rectangular ó semicircular, puesta sobre los hombros, era cerrada por el pecho ó toda abierta. Las matronas vestían con predilección túnica sin mangas (84. 3) ó capa hasta los pies, encarnada ó azul, que para las viudas era negra, con capucha negra también ó velo blanco. Las jóvenes llevaban el pelo suelto y adornado con aros ó guirnaldas de flores (84. 12), bien que pronto empezaron á llevar trenzas (83. 12) rodeadas de cintas de seda de colores, cordones de perlas y chispas de oro y plata. Las matronas se arrollaban las trenzas sobre las orejas, en forma de espiral. Habíanse generalizado las redecillas, las gorritas y los velos. A estos tocados hay que añadir un rollo de tela de color, colocado en el pelo en forma de anillo (84. 4) ó sujeto sobre un gorro alto y redondo (85. 8). El calzado era un poco puntiagudo y de cuero de color.

En el siglo XV desapareció del traje italiano la huella de su clásico origen, pero el buen gusto del país rechazó las modas extravagantes que venían de Francia. El traje masculino sufrió la transformación

antes que el femenino. Las calzas conservaron su antigua forma ajustada cuando eran de punto, se cosían juntándolas por arriba y se sujetaban á la cintura por medio de un cordón ó con corchetes que enganchaban en el justillo. Los jóvenes venecianos cubrían las aberturas que dejaban las calzas, por delante y por detrás, con el faldón de la camisa (87. 6). Las calzas que no eran de punto se sujetaban por medio de pretinas, consiguiendo así cerrar todas las aberturas. Solía llevarse cada calza de un color, ó una lisa y la otra rayada, ó de la rodilla para arriba de un color y de la rodilla para abajo de otro. En la segunda mitad del siglo se abrían á lo largo de los calzones cuchilladas que se llevaban á veces trozos enteros de tela, rellenándose los huecos con tela finísima sujeta por cordones cruzados (86. 24. 25). En esta época empezaron á usarse gregüescos ó calzones hasta mitad del muslo ú otros más largos que en los países vecinos, que se sujetaban por debajo de la rodilla con cintas de colores. Siguieron estilándose largas prendas de cuerpo, interiores ó exteriores, y siempre ceñidas en el pecho; la de debajo llegaba á los tobillos y la de encima era algo más larga, con frecuencia abierta por delante hasta abajo, y con cuello recto y pequeño ó con capucha. Las mangas se suprimían (86. 2) ó se llevaban de todas formas, especialmente de saco y perdidas (86. 13). Ambos ropones eran muy anchos de falda, tanto que al sujetarse con el cinturón formaban muchos pliegues en el talle. A fines del siglo se usaba otro sayo parecido á la *huppelande* (86. 10), ceñido hasta las caderas, con mangas largas y ajustadas, y cinturón.

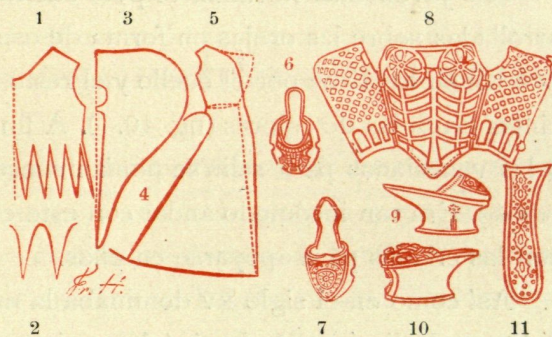
El jubón ó tunique lo mismo se llevaba muy holgado (85. 3 á 5. 86. 6) que ajustado al cuerpo (86. 8), abrochado por el pecho y con mangas ceñidas. Estilábase mucho un sayo que ensanchaba desde los hombros y se recogía con un cinturón que rodeaba el talle ó las caderas (85. 4. 5). El escote era siempre cómodo, las mangas largas ó de regular longitud y anchura, mas por lo general ceñidas en las bocamangas y en el antebrazo y abofelladas en la parte de arriba. Este sayo, denominado *tabarro*, hacíase también sin mangas y abierto por los lados ó con aberturas para los brazos, tan prolongadas, que el cinturón, aun poniéndolo muy bajo, si cogía por delante la prenda, por detrás quedaba debajo de la misma (85. 17. 21. 86. 7). Cortábase el jubón por el talle, se le añadía una falda postiza á pliegues y se cubría la costura con el cinturón. Una extravagancia de la moda hizo que se llevase el sayo ceñido también por debajo de las caderas (86. 10), con su orilla cortada en largos picos (fig. 39. 1. 2), grande escote y mangas largas y anchas abofelladas en los hombros. Los sayos de montar á caballo adoptaban hechuras tan variadas que no es dable describirlas (86. 17. 87. 3. 4). Los guerreros llevaban todas las prendas tan ajustadas como un guante y acusando por completo la musculatura. El colete era cerrado por delante y con cuchilladas que mostraban el forro en los hombros, en los codos y en la parte posterior del antebrazo. Entre la gente joven estaba muy en boga un jubón parecido al *scheck* alemán, ceñido por arriba, con falda corta y plegada, mangas abofelladas por arriba y ajustadas por el antebrazo (86. 15) ó anchas del todo y con aberturas. El jubón tenía escote, con frecuencia triangular, que bajaba hasta el talle y se cubría con una pechera finísima formando menudos pliegues (86. 10). La falda fué reduciéndose hasta parecer los faldones de una casaquilla, que apenas cubrían las nalgas (86. 15. 22. 24). También se hacían estas haldetas de una especie de red de correas cruzadas (86. 16).

La capa, semicircular ó rectangular, siguió en uso, aunque con algunas variaciones. Los funcionarios públicos y los hombres de ciencia usaban con predilección una prenda especial muy holgada, que no llegaba á las rodillas, provista de aberturas á lo largo para los brazos y que se podía poner como sayo (85. 20), llevar como toga (87. 8) ó colgar de los hombros como capa. La clase media usaba otra prenda más corta, semicircular y con aberturas para los brazos (86. 8. 87. 7). El abrigo, cerrado como una túnica, tenía esclavina postiza que terminaba por ambos lados en punta y cubría los brazos (86. 12; fig. 39. 3). Los mozalvetes gastaban capillas cuadradas, al estilo de Francia y Alemania, sujetas al hombro derecho con cordones, botones ó broches; otra prenda, parecida al *tappert*, abierta por los lados (86. 4) y capa larga con gran capucha y cuellos de diversos cortes (86. 20).

El calzado era un tanto puntiagudo; de pico largo lo llevaban tan sólo los que, presumiendo de elegantes, todo lo exageraban ó lo trastocaban. Usábanse calzas de pie con suela, ó zapatos bajos con solapa blanca y vuelta (86. 12) ó escotados en el empeine y sujetos en él por una correa estrecha (86. 16), y en el calcañar con punta que subía hasta el tobillo (86. 25). Los jinetes y viajeros usaban botas altas (85. 3. 5) que solían pasar de las rodillas, en cuyo caso se doblaban hacia abajo dejando aquéllas al descubierto (87. 3). La capucha con esclavina siguió en uso (85. 22. 23). Los ancianos llevaban sencillas gorras redondas, plegadas en la copa y lisas por abajo (85. 4. 5) ó con ala recta. También el ala solía doblarse por delante hacia arriba y por detrás hacia abajo, haciendo para esto un corte en cada lado cerca de las sienes (85. 24). El empleo de las alas era muy distinto según la moda, que ya las hacía bajar sobre la frente en forma de visera, ya subir por detrás y enrollarse hacia afuera; ya subir por delante y por detrás hacia dentro, de modo que vista la gorra de lado parecía una hoz (86. 24). Llevábanse asimismo gorras altas de forma de mortero con ala y sin ella (86. 18), y á manera de saco, con rollos gruesos y cinta (85. 6. 7). El pelo se llevaba liso, como antes, no muy largo y cortado por la frente en cerquillo. Los jóvenes á la moda se lo rizaban y lo dejaban caer ondulado sobre los hombros (86. 20 á 22). No se usaba barba y sí una especie de patillas cortas. Los guantes empezaron á estar en boga.

En la primera mitad del siglo xv conservó el traje de la mujer casi todas las formas de la época anterior. La ropa interior (85. 10) se amoldaba con la exterior, y ésta se ajustaba al cuerpo por completo ó sólo por el pecho (85. 12. 19), ensanchándose después hacia abajo y terminando en larga cola que barría el suelo (85. 9. 12). Las prendas ajustadas por arriba tenían bastante escote y carecían de cinturón; á las otras se las ponía uno por debajo del pecho y se las hacía un escote más moderado, con cuello vuelto y cuadrado, blanco por lo general (85. 8. 9). Las mangas eran siempre largas, unas veces ceñidas, otras de forma de embudo, abiertas por abajo, en algunos casos desde la sangría, y colgando hasta el suelo (85. 12). En las orillas de las aberturas se ponían tiras dentadas ó de piel. Granjeóse cada vez más favor la *cypriane*, aquella prenda de gran escote triangular que cubría el traje interior (87. 10), á su vez escotado, y cubierto en el escote por una pechera finísima y muy plegada. A mediados de siglo, á las mangas perdidas sucedieron otras más cómodas que llegaban hasta los dedos y se podían doblar (87. 10). Por entonces empezaron á estilarse los brocados de mucho cuerpo y las telas recias, de seda y terciopelo, bordadas con hilos de oro y plata. La rigidez y pesadez de estas telas, que no se amoldaban á ciertas formas, hicieron necesaria alguna transformación en el corte. Se suprimió la cola (87. 16) y se dividió la espalda en dos piezas (fig. 39. 5, línea punteada), la del centro amoldada á la forma del cuerpo, en vez de hacer este oficio los costados, como hasta entonces; los cortes del talle se vaciaban y se volvían á juntar cosiéndolos, con lo cual se podía conseguir que telas tan gruesas se amoldasen á los contornos del cuerpo. En las caderas se ponían, con el mismo objeto, unas cuchillas (fig. 39. 4). El escote era triangular y bajo, y á menudo abríase el vestido de arriba abajo por delante, con lo cual se ponía como los gabanes de los hombres, cerrándose con cordones en el pecho. Las mangas eran ajustadas y abiertas en las manos. Había además cuerpos de brocado, sin mangas (87. 15) ó con éstas postizas, que se ponían por separado ó sujetándolas á los hombros con botoncitos, entre los cuales se hacían pequeños afollados. Entre las jóvenes, especialmente, se puso de moda una prenda corta, ceñida al cuerpo y con mangas colgantes. Las mujeres de la clase obrera llevaban el vestido, según antigua usanza, ceñido por arriba y recogido por abajo. A partir de la segunda mitad del siglo, ganó terreno la costumbre de llevar el vestido en dos piezas, cuerpo y falda (85. 11. 16. 87. 9. 17), uniéndolas por una cos-

Fig. 39



tura. El cuerpo, llamado *busto*, si era corto tenía escote triangular, que bajaba hasta el talle (85. 10. 87. 9. 17. 18) y estaba cubierto con una pechera; si era largo, bajaba por delante más que por detrás (87. 14), subía hasta el cuello y tenía escote algo puntiagudo. Las capas rectangulares ó semicirculares, bastante grandes para cubrir todo el cuerpo, se recogían sobre el pecho ó, según antigua usanza italiana, se pasaban por encima de un hombro y por debajo del otro, echando las puntas por encima de los mismos (87. 21; fig. 40. 1).

Siguieron en uso los tocados del siglo anterior, y además gorritas redondas ó planas con ala levantada por delante y caída por detrás (87. 11); otras que cubrían la nuca y en forma de S bajaban por las sienes (87. 14); redecillas y sacos para el pelo, de malla de oro y plata; rollos á manera de turbante (85. 11) y gorras altas con rollos (85. 8) y de otras formas (86. 3. 87. 10); cofias con «orejas de mono» (85. 15), pañuelos ó tocas con rayas de colores, sencillamente puestos sobre la cabeza, con las puntas colgantes por los lados (85. 13) ó arrolladas á modo de turbante. Las venecianas llevaban tocas blancas listadas de negro y amarillo, que se sujetaban al talle y que envolvían por detrás la cabeza, dándoles aspecto de monjas.

Las jovencillas llevaban el pelo suelto (85. 19. 87. 22) ó en trenzas (87. 19); las ancianas las trenzas arrolladas sobre las orejas en forma de espiral ó sobre la nuca (compárese 89. 11). Las napolitanas dejaban colgar los rizos por el cuello y el resto del pelo lo recogían en una enorme trenza, que envolvían con cintas cruzadas de colores (fig. 40. 1). A fines de siglo se hacía el calzado algo más puntiagudo que antes y las venecianas para salir se ponían zuecos de madera forrados de terciopelo de color (compárese 89. 16 á 18). Era tan incómodo andar con este calzado, que solía ser muy alto, que las señoras tenían que salir con las criadas para apoyarse en ellas.

Así como en el siglo xv dominaba la moda francesa, en el xvi, á causa de las conquistas de los españoles en Italia (1526), dominó la moda española en los trajes italianos, sin que por eso se perdiera en absoluto el estilo del país. Hasta 1530 el traje de los hombres no varió apenas; desaparecieron solamente los adornos dentados, y las aberturas y los afollados se redujeron á una medida prudente. Las calzas siguieron como antes, largas y de punto (88. 13. 89. 20), ó medias que llegaban sobre las rodillas y con las que se llevaban gregüescos (89. 9. 12. 90. 14). Estos eran ajustados por abajo, algo más holgados por las caderas y con aberturas alrededor de las rodillas, formando una corona (88. 11), ó en distintos sitios (89. 9), por las que salía un forro por lo común blanco y pocas veces de color. De esta misma hechura eran los calzones en la segunda mitad del siglo, y algo almohadillados en las caderas, con botones pequeños á los lados (89. 9. 12) y sujetos por arriba también con botones. Los comerciantes de toda Italia usaban los calzones muy anchos, y tan largos que cubrían la cinta de las rodillas con un afollado (89. 8). La división de las calzas en calzones y medias tuvo ya efecto en el siglo anterior. A mediados del xvi apareció en el Norte y Mediodía de Italia el calzón español (90. 9. 18). La ropilla corta y el colete llevaban faldones postizos y muy plegados (88. 11), el cuerpo por arriba era ajustado y con escote bajo y cuadrado, ó cerrado hasta arriba, ó abierto de arriba abajo (88. 13), en cuyo caso llevaba cinturón; en el cuello se usaba gola; las mangas eran por arriba anchas y con dos afollados formados por una cinta, ceñidas en el antebrazo y con cuchilladas. En la segunda mitad del siglo el faldón ya no era plegado sino liso (89. 8. 20. 90. 7), y el justillo abierto por delante, abrochado y ceñido por un cinturón de terciopelo. La gola era tan alta que obligaba á llevar la barba levantada; las mangas eran sencillas y ajustadas, con rizados en las bocamangas. En Milán, Venecia y Nápoles se puso en boga el colete acolchado en el pecho (89. 9. 12. 90. 14), y en la alta Italia el ropón, llamado *zimarra*, sólo se usaba sobre otro más corto (88. 8. 89. 7) y con cinturón (89. 19) ó cerrado por un broche puesto en el cuello, pequeño y derecho, de la prenda. Las mangas eran largas, abiertas y muy anchas por abajo, ó ceñidas arriba y abajo, formando saco en el centro (88. 8). Los jurisconsultos y médicos de Lombardía vestían la *zimarra* y el *talar*, y lo

mismo los nobles de Venecia (89. 4), que, según la categoría del individuo, se ponían sobre un hombro, una larga cinta, la estola (88. 8. 16. 17). Como traje de casa se llevaba en Venecia el ropón cerrado, con esclavina (89. 10), ó abierto y con solapas por delante, con mangas largas y no muy anchas, que en el centro tenían un agujero para los brazos (89. 9).

Desapareció el abrigo llamado *tabardo* y siguió en uso la capa redonda, corta ó larga, en el primer caso con solapas ó embozos por delante y esclavina en los hombros. Los nobles venecianos usaban capucha muy larga y esclavina terminada en dos picos con borlas (86. 20). Al mismo tiempo se llevaba una especie de capa corta con embozos, cuello y aberturas para pasar los brazos, ó largas mangas. En Nápoles y Milán el corte español de las capas era el predilecto.

Desapareció la gran diversidad de tocados de la época anterior y quedaron las gorras planas y las altas con ala y cogotera. Siguió llevándose en la gorra el rollo, denominado *balzo*, pero más reducido que antes (88. 11) y hecho de planchas de cobre forradas de seda. Durante la dominación española usábase el birrete plegado por abajo, el *tozzo* (89. 12), alto ó plano como una gorra (89. 3) y con ala estrecha ó sin ella. Los comerciantes de toda Italia llevaban el *tozzo* medianamente alto (89. 8), rodeado de un velo y con el ala algo vuelta hacia abajo. El calzado se hacía ancho y redondo por delante y con tacones bajos (89. 9. 20); con arreglo á la moda española poníase un lazo de cintas ó una escarapela en el empeine (89. 8. 90. 7). Creció el uso de golas y vuelillos, pero sin dar en exagerados. El pañuelo de mano (*fazzoletto*) empezó á estilarse á principios del siglo.

En esta época vestían las mujeres con gran sencillez; desaparecieron las faldas de larga cola, y el corpiño, largo y puntiagudo, se usaba corto y redondo (88. 9. 10. 12. 18. 21), con falda plegada que sólo rozaba el suelo y abierta por delante ó por un lado (88. 15). El escote era cuadrado ó tomaba de hombro á hombro, trazando un arco muy pronunciado hacia abajo; el pecho casi siempre se llevaba al aire. Las mangas llegaban á las muñecas y terminaban en puños rizados; hacíanse ceñidas ó abofelladas en la parte de arriba ó sólo en los hombros, en cuyo caso se guataban éstos sin formar pliegues. El abofellado de la parte superior de la manga solía dividirse en dos por medio de una cinta atada por el centro.

Con frecuencia la parte ancha y ahuecada de la manga pertenecía á la prenda de encima y la parte ajustada á la de debajo. A la vez que las ceñidas llevábanse otras mangas más largas y más anchas, en las que se hacían algunos cortes á lo largo que dejaban unas tiras estrechas, recogidas á la medida del brazo y con las que se cruzaban otras tiras horizontales formando abofellados (88. 18). También se abrían las mangas anchas por delante y por detrás, poniendo un forro blanco por debajo (88. 9) ó dejándolas colgantes. Siguiéron llevándose capas largas con y sin cuello y capucha, y los abrigos con aberturas para los brazos. La capa española tuvo gran aceptación en Milán, Roma y Nápoles.

Las venecianas usaban una especie de delantal de seda blanca, abierto por ambos lados (88. 9). De los tocados de la época anterior sólo subsistió el *balzo* en forma de rollo, común á ambos sexos (88. 10. 18), y una cofia parecida al *balzo*, llamada *gabbie*, hecha de planchitas de cobre forradas de seda (88. 12). Por entonces se dieron á conocer los sombreros de paja, pero el tocado más en boga era el velo de gasa blanca ó negra (88. 15. 19). Peinábanse las mujeres el cabello en trenzas colocadas en espiral en la nuca ó las orejas y adornadas con cordones de perlas, aros, flores y cintas. El calzado era de punta moderada.

En la segunda mitad del siglo XVI la ropa femenina siguió menos la moda española que la masculina, y rechazó especialmente los vestidos sin pliegues. El traje interior apenas sufrió cambio; en Belluno se dejaba abierto desde el talle hasta abajo, cerrando la abertura con botones ó cintas; lo mismo sucedía en Venecia (89. 17). El cuerpo, antes cortado en redondo por el talle, se prolongó por delante, terminase ó no en punta, y se cerraba por la espalda con cordones ó por delante con botones ó corchetes. En Venecia estilábase mucho cuerpo con ancho escote por delante, sobre otro cuerpo interior ó pechera (fig. 39. 8). A fines del siglo se puso en moda el guatar lo alto del cuerpo, de tal manera, que el pecho

parecía el buche de un ave. En Nápoles, Milán, Génova, Bérgamo y Bolonia se usaban cerrados y con cuello alto. La falda se cosía al cuerpo por medio de pliegues; era cerrada del todo ó abierta por delante y llegaba á flor de tierra (89. 13) ó tenía cola (88. 20). En Bolonia y Brescia el vestido de encima era más corto que el de abajo; en Pisa llegaba apenas á las rodillas; en Rávena y en Padua llegaba por detrás hasta el suelo y por delante hasta las rodillas, las mangas eran ajustadas y tenían algo de hombreras en forma de rollos ó rizados (88. 20. 89. 13. 16. 90. 13). Las venecianas llevaban, como los hombres, grègüescos abofellados que se veían por la abertura de la falda (89. 16).

Los sobretodos ó *zimarras* eran de dos formas: unos sin talle y anchos de abajo, con solapas y cuello de pieles (89. 17) y raso ú otra tela fina; mangas ajustadas y largas, abrochadas en la muñeca y con rollos en los hombros, ó largas y colgantes, y faja de seda á guisa de cinturón. Los de la otra forma eran entallados, con el cuerpo unido (90. 3. 5) ó separado y terminado por delante en punta, según la moda (90. 8. 12). En Florencia y Brescia este abrigo tenía para los brazos aberturas, que en Padua eran sólo simuladas y estaban adornadas con rosetas de cintas (90. 8). Las mangas eran colgantes y de diferente longitud, abiertas por delante en el centro (90. 5) ó de arriba abajo, y abrochadas por encima de los hombros (90. 12), la costura de los cuales estaba guarnecida de un rizado ó de rollos acuchillados. Cuando el vestido era todo de una pieza se abrochaba de arriba abajo, y cuando el cuerpo iba suelto se abrochaba sólo éste. En Nápoles se llevaba la *zimarra* ancha, sin talle y hasta las rodillas (90. 15), y al cabo se convirtió en una chaqueta (90. 17), con mangas á la española, en forma de saco ó de barca (90. 16. 17).

Usábase mucho la capa redonda semicircular ó cuadrada, de telas toscas ó finas, negras ó blancas. En Roma y en Ancona cubría de cabeza á pies, en forma de campana; en Brescia, Verona y Bérgamo la llevaban las mujeres sobre los hombros y cerrada por delante hasta los pies (90. 3). En Génova, donde se denominaba *sbernia*, colgaba del hombro izquierdo, sujeta con un broche al derecho (90. 3). Fuera de esto, tanto en la Lombardía como en Venecia, en Siena como en la Toscana, se la ponían por encima de la cabeza, sujetándola en la frente, dejándola caer hasta el suelo y recogiénola con un brazo (90. 6). Las dimensiones y colocación del velo eran también muy variadas: ya cubría toda la cabeza, ya se sujetaba detrás con agujas. En la Lombardía, y sobre todo en Génova, sujetaban las puntas en el pico del cuerpo (90. 8); en Parma se echaban el velo como una capa sobre ambos hombros, y las puntas de abajo las abrochaban por encima del vestido (90. 4). Entre los adornos preferidos estaba el cinturón, que ceñía el talle, cuyas puntas caían por delante y del que solía colgar un frasco de esencias y también una bolsa con avíos de tocador.

En casi toda Italia llevaban las mujeres el pelo peinado hacia atrás, ya liso, ya rizado; en Roma recogíase por detrás en un estrecho paño, al que envolvía un velo; en la Romaña se hacían trenzas estrechas que se reunían en un cono alto colocado sobre la nuca, del cual pendía una red, cuya punta caía sobre la espalda. En la alta Italia, las trenzas se ponían sobre la nuca como un rodete (90. 4. 5. 8. 10. 13) ó en forma de espiral sobre las orejas. Desde Venecia se extendió la moda del peinado de cuernos (*cornea*) (89. 16. 18). En los tejados de las casas venecianas había una especie de garita cuadrada de madera, sin techo, donde durante las horas del sol se sentaban las damas con bata ligera, sombrero de paja de anchas alas y sin copa, y el cabello suelto. Lo lavaban con una pequeña esponja (fig. 40. 3) y lo dejaban secar al sol, volvían á lavarlo y á secarlo, hasta que quedaba completamente rubio. A fines de siglo se empezó á poner el pelo sobre un aparato de alambres (90. 16). Los tocados fueron disminuyendo; en el Sur de Italia y en Cerdeña, sobre todo en Turín, las mujeres se resguardaban la cabeza del sol mediante anchos sombreros de paja de forma de cazuela. En Turín solían cubrirse la cara además con un pequeño velo cuadrado de gasa negra. Las jóvenes de Siena llevaban sombreritos forrados de terciopelo. Con la moda española se introdujo en el país la del birrete montado sobre alambres y recogido en pliegues hacia abajo. El

calzado se hacía redondo por delante, cerrado por el empeine ó escotado, sin contrafuerte, y, como antes, con suela gruesa (89. 10. 18; fig. 39. 6. 7. 9. 10). Cuando llovía se llevaban sandalias que alzaban mucho sobre el suelo (90. 1. 2). Se generalizaron las medias y los guantes; usábanse abanicos de plumas de aves-truz (88. 18. 20) y de pergamino, cuadrados y sujetos á una varita como una banderola (89. 13. 18. 90. 17); hasta fines del siglo no aparecieron los abanicos plegados como los modernos (90. 15).

Los calabreses (90. 21) llevaban calzones largos y estrechos de tela tosca, túnica negra ajustada, con mangas holgadas, larga capa negra abrochada en el cuello, calzado alto y gorra negra puntiaguda. Los labradores venecianos (89. 14) usaban calzones bombachos metidos en altas polainas de cuero, sayo hasta las rodillas de color de café ó gris, cerrado por delante con cintas y ajustado á las caderas con un cinturón; capa del mismo largo y del mismo color, con cuello alto y esclavina postiza; sombrero de paja ordinaria y calzado alto. Las aldeanas del propio país (89. 15) vestían falda azul celeste, otra encima más gruesa, delantal estrecho, corpiño con mangas y botones de plata y cordones cruzados por encima de la camisa, que se veía á

través de ellos; toca blanca que cubría el cuello y sombrero grande de paja. Las mujeres del Sur, sobre todo las de Gaeta (90. 20), llevaban un traje que, en su mayor parte, aun subsiste. Componíase de falda sin corsé, con un trozo de paño rojo ó violeta atado encima, más largo por detrás que por delante, y delantal blanco; el pecho cubierto por un lado y por debajo con lienzo blanco; justillo con haldetas y mangas largas, también de paño

rojo ó violeta, y abierto por delante, y en la cabeza un paño doblado que caía sobre la espalda. En las islas de Ischia, Prócida y Capri llevaban las mujeres vestido largo parecido á una camisa, con grande abertura para la cabeza, pero sin ninguna en el pecho (90. 19), y mangas largas y anchas; un trozo de tela tersa, rectangular, de seda de color, prendida detrás; delantal largo de tela blanca, que subía atándolo por abajo, y en la cabeza un trozo de tela blanca doblada, como las napolitanas.

Entre los trajes de altos funcionarios el que menos varió fué el de los Dux de Venecia (89. 4). Consistía en ropón de terciopelo carmesí, de mangas anchas y abrochado por delante; capa ó manto hasta el suelo y aun con cola, también de terciopelo carmesí ó de brocado de oro; esclavina de armiño cerrada ó con botones esféricos de oro en la abertura de delante; y gorra redonda engomada, de la misma tela que el manto, con la copa inclinada hacia adelante en forma de cuerno (*corneo*), montada sobre un aro de oro guarnecido por arriba con doce perlas y puesta sobre un casquete blanco y ajustado, con cogotera y orejeras. En tiempos de guerra el Dux llevaba esta gorra, hecha de metal, como un casco, y en la ropa las armas de la república ó sea el león alado de San Marcos (84. 17). El general en jefe llevaba encima del ropón carmesí una capa ancha y larga, abrochada en el hombro derecho, y birrete plano, más ancho por arriba que por abajo (89. 3). Los príncipes italianos usaban traje parecido, sólo que el sayo y la capa no llegaban más que á las rodillas, y en lugar de la gorra de cuerno de los Dux llevaban otra redonda con aro de corona y dos puentes cruzados por encima. Los rectores de la universidad de Padua usaban ropón hasta los pies, carmesí, bordado de oro; sobretodo largo y abierto por delante, de brocado de oro, con mangas largas y muy anchas; capucha guarnecida de pieles y gorra cuadrada, cuyas cuatro puntas terminaban en cuernecitos, con cogotera, que cubría al mismo tiempo las sienes y la nuca (fig. 40. 2).

Fig. 40





III

Los españoles y portugueses

A cultura y civilización de los árabes, más que su poder, dominaron en las poblaciones cristianas de la España meridional, influyendo en sus costumbres y trajes. Estampas del siglo xvi nos dan á conocer aún trajes moriscos, tales como se estilaban entonces en el territorio granadino. En cambio, en las provincias del Norte, que no estuvieron nunca ó estuvieron muy poco tiempo sometidas á los árabes, se conservó durante la Edad media, sobre todo entre la nobleza, el traje romano, conforme lo llevaban los godos. Son prueba de lo que aseveramos las esculturas de aquella época, según las cuales los hombres usaban en el siglo xi túnica hasta las rodillas, guarnecida en los bordes, con mangas largas y estrechas y ceñida por un cinturón; calzones ajustados, envueltos por abajo con correas cruzadas; capa sujeta al hombro derecho con un broche; botas altas y cerradas, y el pelo y la barba cortados á punta de tijera (fig. 41. 1). Las citadas esculturas nos dan también á conocer la manera de vestir de las mujeres en el mismo siglo. Componíase su traje de larga túnica ajustada, con mangas estrechas (fig. 41. 2), sobre la cual se podían poner otras mangas anchas ó de justillo (compárese 91. 1. 3); manto cerrado debajo de la barbilla; calzado como el de los hombres y velo bordado que cubría el rostro, ó cofia, que las princesas solían adornar con una diadema. Estilábanse entonces dibujos redondos en las túnicas, sobre todo hacia las rodillas, conforme se ven en los frescos de las catacumbas romanas. Estampas del siglo xii nos enseñan el mismo traje masculino, bien que sin correas en los calzones. Los hombres usaban, además, sobre el traje interior, larga prenda sin mangas, ceñida al talle con una cinta ó correa y abierta hasta el borde por delante ó por un costado (fig. 41. 4) y capa puesta sobre los hombros. Los labradores de Aragón, Cataluña, Andalucía y Valencia usan aún hoy en día mantas de lana de corte parecido, listadas de colores y con flecos en las orillas. Las mujeres se ponían sobre la túnica un justillo corto y holgado, con cinturón ó ceñido al cuerpo (fig. 41. 4. 7), adornado con cenefa en el cuello y en la abertura del pecho y cerrado con cordones por los lados. El pelo se llevaba dividido por una raya ó se escondía debajo del tocado, que se componía de un paño bordado que rodeaba la cabeza, dejando caer los extremos sobre un hombro (fig. 41. 3), ó de una gorra atada por debajo de la barbilla, con adornos parecidos, y otra encima de forma plana (fig. 41. 4. 5).

Los cristianos redujeron en el siglo xiii, por las armas, el poder de los musulmanes; á pesar de esto, las esculturas y miniaturas de la época nos demuestran que los españoles, aunque combatían á los infieles, adoptaban gustosos su manera de vestir. Apenas cabe duda de que las largas prendas que en el Occidente de Europa se pusieron en boga, procedían de sus relaciones con el Oriente. Los hombres llevaban, por

lo general, dos largos sayos, uno encima de otro, y el interior iba ensanchándose de arriba abajo (91. 2. 6), llegaba á media pierna y tenía las mangas largas, ceñidas y abrochadas en la muñeca. A mediados del siglo XIII aparecieron las mangas perdidas, que colgaban en tiras bastante estrechas desde los hombros (91. 31. 32). El sayo de encima ó *loba* era tan largo como el otro, pero carecía de mangas (91. 8), y su adorno consistía en guarnición de piel en cuello, pecho y bocamangas. Llevábanse ambas prendas con cinturón ó sin él. Añádase á esto la capa, sujeta al pecho con doble cordón (91. 8). Como abrigo y traje de camino empleaban la *garnacha*, tomada de los moros, prenda también larga, con una especie de esclavina más ó menos larga (91. 28. 30 á 32). Las mangas eran de corte semicircular (fig. 42. 3) y con los bordes rectos cosidos á los de las aberturas para pasar los brazos. Por debajo de éstos se veían las mangas del sayo interior. El traje era completamente abierto por delante y se abrochaba hasta las rodillas ó tenía una sola abertura en el pecho, con sus botones correspondientes. Por arriba se le ponía una capucha, *capirote* (fig. 42. 6), que caía sobre pecho y espalda, y por debajo de la cual se colocaba, según costumbre morisca, una esclavina abierta por delante y completamente redonda,

Fig. 41

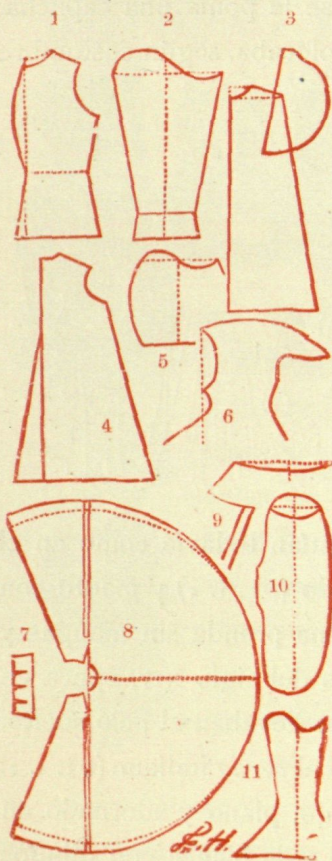


lo bastante larga para cubrir los brazos (91. 29. 31). Los calzones parecían calzas; el calzado era alto, cerrado y algo puntiagudo. El pelo se llevaba medianamente largo y echado hacia atrás y la barba casi siempre afeitada. Cubríanse la cabeza con una gorra cilíndrica, plana, algo más caída por las sienes y la nuca que por delante. Las mujeres vestían todavía como en el siglo XII, con larga túnica de mangas y cinturón, justillo más ó menos ajustado (91. 1. 3) y manto con cordones que lo sujetaban cruzando el pecho. Entre manto y sayo se ponían una prenda sin mangas y sin ceñidor ninguno (91. 7), que casi sin variación alguna duró hasta principios del siglo XIV, época en que se empezó á usar según el modelo del *surkot* francés (91. 38). Las jovencitas llevaban el pelo suelto, las casadas recogido y atado pero con el moño cubierto. El tocado era parecido al *corneo* italiano (91. 1. 3; compárese 89. 6) ó de forma cilíndrica, algo más ancho por arriba que por abajo, plano y adornado en el borde con botoncitos esféricos dorados. Además estaba forrado por fuera de seda blanca con dibujos de oro (91. 7). Todos los tocados se sujetaban atándolos con una cinta á la barbilla. Las túnicas de los guerreros no pasaban de las rodillas ni las mangas de los codos; por cinturón solían llevar una correa ancha (91. 12) ó una faja.

En el siglo XIV la moda francesa hizo desaparecer estos trajes semi-orientales. Los hombres conservaban, sin embargo, las antiguas calzas y vestían sayos ceñidos sin una arruga (91. 27. 29; fig. 42. 1. 2), más cortos que antes y las mangas lo mismo, abrochadas por delante á lo largo y por detrás en los antebrazos. Solían llevar cada mitad de la prenda de color distinto. El cinturón se colocaba, no en el talle, sino en las caderas. La orilla de la capucha era ondeada y muy larga la punta (91. 27). Las mangas perdidas se sostuvieron hasta fines del siglo. Llevábase aún el vestido largo y plegado (91. 28. 30 á 32); la *loba* sin mangas, que siguió usándose en el siglo siguiente (92. 7), y la capita morisca redonda, abierta por delante y cerrada en el cuello con botones (91. 29). A fines del siglo aparecieron las cómodas mangas de saco (fig. 42. 10), que se pegaban á la prenda ajustada, denominada *aljuba*, *pelote* ó *guezote* (91. 41). La espada se sujetaba á una cinta ancha ó tahalí, que desde el hombro derecho iba á parar á la cadera izquierda y que todavía estaba en uso á principios del siglo XVII (91. 27. 35). Las mangas de los uniformes españoles se distinguían por lo cómodas (91. 35).

El traje de las mujeres siguió el mismo hasta mediados del siglo XIV. Se componía de túnica interior con mangas ajustadas y sayo encima que las tenía anchas; ambas prendas holgadas y plegadas (91. 38) y con cinturón ó sin él; otro vestido también por encima sin mangas y un manto parecido á la capa (91. 7). A mediados del siglo se usaban las prendas tan ceñidas que era superfluo el cinturón (91. 38 á 40). Llevábase el cuerpo con gran escote y la falda de cola. La prenda interior era unas veces cerrada y otras abierta, con botones para abrocharla (91. 39. 40); las mangas estrechas, con botones por detrás en el antebrazo, ó con cordones, y abiertas de modo que dejaban ver otra manga interior blanca. La prenda de encima era lo mismo, pero con mangas más anchas, que por delante sólo llegaban á la sangría y por detrás un poco más abajo del codo, formando, como es natural, un pico (91. 38; fig. 42. 11). La *loba* sin

Fig. 42



mangas sólo llegaba á las rodillas é iba abierta por los lados como el *surkot* francés; el escote era largo y el cuerpo del vestido formaba en los hombros como un cuello grande vuelto (91. 38; fig. 42. 9). La espalda de esta prenda era más ancha que el delantero y éste tenía en el centro una fila de botones. El manto era semicircular, unas veces con cola y abrochado bajo el cuello (91. 40), y otras corto y sujeto en el hombro derecho (91. 39). A fines del siglo XIV todas las prendas eran ajustadas sólo por delante y anchas hacia abajo. El vestido de encima tenía mangas largas y anchas por igual ó abiertas en forma de embudo, á veces tanto que llegaban al suelo; en las bocamangas tenían un adorno á ondas. Volvieron á usarse los vestidos con cinturón y cerrados hasta el cuello con sólo una abertura en el pecho, cuyos bordes estaban vueltos como solapas. El hueco del escote lo cubría la camisa. La capa ó manto larga y semicircular era parecida á la de los hombres; llevaban también otra que sólo llegaba á las rodillas, tenía cuello recto y duro (91. 42; fig. 42. 7), iba puesta sencillamente sobre ambos hombros ó con aberturas para los brazos (92. 6. 8; fig. 42. 8). Las doncellas llevaban el pelo suelto, con un aro en la frente, trenzados de color ó guirnaldas (91. 38 á 40); las casadas lo envolvían con una redcilla y cubrían la cabeza con un gran trozo de paño. Las amas de cura tenían que llevar, sobre este tocado, una tira roja. El calzado era moderadamente puntiagudo y bordado de oro ó de seda, según la categoría de la persona.

La influencia de la moda francesa fué tan poderosa en el siglo XV que el traje de los españoles vino á ser casi igual al de los franceses. Ya no se vestían más que de ceremonia con las antiguas túnicas y capas. La capa solía ser semicircular ó rectangular; ésta recogida en el cuello formando pliegues, con un cuellecito recto y sujeta por unos cordones que cruzaban el pecho (92. 3). Como abrigo se usaba la capa de embozo (92. 9) (1). En la segunda mitad del propio siglo las relaciones políticas de España con Nápoles cambiaron el rumbo de la moda imperante, que de francesa se convirtió en italiana. Así vestían los españoles, con calzas muy ajustadas, calzón hasta las rodillas acuchillado; jubón también ajustado, con haldetas y cuchilladas, y las mantas de telas de colores vivos con mangas ó sólo aberturas para pasar los brazos, que estaban en boga en toda la Italia (compárese 86. 1. 8. 11. 15. 87. 1. 7. 93. 1). Quedó únicamente como prenda nacional la *loba* (92. 7), que entonces se llamaba *tabardo*, ancha, plegada y provista de grandes aberturas para los brazos; era prenda propia de los nobles (92. 20). Cubríanse además con una capa corta, ancha ó ceñida (compárese 93. 9. 16), de seda ó de terciopelo, y con cuellecito recto ó doblado. Era también prenda nacional un pañuelo arrollado á la cabeza en forma de turbante (92. 2), aunque ya se

(1) Que con leves variaciones ha llegado á nuestros días. (N. del T.)

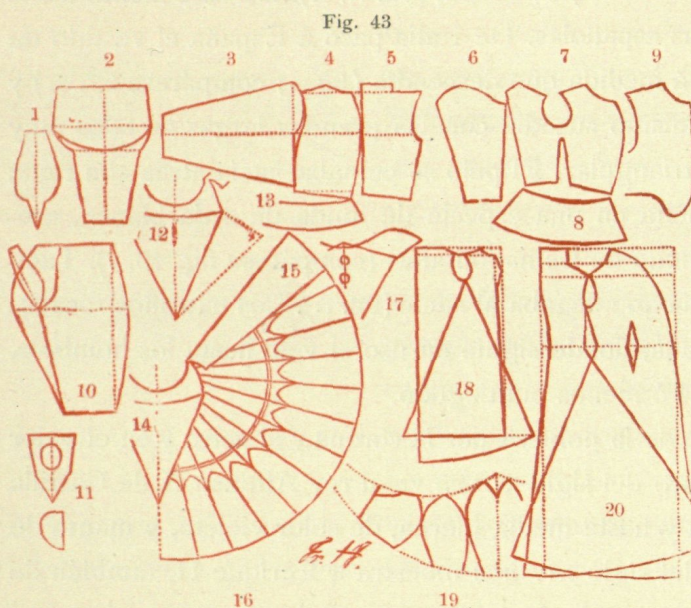
llevaban gorras y sombreros de varias formas. El traje femenino se sometió también en aquella época á la moda francesa, pero no tanto como el de los hombres. Durante bastantes años siguieron las mujeres vistiendo á la antigua usanza (92. 1. 6. 8); más adelante se hicieron la prenda de encima abierta por delante de arriba abajo, con adorno de pieles en los bordes y cinturón alrededor del talle (92. 11. 12). Cubríanse cuidadosamente cuello y pecho con un paño muy fino; la punta del gran escote triangular con solapas llegaba á la cintura. A fines del siglo, siguiendo el uso italiano, el vestido, cerrado y plegado, iba pegado á un justillo corto y liso (92. 13. 14); las mangas solían tener cuchilladas ó estar rasgadas de arriba abajo, formando unas tiras por entre las que asomaban unas mangas blancas interiores haciendo abofellados. El manto, con sus largas aberturas laterales y su cuello recto y duro (92. 6. 8), daba al atavío de las mujeres el sello español. Más adelante se suprimieron el cuello y las aberturas laterales, haciendo, en cambio, mayores aquéllas, que servían para pasar los brazos y la cabeza (92. 14. 22). De este manto nació la *mantilla*, que aun hoy día es prenda peculiar de las españolas. De Italia pasó á España el vestido de brocado, tieso, sin talle ni pliegues, que ensanchaba á medida que descendía (93. 2; compárese 87. 15) y tenía á los lados grandes cortes para los brazos. Lo mismo sucedía con las prendas largas de telas muy finas, con la sola diferencia de que no tenían escote triangular. El pelo se peinaba hacia atrás con raya; terminaba en la parte posterior ancha trenza, envuelta en una especie de funda de seda blanca, cruzada en varios puntos con cinta de color (92. 18) al modo de las napolitanas (compárese fig. 40. 1). También se solían meter el pelo en una redecilla abofellada que llegaba al suelo (92. 13). Los extraños tocados de los países vecinos no tuvieron aceptación en España, donde siguió en uso el velo hasta los hombros, que cubría el cuello (92. 11. 12. 15). El calzado era más ó menos puntiagudo.

Las vestiduras reales sólo se diferenciaban de las de la nobleza por la corona y el cetro y en el valor de las telas y los adornos. En las estampas de un libro del siglo XIII se ve al rey Alfonso X de Castilla y León (91. 8. 16) con calzas de grana, túnica cerrada y hasta media pierna, de color violeta, y manto de púrpura, echado sobre los hombros. Una escultura del siglo XIV nos muestra á Enrique II, también de Castilla (91. 37), con larga túnica interior, de mangas abrochadas atrás; otra encima cerrada y hasta el suelo; manto prendido con tres botones en el hombro derecho, y guantes, de cuyos puños cuelga una borlita. Conforme una pintura del siglo XV, Don Juan II de Aragón, que murió en 1479, llevaba larga túnica de brocado de oro con mangas ajustadas, otra encima de color púrpura con mangas muy anchas, abierta por delante, forrada de armiño y guarnecida de lo mismo; ancha esclavina de idéntica piel y guantes color violeta (92. 16). En otro cuadro, que representa á Fernando el Católico (1490), vése á éste con ropón de brocado de oro, ribeteado de blanco en las bocamangas y las aberturas laterales, túnica debajo encarnada y manto corto de rojo violado, recogido á los lados en los hombros (92. 17). En el propio cuadro está toda la familia real vestida á estilo de la época (92. 18. 21), como también lo iba, á juzgar por sus estatuas sepulcrales, el rey Don Juan de Castilla, que falleció en 1454 (92. 23), y la reina Isabel de Portugal (muerta en 1496), esta última con mantilla en la cabeza (92. 22).

Durante la primera mitad del siglo XVI siguieron vistiendo los hombres á la italiana, con calzas, gregüescos hasta la rodilla acuchillados, justillos acuchillados también ó jubones abrochados, gabanes, birretes altos y bajos, con ala y sin ella, y zapatos bajos ajustados al pie. Las calzas se sujetaban arriba en el cinturón, y los gregüescos se enganchaban con corchetes á las calzas ó al justillo. Aquéllos se hicieron más adelante rasgados de arriba abajo (fig. 43. 1. 2), formando tiras, unidas á ellos por cintas horizontales (93. 1), saliendo de las aberturas los abofellados blancos de un calzón interior más ancho. A mediados del siglo se suprimieron las cintas horizontales, y las verticales caían libremente, bien que sujetas por abajo á una tira que rodeaba la pierna, la cual tira se subía, resultando así el calzón bombacho. Más adelante se rellenaron los gregüescos, de suerte que las cintas quedaban tan tirantes como si fuesen metálicas (93. 8. 15). Al principio también sufrió grandes variaciones el jubón, que era liso y sin

arrugas, abierto por delante y con haldetas postizas, que llegaba á las caderas (fig. 43. 1, 5, 13); por arriba llegaba al cuello y terminaba con frecuencia en un cuellecito recto (93. 1). De las mangas (fig. 43. 3) se hacían tiras como de los calzones, abofellándolas después. Cuando se empezaron á practicar cortes en las tiras de los calzones, también se abrieron en el jubón algunos (93. 8, 15), suprimiendo las mangas ó poniéndolas simuladas, colgando por detrás.

En tiempo de Carlos V jubón y gregüescos se llevaban blancos ó de colores claros; más adelante se estilaron oscuros. En el cuello y en los puños se llevaban golas y vuelos rizados. El gabán llegaba á las rodillas, tenía solapas, cuello y mangas largas ó cortas (93. 1), ó sólo aberturas para los brazos. Las mangas de esta prenda tenían que ser muy anchas á causa de los abofellados de las de debajo; las más largas lo eran tanto como el jubón. El gabán se hacía de paño, terciopelo ó seda oscuros, y el cuello y solapas de distinto color y por lo general de pieles.



La prenda nacional española era la capa. Cuanto más noble era el individuo, más corta era. Los labradores la llevaban hasta los tobillos, los burgueses hasta las caderas, los nobles y cortesanos aún más arriba. Cualquiera que fuese su longitud, el corte de la capa era siempre el mismo, de tres cuartos de círculo (fig. 43. 16). Al principio la capa era lisa, más adelante llevaba cuello recto ó vuelto y más ancho, que terminaba por delante en dos tiras cosidas en los bordes delanteros de la prenda (93. 15; fig. 43. 15). A mediados de siglo se usaba la capa con capucha, siempre lo bastante ancha para cubrir la cabeza, puntiaguda ó redonda y hecha de dos piezas iguales que se unían cosiéndolas

á los lados, ó de una sola pieza (fig. 43. 12). La capa era por lo general de paño oscuro, también de seda ó terciopelo, y forraba del mismo color ó de otro que destacase bien; guarnecíanse los bordes con dos ó tres tiras, trencillas doradas ó bordados, y desde el cuello á la orilla adornábase también con tiritas estrechas cruzadas por otras atravesadas en zizás (fig. 43. 16). La capucha se adornaba por detrás, á todo lo largo, con borlas ó botones (93. 13; fig. 43. 17). Colocábase por lo general la capa sobre los hombros y sujetábase al cuello por un botón ó por cordones con borlas. Cuando la capa era grande, poníase del mismo modo, y uno de los lados se echaba sobre el hombro opuesto (93. 11, 16). Transformábase la capa en abrigo haciéndole aberturas para los brazos y también mangas, tan anchas, que cabían debajo las del jubón á pesar de ser abofelladas, por más que fuesen ajustadas en la muñeca (93. 15).

A principios del siglo xvi era moda gorra ó birrete plano, adornado con un cordón dorado por encima del ala, un broche á un lado y una pluma. Al principio este birrete era plano y ancho como un plato (93. 1); luego disminuyó el ancho, se elevó la copa sobre una armadura de alambre (93. 8, 12 á 16) y se convirtió en sombrero. Este, en 1540, cuando empezó á usarse, tenía la copa redonda (93. 11) ó cilíndrica (93. 9) y el ala estrecha, y no llevaba pluma. El calzado, que era de punta redonda, volvió á ser puntiagudo, abierto en los tobillos y con cuchilladas pequeñas que dejaban ver el forro (93. 10 á 14). El pelo se llevaba al rape y la barba corta y algo puntiaguda. Todo español de alguna categoría usaba guantes, espada al cinto y á veces daga.

En la segunda mitad del siglo xvi los hombres siguieron llevando calzas ceñidas, que ya se sabían tejer. En 1550 se dividieron por la rodilla, resultando así calzones y medias (93. 8); aquéllos solían guartarse ó rellenarse (93. 8 á 13, 15). Entre la gente baja y la soldadesca se pusieron en boga calzones muy

anchos por arriba que se iban estrechando hacia la rodilla en donde terminaban, atándose con un cordón enjaretado sobre las medias de suerte que quedaban algo ahuecados (93. 14). Los calzones así parecían dos sacos y si la tela era muy ancha cada pierna podía ser de una sola pieza, en cual caso no tenían más que una costura, la de la parte de afuera. Estos calzones se rellenaban de modo que apareciesen más abultados de arriba que de abajo y solían llevarse sobre un pantalón á manera de forro, por su borde externo parecido al de encima y por el interior semejaba al calzón estrecho que antes se usaba. La pretina con el delantero acolchado subsistió durante este período. Sobre las medias poníanse una especie de polainas de cuero blando que llegaban hasta la mitad del muslo y se abrochaban con botones por el lado, á partir del tobillo, de suerte que se ajustaran á la pierna (93. 9). Desde 1560 el justillo se cortó de muy distinta manera que hasta entonces: el cuerpo, mucho más largo por delante que por detrás, estaba acolchado en la parte del pecho, primero de un modo regular y después hacia abajo y el centro, en donde formaba una verdadera arista que se iba aplanando por arriba (93. 12). A fines del siglo décimosexto exageróse tanto esta abolladura que el justillo aparecía colgando sobre el vientre como una capucha rellena (fig. 32. 3. 4) y formando lo que en Alemania se denominó vientre de pato (*Gansbauch*); como este justillo se cerraba por delante, hubo que confeccionarlo con dos piezas, compuesta cada una de tres tiras, una por debajo, otra para encima y otra para la arista del cojinete, esta última con los bordes muy pespunteados. El jubón se estilaba largo y generalmente liso sin acuchillados ni más acolchados (93. 9. 11) que uno poco abultado en el pecho. Las golillas, llamadas *lechuguillas*, se llevaron cada vez más altas y de mayor vuelo, lo que obligaba á hacer cada día más bajo el cuello del justillo. El sobretodo fué acortándose de día en día y como había gran afición á la capa con mangas, poco á poco ambas prendas tuvieron la misma forma (93. 15): la capa sin mangas quedó tal como estaba. El birrete fué cediendo su puesto al sombrero alto y duro de estrechas alas (93. 9. 11): los zapatos y las botas apenas sufrieron modificación. La gran golilla requería el pelo corto y consentía sólo una perilla no muy grande: los bigotes se retorcián hacia arriba. Todos los españoles, hasta los sastres y zapateros, llevaban colgada en el cinto la larga y estrecha hoja toledana, en posición horizontal é inclinada hacia adelante y con la mano izquierda apoyada en la empuñadura.

En punto al traje de las mujeres durante la primera mitad del siglo décimosexto, generalizóse cada vez más la costumbre de separar la saya del corpiño, aunque confeccionando ambas prendas de la misma tela, excepto las mangas que á menudo se llevaban de distinta muestra. El corpiño tenía, en un principio, el talle muy corto (93. 4. 6), se ataba por detrás y su gran escote cubríalo una camiseta de finos pliegues que se cerraba en el cuello con una ancha cinta sobre la cual se ponía una golilla estrecha: un acolchado alisaba las esféricas formas del pecho. La saya formaba arrugas sobre unas gruesas enaguas. Gustaban las mujeres de llevar las mangas del vestido interior largas, estrechas, adornadas por delante de un rizado y á menudo abiertas en dos piezas que se ataban sobre los grandes abofellados de una manga que hacía las veces de forro. Las mangas del sobretodo eran anchas y se aplicaban al cuerpo lisas ó formando pliegues. Ceñía el talle un cinturón, de cuyos extremos descendía el uno por delante hasta los pies y el otro cerraba el cinturón con un corchete. Después de 1525 estuvieron de moda las sayas acartonadas, sin pliegues ó con muy pocos y puestas sobre un armazón de círculos (93. 7. 17 á 20); el sobretodo abierto de cintura para abajo dejando ver la saya (93. 17. 94. 1. 21. Fig. 43. 18), y el corpiño terminado en larga y aguda punta, con cuello recto que alzaba la golilla alrededor de la barba y se ajustaba á la garganta, cortado de modo que se abrochara á un lado con corchetes. Además del sobretodo, apareció entonces también como prenda de encima una vestidura de una sola pieza desde el cuello á los pies, completamente abierta por delante (93. 10. 20; compárese 90. 5. 12), que se adaptaba al cuerpo y podía cerrarse sobre éste: ajustada al cuello iba ensanchándose hacia abajo en forma de campana, carecía de mangas propiamente dichas, pero tenía largas mangas perdidas ó medias mangas que se ajustaban á la mitad

superior del brazo; las hombreras aparecían muy prominentes gracias á gruesos almohadillados (93. 19). Para confeccionar estas mangas necesitábase un trozo de tela en forma casi de media luna achafanada en sus extremos (fig. 43. 19); las trencillas antiguamente usadas fueron sustituidas por galones en las costuras y en los ribetes. El cinturón se fué estrechando hasta convertirse en cordón, en lugar del cual llevábase á veces una cadena de la que pendía un pomo de esencias, ó un abanico ó un espejo rodeado de plumas. La capa era ó bien rectangular ó redonda como la de los hombres, aunque más larga que ésta, de suerte que aun subiéndola hasta por encima de la cabeza cubría la figura toda y á veces todavía arrastraba (94. 1. 5. 9. 21): esta capa solía ser de color oscuro, y únicamente las dueñas la llevaban blanca. Además de ella se usaba un manto de tela fina que era un término medio entre la capa y el velo y que se prendía en la cabeza ó en el tocado y descendía por la espalda y los hombros. El cabello, en otro tiempo suelto, recogióse desde la aparición de las golillas en trenzas arrolladas sobre las sienes (93. 3) ó se introducía sin trenzar en una redecilla, que pronto hubo de desaparecer por las dimensiones que á las golillas se dieron; entonces el pelo se recogió en lo alto de la cabeza con largas agujas, sosteniéndose en esta postura por medio de aros y sartas de perlas; también se llevó alisado, partido con raya y flojo por detrás (93. 7). Los birretes y los pequeños sombreros con cordones de oro y plumas se fijaban por medio de agujas en el cabello (93. 18). Los zapatos eran análogos á los de los hombres, pero para salir de casa solían las mujeres calzarse encima de los zapatos finos otros de gruesa suela (94. 1. 7).

Los cambios que durante la segunda mitad del siglo décimosexto experimentó el traje de las mujeres fueron de escasa importancia. El corpiño se abría á menudo por delante y se abrochaba con botones (93. 21) y el cuello alto se llevaba abierto y un poco doblado hacia afuera; las hombreras recibieron el aditamento de una almohadilla ó un apéndice abultado y cilíndrico que también se ponía en el borde inferior. Las mangas colgantes eran tan largas como el brazo y de forma de canoa (93. 17. 20) y al llegar al cuarto inferior del brazo su anchura disminuía de tal manera que podían ajustarse á las muñecas: los acuchillados de los bordes eran rectos y en la espalda había una segunda costura. Algunas veces las mangas estaban cortadas por detrás en una serie de asas transversales (93. 21). El sobretodo, abierto desde el corpiño, llevábase por delante más corto que el vestido interior, pero por detrás arrastraba (93. 20), y el armazón sobre que descansaba la saya no tenía ya la forma de campana, sino que por detrás se separaba más que antes del cuerpo. La prenda que se ponía encima del sobretodo, abierta en toda su longitud, formaba en la parte inferior del delantero una vuelta á modo de cuello (93. 20). Las golillas y los puños rizados aumentaron de tamaño: en cambio los peinados, el calzado y el tocado apenas experimentaron ninguna variación.

Los trajes de la gente del pueblo acusaban una mezcla de restos de vestiduras tradicionales con prendas introducidas por la nueva moda y se diferenciaban mucho unos de otros. En Granada predominaban los modelos árabes: las muchachas (94. 12) llevaban calzones que se ataban encima de la pierna, cubrían su cuerpo con una manteleta abierta y con agujeros para sacar los brazos y se ponían en la cabeza un pañuelo y encima de éste un gorro redondo con un grueso armazón circular de madera ó de cobre: tal era el traje de casa. Para salir á la calle se envolvían en un manto de campana (94. 14) y se calzaban medias botas cortadas en curva debajo de la rodilla y reforzadas con gruesas suelas de madera que se ataban al pie de aquéllas. Las damas principales granadinas (94. 13) se vestían á la moda, llevando empero el manto corto recogido en largos pliegues, replegado por detrás y ajustado á los brazos con dos cordones. El traje de los hombres de Granada no tenía nada de árabe y consistía en calzones, zapatos en forma de sandalias, sayo corto con mangas, capa más corta todavía que se cruzaba por delante, y sombrero bajo de alas rectas por delante y levantadas por detrás. Los gallegos (94. 17) vestían calzones anchos, abiertos por abajo, sayo con mangas y capa: igual traje usaban los navarros (94. 18) con la diferencia de que llevaban pantalones á la moda, es decir, hasta las rodillas y con abofellados en los muslos,

y medias. Las vizcainas (94. 1) gastaban un tocado alto y puntiagudo hecho con un velo arrollado á la cabeza en varias vueltas y provisto de una cinta que cubría la frente y se clavaba en un segundo pañuelo que cubría el cuello y los hombros. El tocado de las toledanas (94. 2) era de fieltro blanco, se parecía á un turbante ovalado y hundido. El traje de luto de las mujeres consistía en una falda negra y una mantilla que llegaba hasta la rodilla y de la cual pendía un velo blanco que por detrás descendía hasta muy abajo: sobre estas prendas se ponía una larga capa negra y la cabeza cubríase con un gran sombrero negro también que se ataba con carrilleras. El uniforme del gobernador del rey (93. 16) se componía de una larga ropa talar morada con mangas perdidas, que cerraba por delante en toda su longitud con botones ó con cordones, y de una capa corta de color pardo ó negro.

La Iglesia católica romana



IENTRAS el cristianismo se desenvolvió poco menos que ocultamente, el traje no sufrió modificación alguna, á pesar de que la nueva religión consideraba toda ostentación carnal como un pecado: sacerdotes y laicos llevaban las mismas vestiduras, que eran las romanas (102. 1 á 7); pero cuando los primeros comenzaron á considerarse como personas oficiales, empezaron á usar distintivos oficiales también, siendo los obispos los que primero se sirvieron de ellos. El más antiguo parece haber sido una especie de cinta ancha que daba dos vueltas alrededor de los hombros (102. 8. 103. 7); el origen de esta prenda, que usaban ya los cónsules en

tiempo de Constantino (103. 1 á 3), es oscuro como todos los orígenes, aunque quizás pudiera considerársela como la orla de color de la toga, puesto que entonces se colocaba de modo que desde un hombro viniera á caer sobre la cadera del lado opuesto, que es lo mismo que se hacía con la orla de la toga (103. 4. 5). Los laicos iban adoptando todas las modas nuevas; los sacerdotes, por el contrario, conservaban su antiguo traje como traje oficial, y se adornaban según mejor les parecía. La división de la Iglesia cristiana en occidental y oriental acaecida durante el siglo séptimo,

trajo consigo una división en las vestiduras litúrgicas, revistiendo con el tiempo el traje sacerdotal un carácter especial y peculiar en cada una de aquéllas. En la Iglesia católica romana, el hábito episcopal abarca hoy en día todas las prendas propias de los diversos grados sacerdotales. Son éstas: 1.º Las medias; hasta el siglo décimo los sacerdotes sólo usaron sandalias, llevando los pies y las piernas desnudos; luego se calzaron medias que les cubrían el pie y la pierna, primero cosidas y más tarde de punto: las de los obispos eran encarniadas y á menudo con muestras. 2.º Los zapatos; éstos fueron, en un principio, sandalias, después zapatos cortados á modo de sandalias que por medio de tiras laterales se ataban en el tarso (104. 25) y finalmente zapatos bajos. 3.º El amito (105. 1 á 3); es un pedazo de tela rectangular, en un principio sin adornos y más tarde bordado en su borde anterior, con ojales en los ángulos de uno de los lados longi-

tudinales y cordones en los del opuesto: se pone por encima de la cabeza, se cruza sobre el pecho y se ata á la cintura. 4.º El alba (fig. 44. 1); especie de camisa con mangas, blanca, más larga que el que se la ha de poner, el cual en caso necesario la recoge debajo del cíngulo, y adornada en su borde inferior y á menudo también en las mangas con una franja (103. 35. 37 á 41). 5.º El cíngulo; consistía antiguamente en una cinta de hilo, más tarde en una cuerda redonda con hilos de oro entretejidos, posteriormente fué una faja de hilo ancha con bordados y franjas y en la actualidad es un cordón retorcido con una bola en cada extremo. 6.º La estola y el manípulo; la estola era en un principio una prenda que se ponía sobre las demás, de forma parecida á una camisa con dos tiras largas sobrecosidas que caían por delante y por detrás, al estilo de la moda de los últimos tiempos romanos (102. 4. 6 á 9). Luego se usaron

solamente las tiras como larga cinta que se pasaba por la nuca, cruzaba el pecho y se sujetaba con el cíngulo (103. 37. 38). El manípulo, en su origen, fué un paño para enjugar el sudor, pero luego se fué estrechando hasta convertirse en una especie de cinta que se sujetaba en el brazo izquierdo. El manípulo y la estola estaban adornados, terminaban por sus dos extremos en forma de palas y llevaban como adorno una franja ó fleco. 7.º La dalmática y la tunicela (fig. 44. 2. 3); eran éstas dos prendas de forma de camisa que juntas ó separadas se colocaban encima del alba; la tunicela, más larga y estrecha que la dalmática, poníase debajo de ésta, pero de modo que se vieran las puntas de la estola. De estas dos vestiduras la que iba debajo era primitivamente encarnada, la de encima blanca: una y otra tenían dos tiras paralelas que caían por los hombros, por detrás y por delante; estas tiras, primeramente de color rojo violado y después doradas, se unían entre sí debajo del cuello por medio de otra tira transversal. Ambas prendas sufrieron un gran cambio en punto á forma, color y adornos: sólo la más larga conservó generalmente las tiras y un bordado rectangular en la parte delantera del borde inferior, en cada uno de cuyos

Fig. 44



lados se practicó un corte arqueado; algunas veces se adornó también la orla con franjas y hasta con flecos. 8.º La casulla; procede ésta de la pénula romana é iba á menudo provista de una capucha; mas como en su primitiva forma coartaba el movimiento de los brazos, en el siglo décimo se confeccionó de modo que sus partes laterales se recogieran por medio de tirantes con borlas. La casulla se confeccionaba con un pedazo de tela cortado en semicírculo (fig. 44. 5), cuyas alas laterales se juntaban, en un principio, hasta tocarse y luego hasta caer en parte una sobre otra: por detrás y por delante se le aplicaban anchos galones en forma de una Y que luego se transformó en cruz. En el siglo catorce, y con el objeto de dar mayor libertad á los brazos, cortóse un pedazo de cada lado de la casulla (103. 36), practicándose así dos aberturas que poco á poco fueron agrandándose hacia abajo hasta que quedaron separadas la parte anterior y la posterior de aquélla (fig. 44. 8). A partir del siglo diez y seis, la parte delantera se cortó más estrecha que la trasera y sólo igualaba su anchura á la de ésta en la región superior (104. 30. 32. Figura 44. 6. 7. 9); los galones, en vez de una cruz, formaron una T. 9.º Los guantes eran en un principio cortados sobre tela y cosidos y luego fueron tejidos, siempre siguiendo las formas de la moda profana:

su primitivo color fué purpúreo, después variaba según el de los demás ornamentos, y finalmente blanco; nunca los usaron negros los sacerdotes. 10.º La ínfula ó mitra; los primeros obispos cubrieron su cabeza con un pañuelo y una tirilla sobre la frente (102. 10), piezas que fueron sustituidas por una especie de casquete con frontal, cuyos dos extremos colgaban por la nuca. Cuando este casquete aumentó en altura, deprimiósele de arriba abajo, se le dió una inclinación desde la frente hacia atrás (102. 21. 22. 103. 29), y más tarde ya se cortó desde luego en esta forma; finalmente la mitra consistió en dos piezas planas y triangulares unidas por medio de los forros interiores y de un frontal (103. 31 á 33). En el siglo quince su altura fué creciendo, terminada siempre en punta, hasta alcanzar la que tiene hoy en día (103. 40). 11.º El palio; este distintivo que tienen los arzobispos sobre los obispos, parece derivar de la antigua banda que se pasaba dos veces por el pecho y por los hombros y que ya vemos en imágenes del siglo sexto; en los primeros tiempos de la Edad media se nos aparece en forma de anillo ó cuadrada con tiras en el pecho y en la espalda (103. 28. 31) y adornado con la cruz roja oscura y los bordes dorados. Actualmente el palio se teje con lana de cordero blanca y ostenta cruces negras, llevando en sus extremos unas planchitas de plomo barnizadas de negro. El palio se fija con tres alfileres de oro en el pecho, en la espalda y en el hombro derecho. 12.º El racional; este ornamento, hoy fuera de uso, consistía en una plancha puesta sobre el pecho y otra sobre la espalda unidas por hombreras circulares (104. 10), ó en un collar con hombrera, pectoral y espaldera (103. 25). Existe una imagen de un emperador bizantino del siglo noveno con un adorno análogo (103. 12), y un relicario del siglo trece nos muestra una figura con un racional desmontado, en cuyas planchas están representados los siete dones del Espíritu Santo (103. 26). Estas vestiduras y ornamentos se aumentaron desde los primeros tiempos de la Edad media con el anillo (105. 6) y el báculo, y desde fines del siglo catorce con el pectoral, que entonces era de uso exclusivo del Papa. El báculo, en un principio, era un palo de regular altura y de puño redondo ó una especie de muleta en forma de T; desde el siglo décimo fué más largo y presentó en su extremo superior una corvadura en espiral hacia adentro (105. 9. 14), debajo de la cual, á partir del siglo catorce, no era raro encontrar un pequeño paño atado destinado á enjugar el sudor.

El Papa lleva el mismo traje sacerdotal que los obispos, pero en vez de báculo usa una cruz con dos ó tres travesaños, y en lugar de mitra una tiara hueca, blanca y de forma de medio óvalo con una triple corona. Esta prenda, en los siglos doce y trece, era todavía lisa ó imitando un entrelazado y no tenía más adorno que un galón en la frente y otro perpendicular en el centro (103. 17. 20 á 22. 104. 6. 7). Bonifacio VIII (1294-1303) convirtió el galón frontal en corona poniendo encima de ésta otra, sobre la cual puso una tercera uno de los inmediatos sucesores de ese pontífice, Urbano V (104. 8. 9). En los siglos doce y trece ostentaban aún los papas un adorno pectoral con doce piedras preciosas, parecido al que en las grandes solemnidades solía llevar el sumo sacerdote entre los judíos (103. 21).

Los ornamentos sacerdotales para la misa son: alba, cíngulo, estola, manípulo y casulla (104. 1). El diácono se coloca la estola sobre el hombro izquierdo y se la cruza y fija sobre la cadera derecha, poniéndose encima la dalmática (104. 2).

A tales ornamentos pertenecen también las capas de coro y de vísperas ó pluvial (104. 3. 17. Fig. 44. 10): esta última era una capa con capucha que en su origen se ponían los sacerdotes cuando hacía mal tiempo, y estaba cortada en semicírculo: la capucha era rectangular y sus ángulos, que se juntaban en la línea central, estaban cosidos.

Esta capucha fué sustituida por un pedazo de paño triangular, el escudo ó capillo, y finalmente se fijó una borla en su extremo inferior.

Al traje usual de los sacerdotes pertenecen también una larga sotana de color (104. 26 á 28. 35 á 37) y el sobrepelliz blanco que se pone encima de ésta y que también llevan los monaguillos (104. 13 á 15. 19 á 22): el sobrepelliz es una especie de alba corta con mangas anchas ó estrechas y algunas veces sin más que

una abertura para pasar los brazos (104. 26. 34. 36. 37). Pertenecen asimismo á dicho traje el bonete, antiguamente redondo, después triangular y posteriormente pentagonal con puntas muy salientes y más ancho por arriba que por abajo, y finalmente el almucio, valona larga de piel y con capucha (104. 4. 5. 33. 36. 37). Entre las prendas que constituyen el traje de casa de las altas dignidades figuran algunas vestiduras en forma de manto y de sotana de color encarnado, morado y negro. Como distintivo especial del rango hay el sombrero, que desde muy antiguo usaron los sacerdotes y que generalmente era negro. Inocencio IV (1243-1254) fué el primero en decretar que sus cardenales legados se distinguieran por su sombrero encarnado, de copa muy baja y alas muy anchas que se ataban con dos cordones. A fines del siglo décimosexto fijáronse en el nudo que éstos formaban otros tres cordones (104. 31), unidos por tres más colocados transversalmente, adornándose con borlitas los puntos de cruce de unos con otros. El número de estas borlas indica hoy en día la dignidad del que lleva el sombrero: el capelo cardenalicio contiene quince borlas distribuídas en cinco hileras.

Benedicto de Nursia, hombre de preclaro talento, instituyó en el año 515 reglas comunes para los conventos de Occidente, imitando lo que cerca de medio siglo antes hiciera para los de Oriente Basilio de Cesarea. Entre aquellas reglas de Benedicto las había para lo referente á las vestiduras, que antes de él no habían obedecido á más norma que al capricho (107. 2). Desde entonces el traje monacal se compuso: de una cota ó hábito con mangas atada á la cintura por medio de una cuerda; de una casulla análoga á la antigua pénula, con aberturas para los brazos ó completamente abierta desde el sobaco al borde inferior, atándose en este último caso las partes sueltas por distintos puntos, con lo que resultaban varios orificios por donde pudieran los brazos introducirse, y de una capucha con ó sin gorguera que se fijaba en la cota ó en la casulla. A estas prendas se agregó, en el siglo doce, una ancha faja de paño con un agujero en el centro por donde se introducía la cabeza, quedando el escapulario, que así se llamaba, colgado sobre el pecho y la espalda (107. 41. Fig. 44. 11): desde entonces dejaron de usarse las casullas abiertas de arriba abajo y atadas en diferentes sitios. El cabello se llevaba tonsurado á excepción de una pequeña corona; en cuanto á la barba, sólo estaba permitida en algunas órdenes. Hacía las veces de cinturón una cuerda con nudos ó una correa de cuero, de la cual colgaba, á partir del siglo trece, el rosario.

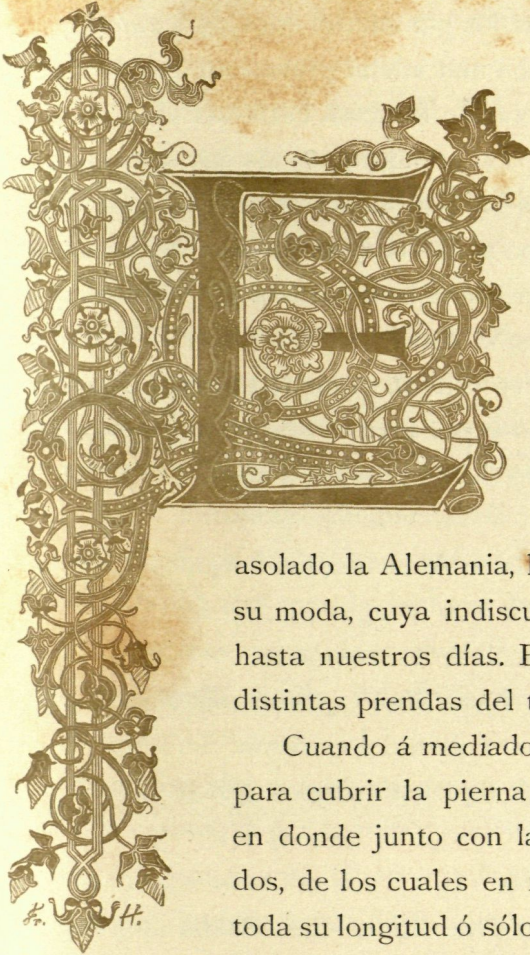
Por lo que hace al calzado, usábanse los zapatos y las sandalias y algunos monjes iban descalzos. Las órdenes se distinguían entre sí por el color de los hábitos y por el distinto uso de las diversas vestiduras. Los cartujos eran los únicos que llevaban unidas á ambos lados y á mitad de su altura por una ancha faja las dos partes delantera y trasera del escapulario (107. 41). Los colores más comunes eran el blanco, el negro, el pardo y el gris; el azul y el encarnado abundaban poco. El traje de la «Compañía de Jesús,» de los jesuitas, nada tenía de común con los hábitos usuales de los monjes. Esta orden, que fundada en 1534 tuvo un carácter semimundano, semirreligioso, llevaba como traje profano el de los sabios y aun el de los pastores protestantes de aquel tiempo (108. 24); su traje religioso consistía: en una sotana completamente abotonada de arriba abajo, sobre la cual á veces se ponían un largo sobretodo abierto y con mangas muy anchas, y en un bonete cuadrado, más ancho por arriba que por abajo, ó en un sombrero plano, cuyas alas se llevaron, desde fines del siglo décimosexto, retorcidas hacia arriba y sujetas por un cordón.

Las monjas, en un principio, usaron el traje ordinario de su tiempo, sin más diferencia que el velo que echaban sobre su cabello ó sobre su tocado (107. 6. 9. 11. Fig. 44. 11. 15) y la larga capa con que cubrían todo su cuerpo cuando salían á la calle. Una vez dictadas reglas sobre este particular, su traje consistió en una cota ó hábito atado á la cintura con una cuerda ó una correa de cuero, en un escapulario, una capa, una pañoleta y una toca. La pañoleta dejaba antiguamente el cuello descubierto, pero en el siglo décimosexto se le dió una forma tal que cubrió el cuello y rodeó toda la cara. La pañoleta general-

mente era blanca, la toca negra: en cuanto á los colores de las demás prendas del hábito se ajustaban siempre á las reglas que regían en las órdenes masculinas correspondientes. Los abades y las abadesas llevaban báculo y pectoral como los obispos (107. 15. 36. 41), y los primeros usaban muchas veces también mitra.

Las cruzadas dieron origen á órdenes de caballería monásticas, cuyo distintivo era en un principio una simple cruz fijada en la capa (107. 23); pero cuando el número de estas órdenes aumentó, distinguéronse unas de otras así por la forma de la cruz como por el color y aun el corte de sus capas y de sus túnicas (108. 26. 28 á 30. 32).

Trajes europeos desde fines del siglo XVI hasta 1840



N la segunda mitad del siglo décimosexto la grandeza española aceptó por completo las tendencias que ya se habían dejado sentir durante la mitad primera y que consistían en ajustar el traje del Occidente de Europa á la moda alemana, que aún en el siglo décimoséptimo sucedió á la moda española por algún tiempo; pero después que la guerra de los Treinta años hubo

asolado la Alemania, los franceses, además del triunfo de las armas, obtuvieron el de su moda, cuya indiscutible elegancia se impuso entonces y ha seguido imponiéndose hasta nuestros días. Echemos una rápida ojeada sobre las transformaciones que las distintas prendas del traje experimentaron.

Cuando á mediados del siglo décimosexto se hizo casi general el uso de la media para cubrir la pierna, cortáronse los calzones de modo que no bajaran de la rodilla, en donde junto con las medias se les ataba. Las perneras parecían dos sacos holgados, de los cuales en 1560 salieron los gregüescos: para ello se cortaban esos sacos en toda su longitud ó sólo en lo que cubría la parte superior del muslo en cinco ó seis tiras (109. 1 á 4. 6. 7. 9 á 11) y se les forraba con gran cantidad de telas finas de otro color que

formando grandes bollos asomaban por aquellos cortes descendiendo á menudo hasta la pierna y rodeando por arriba la cintura de una especie de corona de bollos más pequeños (109. 9. 11); también salían dos de éstos de ambos lados del delantero, que se llevaba acolchado con exceso. La burguesía protestante usaba estos calzones, aunque de dimensiones moderadas (109. 7. 11); en cambio entre los católicos prevalecían los acolchados á la usanza española, que con sus tiras á modo de asas sobre los pantalones lisos acolchados y redondos semejaban á los toneles holandeses y se denominaban *timbales* (109. 13). En 1600 suprimiéronse las tiras, se disminuyó el acolchado, volviendo los pantalones á tener pliegues (114. 1 á 5) y recibiendo las denominaciones de *desaliñados* cuando eran igualmente anchos por ambos extremos y *bombachos* cuando eran más estrechos de abajo que de arriba, y se substituyó la pretina por un acuchillado con botones. Los bombachos se usaron más tiempo que los otros: atábanse debajo de la rodilla y solían llevar en la costura lateral una hilera de botones. En 1630 las pretinas y los botones cayeron en desuso, llevándose los pantalones sueltos y abiertos por abajo (110. 5. 12) y adornándose el borde con un encaje bastante ancho ó con lazos de cintas colgantes y aun con espesas rosetas. En 1560 se comenzó á llevar debajo de los calzones el pantalón ajustado, adornándose aquéllos con tirillas de cintas puestas

en la costura de la parte exterior en líneas horizontales y de modo que en la segunda línea hubiera menos que en la primera: iguales tirillas adornaban el cuerpo, en donde su número menguaba en sentido inverso al de los pantalones (112. 14). Muy pronto los calzones se confeccionaron tan anchos que parecían faldas de mujeres (110. 12), y aun en 1670 pusieronse los hombres encima de ellos una verdadera saya en forma de delantal (111. 10. 112. 15) que se ceñía á la cintura por medio de una cinta enjaretada de manera que entre ella y el jubón se viese la camisa: en este caso se ataban los pantalones debajo de la rodilla. Las medias, adornadas por arriba con encajes blancos de un palmo de ancho, se separaban en forma de embudos y se remangaban debajo de las rodillas, dejando ver los pantalones interiores. El delantal desapareció al poco tiempo, pero los calzones anchos subsistieron hasta el siglo décimooctavo (112. 13. 15. 116. 2) y á poco aparecieron con las medias ajustadas los pantalones estrechos, *culottes*, que por fuera se abrochaban ó ataban á la rodilla y llevaban por arriba una ancha pretina en vez de acuchillado (112. 21). Los calzones de esta clase se usaron hasta la revolución francesa (118. 1. 2. 8), á raíz de la cual fueron poco á poco reemplazados con pantalones hasta los pies, prenda que á los que la llevaban les valió el nombre de «sin calzones» (*sansculottes*). Hasta entonces los pantalones se habían ajustado á la cintura por medio de un cordón enjaretado, pero á partir de 1800 se llevaron tirantes en forma de tiras que pasaban por encima de los hombros. En 1818 los pantalones, siempre estrechos por arriba hasta la rodilla, se ensancharon desde el arranque de ésta terminando en el tobillo; en 1825 fueron igualmente anchos por arriba que por abajo y con trabillas; en 1830 de nuevo estrechos, en 1835 otra vez anchos y en 1840 únicamente holgados en la rodilla y estrechos por abajo y por arriba. La pretina, que en 1830 fué de moda llevar muy ancha, usóse desde 1790 y se conservó hasta 1850. En medio de todas esas variaciones subsistió el uso de las trabillas.

A mediados del siglo décimosexto, cuando estuvieron de moda en Alemania los holgados gregüescos, la tunique alemana se cortó á la usanza española, sustituyéndose sus mangas anchas á modo de sacos y con muchos acuchillados (109. 1. 2) por las estrechas mangas acolchadas españolas con almohadillados en las hombreras y los puños y el cuello rizados (109. 3. 6. 13), y hasta hubo quienes llevaron el adorno conocido con el nombre de *ventre de pato* que caía en punta por encima del cinturón. En 1570 apareció en Alemania el sayo ahuecado, el verdadero capote de montar de aquellos tiempos, que lo mismo podía ponerse como tunique que colgarse de los hombros á modo de capa (109. 7. 1. 11). Este sayo ahuecado ó se ajustaba al pecho como el justillo y tenía un faldón añadido (109. 7), ó era todo de una pieza y bastante ancho y llegaba hasta la mitad del muslo (109. 10); en este último caso estaba cosido por el talle de modo que cayese en pliegues ó se ceñía por medio de un cinturón de manera que quedase arrugado. Más abajo del cinturón se le hacía un corte, á derecha y á izquierda, que se cerraba con botones y que en caso de montar á caballo permitía echar hacia atrás los faldones. Lo mismo si tenía el faldón añadido que si era de una sola pieza, ese sayo se cerraba por delante ó á un lado en toda la extensión del pecho hasta el cinturón por medio de corchetes y ojales; las mangas eran unas veces estrechas, otras muy anchas.

Poco después de 1600 desaparecieron de la tunique los acolchados y el *ventre de pato*, en cambio se procuró la rigidez del pecho por medio de ballenas y se ajustó el talle de suerte que se estrechase de atrás hacia adelante formando una esbelta punta; sin embargo la burguesía volvió pronto al talle recto y proporcionalmente largo, suprimiéronse los pliegues del delantero, alargóse éste algo y en lugar de la abultada almohadilla púsose en la costura del hombro una tira de tela puntiaguda: de este modo la tunique se convirtió en jubón. Para éste adoptóse durante la guerra de los Treinta años el modelo sueco, de talle bastante corto, faldones no muy largos, lisos y separados por detrás y de mangas cosidas rectas (110. 8): éstas se introducían por aberturas muy anchas y á menudo tenían abierta la costura de la cara exterior que podía abrocharse y por la cual se veía la camisa ú otra manga interior expofeso añadida

al cuerpo. El jubón se cerraba por delante con botones, corchetes ó agujetas. Análogo al jubón sueco era el colete sin mangas, de piel de búfalo ó de ante, que á modo de coraza se llevaba solo ó sobre el jubón y cuyo faldón se componía de cuatro á seis piezas ensanchadas por abajo de manera que montando á caballo venían á caer una sobre otra sin dejar abertura alguna (110. 6. 111. 3). Después de 1630 subióse el talle del jubón hasta hacerlo llegar en 1640 debajo de los brazos, cayendo el borde de los faldones sobre las caderas (110. 5. 111. 6. 112. 11). A partir de 1650 el talle volvió á alargarse sin que por ello se alargase el jubón, adornándose el borde de los faldones con encajes, según la moda de la época. Las mangas, aunque parecidas á las suecas abiertas por delante, tenían dos costuras y carecían de hombreras. Desde entonces el jubón se fué modificando en el sentido de la moda francesa: las mangas se llevaron con anchas y holgadas vueltas que abiertas por abajo llegaban hasta el codo dejando ver las de la camisa provistas de grandes puños; el cuerpo y los faldones constituían á menudo piezas distintas y estos últimos se ataban á la cintura á modo de delantal con un tirante, de suerte que por entre ellos y el cuerpo asomara la camisa de finos pliegues (111. 10). En este delantal se cortaban bolsillos laterales abiertos á lo largo ó á lo ancho y en el borde inferior del mismo se ponían algunos lazos. Después de 1670 el jubón, cuyos cuerpo y delantal volvieron á ser de una sola pieza con anchos faldones, llegó hasta las pantorrillas; las mangas, de distintas hechuras, tenían grandes vueltas: bolsillos en los costados, lazos en las hombreras y ricas borlas completaban esta prenda. En 1690 se ensancharon las mangas desde el codo de manera que las vueltas podían alzarse á capricho hasta muy atrás (110. 16 á 18. 111. 12. 112. 20. 21); además iban abiertas por su cara posterior y por delante se cerraban con algunos botones. Entonces el jubón se usaba sin cuello y así siguió usándose hasta 1700; luego se le añadieron anchos y rígidos faldones que caían por los lados formando pliegues (116. 7) y que abiertos por detrás se cerraban con botones ó con unos puntos de aguja (117. 8). Las vueltas de las mangas fueron pequeñas, cerradas por detrás y cosidas: con posterioridad al año 1760 la anchura de las mangas y la de las vueltas eran casi iguales (117. 1. 8. 9) y los pliegues laterales menos exagerados que antes; en cambio la parte superior del jubón se llevó más ancha y con un pequeño cuello. En 1790 los bolsillos se colocaron en el interior de los faldones. En 1800 las dos piezas de la espalda del jubón, que ya era levita, cortáronse más estrechas que hasta entonces, puntiagudas por arriba y por abajo; en cambio ensanchóse la parte del pecho: del mismo modo los faldones se usaron estrechos por detrás y anchos por delante y en el extremo de cada costura dorsal, en la región lumbar, fijóse un botón. El corte y la posición del cuello variaron mucho: en 1820 y 1830 subía bastante por detrás y descendía por delante hasta la cintura (119. 12. 17); las mangas formaban en los hombros una eminencia muy visible.

De esta levita se distinguió en la segunda mitad del siglo pasado el frac, prenda cuyo nombre, según una etimología alemana (*wrack*), equivaldría á resto ó despojo de aquélla. En un principio solían echarse hacia atrás y abotonarse los largos faldones de la levita; más tarde, en Inglaterra y América primero y después en las demás naciones, se cortaron los dos trozos delanteros de los faldones y un pedazo del cuerpo de la levita de manera que el corte descendía desde el pecho marcando una línea curva regular (117. 1. 9. 16. 18); posteriormente esta línea formó en el talle una escotadura (118. 2. 12), y en 1837 se la hizo arrancar del pecho (119. 17). En lo demás el frac era igual á la levita.

Lo que hoy llamamos chupa era en su origen un jubón que la necesidad de llevar dos jubones superpuestos hizo nacer del colete sueco-germánico: en efecto, la chupa fué en un principio enteramente igual, en lo tocante á la tela y á la forma, al jubón, sin más diferencia que ser algo más corta y estrecha. En 1680 la chupa era generalmente prenda de casa, pero también se llevaba por la calle; en 1700 se la acortó de modo que sólo llegara á la mitad del muslo y se suprimieron los pliegues laterales que tenía de común con el jubón, empleándose desde entonces para su confección además del cuero paños y sedas de colores, especialmente el raso blanco con flores bordadas y trencillas de oro y de plata. Puesto de moda el frac,

acortóse el chaleco, cuyos bordes inferiores se recortaron oblicuamente hacia atrás. En 1780 apareció el chaleco sin mangas y con tela más basta en la parte trasera que en el delantero; el chaleco hizo desaparecer la chupa y desde 1793 fué recto por delante y estuvo adornado con dos hileras de botones. En 1800 no llegaba más que á la altura del estómago é iba provisto de un cuello fijo de un palmo de ancho que por arriba podía doblarse encima del frac ó levita; más tarde volvió á alargarse, estrechándose en cambio el cuello, y desde 1825 éste se dobló junto con las solapas hacia afuera. En 1818 llevábanse dos chalecos uno encima de otro (119. 9).

Durante la segunda mitad del siglo décimosexto siguió usándose en Alemania como sobretodo el ropón, que revestía formas muy variadas y parecidas á la capa española. Corto, de mangas ahuecadas por arriba y estrechas por abajo y confeccionadas para que colgasen, con guarnición de pieles no muy ancha y el cuello algo alto, dábase al ropón en tales condiciones el nombre de *gestaltrock* (literalmente, sayo para toda la figura) y se llevaba metido de mangas ó colgando (109. 6). Más parecido á la capa española era el ropón llamado *harzkappe*. Ambas prendas eran de igual longitud, tenían el cuello levantado y mangas de grande abertura ó bien cortadas y colgantes: las más de las veces las mangas, adornadas con bollos, eran cortas y no pasaban del codo (109. 5). El ropón propiamente dicho (109. 5) subsistió durante el siglo siguiente con el nombre de *sayo de gala* entre los sabios y funcionarios (110. 7), que lo llevaban algunas veces sin solapas y provisto por delante de una hilera de botones (110. 12). En 1630 el sobretodo se usó con mangas largas, rectas y anchas y con anchas vueltas, según la moda sueca, y en 1670 llevóse como tal el *Roquelaure* francés, que por su corte se parecía al sayo entonces en uso aunque sin talle y bastante ancho: esta anchura aumentó de día en día hasta que á fines del siglo décimooctavo volvió á disminuir, pareciéndose entonces nuevamente el sobretodo, que se llamó *capote*, al antiguo ropón (119. 9). Hacia el 1830 púsose de moda el llamado *Diebitsch*, especie de sobretodo largo, ancho y adornado de pieles recogido por detrás, en la cintura, de modo que cayera en largos pliegues. Pocos años después, el sobretodo, que se parecía á la levita, tenía cuello y grandes solapas de terciopelo ó felpa de distinto color que el resto de la prenda (119. 22) y los bolsillos, abiertos en los faldones en sentido vertical ú horizontal, cerrábanse por medio de carteras.

A fines del siglo décimosexto todos los pueblos del Oeste de Europa llevaban la capa á la española lisa ó con cuello y capucha (véase pág. 136); poco después se usó más larga y más ancha de cuello: después de 1600 la forma de éste fué cada vez más marcadamente cuadrada (111. 1. 112. 11) y á partir de 1650 ocupó todo el borde exterior de la capa, siendo igual su anchura en todos lados. La capa, que primero se llevó como adorno y más tarde como abrigo, se confeccionó con paño grueso y oscuro y se cortó según la antigua forma circular con aberturas para los brazos, pero más larga y ancha que antes y con botones en la parte de delante, ora puestos en una sola hilera á uno, ora á ambos lados. En 1800 junto á las capas sencillas aparecieron las capas con mangas y con dos ó cuatro cuellos debajo del cuello propiamente dicho, colocados uno sobre otro y de manera que el inferior fuese siempre más grande que el de encima (118. 14). Cuando estas capas se llevaban metidas de mangas cerrábanse por medio de unas tirillas de paño puestas en cada borde del pecho, las de un lado con botones y con ojales las del otro; si se llevaban colgadas, ajustábanse al cuello con un broche y una cadenita. En 1830 el cuello de la capa fué tan grande que cubrió por completo los brazos (119. 15), pero además de éste había el cuello pequeño levantado ó vuelto que descendía por el pecho en solapas con dos tirillas de paño que podían abrocharse. Más tarde, en 1840, se estrechó y acortó esta capa y á la altura del codo practicáronse en ella dos aberturas para los brazos: esta prenda así confeccionada se ajustaba al cuello con un gran lazo que se anudaba á un pedazo de madera cubierto de seda (119. 21); el cuello pequeño era por fuera de terciopelo ó de piel y del cordón que lo sujetaba pendían unas borlitas.

El zapato perdió durante la segunda mitad del siglo décimosexto la pala ancha y acolchada que antes

tenía y se amoldó nuevamente á la forma del pie. En 1600 se generalizó el uso de los tacones y el zapato se cortó por los lados hasta muy abajo, á veces hasta la suela, atándose la parte que cubría el talón por encima del empeine, sobre el cual se colocaba un lazo ó una roseta: entonces desaparecieron los pequeños acuchillados. Los burgueses y los soldados conservaron el zapato bajo cerrado, sobre el cual llevaban unas medias de lana hasta las rodillas y otras de cuero, más largas todavía, que les llegaban hasta el muslo (109. s. 114. 10) y que á principios del siguiente siglo fueron reemplazadas por las polainas. Los zapatos, en el siglo décimoséptimo, fueron recios, pesados y las más de las veces teñidos de negro ó del color natural del cuero; á mediados de ese siglo, la pala se prolongó hasta más arriba del empeine tapando el lazo con que en este sitio se ataba la parte que cubría el talón y se adornó con un lazo ó roseta, pintándose entonces de encarnado el borde de la suela y los tacones. En 1670 se confeccionó el zapato dos dedos más ancho que el pie, dándole una forma recta y angulosa por delante; la suela aumentó en espesor y el tacón en altura, en cambio redujose el tamaño de la roseta; diez años después se le agregó un pedazo de cuero colocado en el empeine sobre la pala y tan largo que se doblaba. A partir de 1700 el zapato fué más puntiagudo y las cintas del talón se anudaron sobre la pala, más corta que antes; setenta años más tarde se ataron nuevamente debajo de ésta, que se adornó con una hebilla, y entonces los tacones se llevaron más bajos y la suela más delgada, suprimiéndose también la pintura encarnada de una y otros. Gracias á todo esto, el zapato ganó en elegancia y en 1800 su forma fué la de un pantuflo bajo, sin tacón pero conservando todavía la hebilla (118. 20). Desde aquella fecha, el zapato cedió cada día más su puesto á la bota, hasta que en 1840 apareció la botina, calzado intermedio entre el zapato y la bota que se parecía mucho al zapato de 1770, aunque sin hebilla.

A mediados del siglo décimosexto los calzones de cuero se convirtieron en botas dejándose de cortarlos de una sola pieza para cortar separadamente y luego unir las distintas piezas, tales como caña, pie, suela y tacón: el pie siguió las mismas modificaciones que el zapato; la caña por debajo llegaba hasta la suela, pero por arriba era suficientemente ancha para que en ella pudiesen recogerse los gregüescos; cuando éstos desaparecieron cortóse más estrecha y más larga ó más corta que antes y con un festón por arriba: las cañas cortas se doblaban hacia afuera. Los suecos pusieron en moda unas grandes botas acampanadas por arriba que llegaban hasta mitad del muslo. Desde 1640 se llevaron estas botas ajustadas en la pierna y anchas en su parte alta (110. s. 114. 8), doblándose, si se quería, más abajo de la rodilla y volviéndose á doblar luego hacia arriba, de suerte que con este trozo superior ancho y postizo la rodilla parecía metida en un gran tazón (110. s. 12). Los oficiales de caballería solían llevar esta clase de botas de cuero encarnado sobre sus largas polainas de cuero (114. 10). Desde 1660 desaparecieron las vueltas de las cañas: éstas se fabricaron, en la parte que cubría la pierna, de cuero recio y anchas por igual y la parte superior acampanada de cuero más suave; la suela se usó muy gruesa, recta y angulosa en la punta, y el tacón muy alto, casi cuadrado y tan alto por arriba como por abajo (114. 11). Como en los zapatos, lleváronse en las botas correas para las espuelas y se pintó de encarnado el borde de la suela. En la primera mitad del siglo décimooctavo las botas de montar fueron una verdadera monstruosidad, y no sin razón se les dió el nombre de *cañones*; la caña, de igual anchura en toda su longitud, era de cuero grueso y endurecido por cocción y bastante ancha, pues de lo contrario dada su rigidez hubiera sido imposible quitarse la bota; la parte superior, aún más ancha, era de cuero más blando; las correas para las espuelas llegaron hasta la mitad de la tibia. Al par que estas botas llevábanse unas polainas ligeras y blandas que se ataban ó abrochaban por fuera (116. 5). Desde 1730 la bota fué menos pesada, el cuero de la caña menos recio y las correas para las espuelas más pequeñas, resultando la forma general de la bota más ajustada á la pierna: también se estrechó la parte superior, que siguió formando pieza distinta de la caña, á la cual iba cosida, aunque cortada en la corva. Desde entonces se embetunaron las botas y se sacó lustre de la caña con un cepillo. Además de las botas de recia caña, empezóse á usar las de

cuero elástico y blando, que se ataban debajo de la rodilla con una correa y que se doblaron nuevamente por arriba, gracias á lo cual veíase el forro de color: el tacón, la suela y el tirante de la espuela fueron más ligeros que antes. A estas botas siguieron las de campana, casi lisas enteramente, que llegaban hasta mitad de la pantorrilla y cuya parte superior se introducía en una pieza de cuero barnizada de blanco, amarillo ó negro (117. 14. 18); el tirante de la espuela se convirtió en una correa estrecha. En 1800, aparte de las botas de caña corta (118. 1. 8. 12. 13), se llevaron también botas altas de caña rígida, muy abiertas en la corva, con un cordón en su borde superior y una borla en la cara delantera: este calzado recibió el nombre de *botas de Suwarow* (118. 14. 24).

El cuello formado con la misma tela de la camisa, que estuvo de moda en el siglo décimoquinto, transformóse en la época siguiente en cuello independiente ó golilla que como apéndice de aquélla se alzaba hasta tocar la barba, y cuyas dimensiones aumentaron de día en día, llegando á parecer una rueda de molino (110. 7) y á hacerse en esta forma de uso general como prenda para el cuello de los hombres durante la primera década del siglo décimoséptimo. La golilla, que conservó su predominio en España y en las ciudades holandesas más que en ninguna otra parte, fué reemplazada por el cuello: éste tuvo su origen en la tira superior de la camisa que venía á parar debajo del borde que antes había hecho las veces de cuello, y fué creciendo en la proporción de las golillas; cortado por delante, se le mantenía tieso por medio de un alambre ó ballena y separado en sus puntas. En esta forma llevábase como armazón de la golilla ó solo y en este último caso recortábase por delante en línea diagonal, se prolongaba en la dirección de las puntas y manteníasele abierto y más ó menos encorvado hacia abajo (114. 1 á 4). Con las modas suecas, la golilla dejó de formar parte del traje nacional sustituyéndole en éste el cuello de tela blanca y corte rectangular ó algo más estrecho en los hombros, con pliegues y completamente bajo (110. 5. 8): al principio era liso, luego se le adornó con encajes y finalmente fué todo de encaje. En 1650 los extremos delanteros se usaron tan anchos y largos que en parte caían uno sobre otro: era costumbre entonces llevar sujeto el cuello con un cordón á menudo provisto de borlitas. En 1665 suprimiéronse los adornos de encaje y el cuello, enteramente liso, volvió á ser cortado todo él del mismo ancho ó bien tan estrecho por detrás y por los lados y tan ancho por delante, que descendía por el pecho en dos grandes tiras. A fines del siglo décimosexto el cuello fué sustituido por la corbata, cuyo origen arrancaba de un pedazo de paño estrecho hasta entonces muy usado para mantener caliente el cuello: desde 1660 esta corbata, casi siempre blanca y de forma rectangular, se anudó por delante, introduciendo en el nudo los extremos de la tira, que se sujetaban por medio de cintas de colores provistas de borlas; posteriormente se hizo con ella dos grandes lazos, cuyas puntas adornadas de encajes caían sobre el pecho. Las clases altas de la sociedad utilizaron para esta prenda una tela de punto blanca y finísima llamada *steenkerke*, un pedazo de la que se anudaba suelta y muy floja alrededor del cuello (111. 11. 14). En 1720 esta corbata desapareció dejando el puesto á un pañuelo cuadrado, negro ó de color, que se doblaba primero en triángulo en sentido de la diagonal y luego en varios dobleces y que se anudaba al cuello por detrás y se adornaba por delante con un alfiler: en la pechera de la camisa, que quedaba al descubierto, se fijaba una tira bordada y ligeramente ondeada. A principios del año 1790 atóse este pañuelo de modo que formase dos grandes lazos y que sus puntas cayesen sobre el pecho; luego volvió á atarse por detrás, pero entonces el corbatín iba puesto sobre otro interior sumamente grueso que de tal modo lo abultaba que el cuello parecía de las mismas dimensiones de la cabeza y la barba venía á parar encima de la corbata (118. 2. 3). En 1812 este corbatín que servía de refuerzo fué sustituido por el llamado «parricida» (*vatermorder*), cuello interior de hilo blanco cuyas puntas salían fuera de la corbata y subían hasta las mejillas: el pañuelo-corbata atóse nuevamente por delante formando nudo y lazos. En 1820, además de los *parricidas* estuvieron en uso unos alzacuellos anchos que se mantenían derechos por medio de cerdas de jabalí ó de ballenas y que sujetando las mejillas mantenían erguida la cabeza, y en vez de chorreras se llevaron

camisolines. En 1830 apareció la corbata propiamente dicha, consistente en una cinta guarnecida con tela blanca ó de color con nudo y lazos cosidos que se fijaba en la nuca con una hebilla y cordones: al propio tiempo reapareció la chorrera, pero ya no ondeada sino con listones.

A principios del siglo décimoséptimo se llevaba el pelo corto, y en vez de barba, bigote y perilla; pero en 1630 la cabellera larga y ondulada caía sobre los anchos cuellos (110. 8. 12. 111. 9. 112. 4. 11. 13. 14) y á medida que se dió al cabello mayor longitud, la perilla y el bigote fueron más pequeños: éste, en la segunda mitad de esta época, parecía una línea negra sobre el labio superior y aquélla una mosca parada en el surco que separa el labio inferior de la barba. Aquel á quien la naturaleza había negado una cabellera larga, echaba mano de una peluca cuyas rizadas y enmarañadas melenas colgaban alrededor de la cabeza como si fueran cabello natural. En 1660 la peluca imperó de tal manera que la gente para ponérsela se rapaba el cabello, y se la ponían partiendo en dos alas sobre la frente los rizos que á derecha é izquierda caían sobre el pecho y por detrás sobre la espalda (112. 20), bastante aplanados por delante y muy levantados á ambos lados de la coronilla. Tal fué la peluca alongada que subsistió durante ochenta años hasta ser sustituida en 1740 por la peluca de abrigo (*azel*), que sólo llegaba un poco más abajo de la oreja (116. 1). Durante este período solían los soldados llevar su cabello largo atado á la altura de la nuca y así recogido se lo subían hasta el vértice de la cabeza, en donde lo sujetaban. Más tarde se lo encerraban en una bolsa que caía suelta é iba adornada con una roseta negra: esta bolsa fué adoptada por la gente principal á principios del siglo décimooctavo (116. 7. 10), y entonces los soldados y la clase media se recogían el cabello en una cola que envolvían en una cinta negra ó gris de una pulgada de ancho, la cual se anudaba formando un lazo arriba y otro abajo; en cuanto al pelo de la frente se lo echaban atrás hacia la coleta ó se lo cortaban y levantaban en forma de tupé; el de las sienes se lo rizaban en bucles. En esta época de pelucas y coletas era extraordinario el uso que se hacía de los polvos de las más finas harinas de candeal, hasta el punto de que á partir de 1720 todas las cabezas eran blancas. El rostro llevábase completamente afeitado y únicamente los militares se dejaban el bigote. Los labradores peinaban hacia atrás su largo cabello. La revolución francesa acabó con las bolsas y las coletas, lo propio que con los polvos, dejándose desde entonces al capricho de cada cual todo lo referente al cabello y á la barba, y volviendo á aparecer primero las patillas, luego el bigote y finalmente desde 1848 la barba completa, que se denominó *barba á lo demócrata*.

En la segunda mitad del siglo décimoséptimo usábanse los sombreros de dos formas: el sombrero español alto, cilíndrico, de alas estrechas (109. 13), y el sombrero de copa puntiaguda ó redonda y alas proporcionadas, que era el antiguo fieltro de los labradores (109. 7. 9. 10): éste púsose de moda con la guerra de los Treinta años, pero muy exagerado de copa y de alas (110. 6. 10) y por añadidura con plumas de avestruz que en forma de cola de zorra descendían hasta más abajo de la nuca. En 1650 prevaleció un sombrero parecido al antiguo fieltro, de alta y puntiaguda copa, alas rectas y de anchura variable (110. 12. 111. 15. 17 á 19. 112. 14), generalmente negro y con una sola pluma encarnada, negra ó blanca; diez años después la moda adornó el sombrero con plumas colocadas alrededor de la copa y ensanchó las alas, que desde 1680 se arrollaron por los lados hacia arriba (110. 15) porque tales como eran resultaban sumamente incómodas; al poco tiempo, las alas de forma circular se levantaron en ángulo agudo hacia la copa, primero por un lado (111. 12), luego por dos (111. 14. 15. 114. 11. 12. 14) y finalmente por tres (110. 17. 18), sosteniéndolas en esta posición por medio de cordones que pasando por encima de ellas se cruzaban en la copa. En 1740 dominó el sombrero triangular ó de *tres picos*, ribeteado con galones de oro y de plata y adornado en un costado con lazo y escarapela. En 1780 lleváronse las alas cortadas en forma oval y alzadas en sus dos lados estrechos, naciendo el sombrero de *dos picos*, que fué el de la revolución francesa. Posteriormente los lados anchos eran los que se llevaban levantados. Este sombrero de dos picos iba adornado en los lados con grupos de plumas y se conservó en los círculos diplomáticos aun

mucho tiempo después de haberlo sustituido los militares por el chacó y los paisanos por el sombrero de copa alta, generalmente de fieltro ordinario cubierto de felpa, de alta copa más ancha de arriba que de abajo, como el chacó (119. 5), ó por el contrario de forma de cono truncado, y con alas estrechas y un poco retorcidas por los lados (119. 12. 17). Finalmente dióse á la copa el mismo ancho en toda su longitud (119. 21. 27) con lo que nació el sombrero redondo ó cilindro, junto al cual apareció desde 1848 un sombrero bajo y blando de fieltro, de cómodas alas, al que se dió el nombre de fieltro simplemente.

El alto y arrugado birrete de estrechas alas, tan en boga á fines del siglo décimosexto, subsistió en el décimoséptimo casi únicamente entre las personas de carácter oficial y los jornaleros; los eclesiásticos empezaron á usar unos gorros cuadrados y de regular altura que se ensanchaban hacia arriba (114. 17); análogos los llevaban los sabios y los cazadores, pero los de estos últimos tenían grandes bordes que se doblaban hacia abajo. Los obreros cubrían sus cabezas con unas gorras puntiagudas ó redondas de altura variable. Hacia el año 1820 volvió á estar en gran predicamento la caperuza, que, parecida al antiguo birrete bajo y ancho por arriba, tenía en su parte inferior una cinta lisa y en su parte delantera una visera de cuero de forma semicircular en vez de ala.

El traje femenino, como el de los hombres, tendió en la segunda mitad del siglo décimosexto á la moda española. Comenzóse por estrechar la abertura del cuello del corpiño, rellenar las hombreras y alargar el talle de éste (109. 15. 19), estrechándolo y haciendo poco á poco que por delante formara una pequeña punta; la saya, que al principio se puso sobre un círculo duro situado casi junto á la cintura y que se ataba á un cinturón por medio de cintas, colocóse después, y de modo que no hiciese la menor arruga, sobre un armazón de ballenas ó de alambre y hasta de hojalata, muy estrecho por arriba y extraordinariamente ancho por abajo: para apretarse el talle, usaban las mujeres unas planchitas que se ajustaban con cordones. Estiláronse entonces grandes golillas y exageradas hombreras de las cuales arrancaban unas tiras á modo de mangas. A principios del siglo décimoséptimo los círculos del armazón fueron de igual anchura y de regulares dimensiones; á poco, sólo se llevó uno, el de arriba, que ó bien se hacía subir hasta la altura del talle, á la sazón muy largo, adornando por este sitio la saya con una golilla á manera de plato (110. 1), ó bien se le dejaba bajo, colocando encima de él almohadillas y atando por debajo de él la saya (110. 1. 2). Las hombreras tenían á veces un palmo de altas y las estrechas mangas estaban adornadas por delante con anchos encajes. Desde 1630, además de los corpiños puntiagudos lleváronse los corpiños cortos con el escote muy abierto y un gran cuello de encajes: las mangas, detrás de las cuales colgaba una tira de tela ancha y larga, lleváronse acolchadas ó lisas, pero en este caso iban abiertas por delante y se ataban sobre una manga interior abollada (110. 11. 112. 5. 7. 8 á 10). La saya se usó con pliegues y á menudo con la costura detrás, y forrada con una gruesa almohadilla. La moda francesa exigió en 1650 que el corpiño, que hasta entonces sólo había llevado ballenas por delante, las tuviera en todo su alrededor y se atara por abajo con cordones: el escote, muy abierto, estaba ribeteado de encajes que se ataban por delante con una cinta formando un gran lazo; las mangas, muy anchas y remangadas, atábanse al codo por medio de cintas estrechas ó de un broche y formaban allí un bollo; las mangas interiores que cubrían el antebrazo eran blancas, ahuecadas y con anchos puños de encaje. La saya, que se cosía en pliegues sobre el corpiño, usábase muy ancha todavía, pero proporcionada y con algo de cola, de suerte que al andar era preciso recogerla. En 1680 las mangas exteriores é interiores se ajustaban encima del codo (112. 17. 18). La túnica, abierta por delante (112. 12), levantábase dejando ver la falda ricamente adornada y quedando prendida con broches (110. 19. 20. 112. 16); el corpiño volvió á atarse por delante con cordones. Hacia el año 1700 introdújose la moda de cortar el corpiño en dos líneas rectas que arrancando del sobaco terminaban en la punta (112. 18. 116. 3. 6), cerrándose la abertura que entre ellas quedaba con una planchita rígida triangular; en cuanto á la falda, muy arrugada y con la costura detrás, era independiente del cuerpo, estaba cortada en línea diagonal y redonda por abajo, se

recogía á ambos lados en grandes pliegues y se clavaba por detrás sobre un miriñaque lo más alto posible: la cola arrastraba á menudo una vara por el suelo. Al conjunto de falda y corpiño, generalmente de la misma tela, se le daba el nombre de manto (*manteau*).

Para estar en casa llevaban las señoras en vez de manto la saya y el corsé; era éste una especie de coraza con las ballenas muy juntas y que á modo de abanico se ensanchaban de abajo arriba á ambos lados de una pieza de hierro central algo encorvada en su extremo inferior: esta prenda solíase llevar cubierta de seda gruesa, tenía por arriba dos cintas que pasaban una por encima de cada hombro y estaba por abajo recortada por causa de las caderas; por delante iba adornada de botones, lazos y encajes, por detrás atábase con un cordón y en la cintura había ojales para sujetar la falda: ésta se asentaba sobre las caderas por medio de un cinturón al que se prendía por medio de corchetes, y era igualmente ancha de arriba que de abajo. La falda y el corsé rara vez eran del mismo color. De estas dos prendas salió en 1700 el vestido largo (*robe*), que como el manto tenía mangas y se llevaba doblado de modo que se viera el forro de distinto color. El vestido largo y el manto estuvieron de moda durante casi todo el siglo décimotercero, pero sólo como trajes de gala ó de fiesta, pues para casa y paseo apareció en la primera mitad de este período la prenda llamada *contouche*, que se ponía encima del traje y que arrancando del cuello y sin cintura se ensanchaba hacia atrás (116. 9. 11 á 13): el *contouche* tenía un gran escote, formaba por detrás un largo pliegue y por delante ostentaba una abertura que se cerraba por medio de cintas. A partir de 1685 volvió á llevarse el miriñaque en forma primero de embudo y desde 1700 de campana, de suerte que sobre las asentaderas formaba una gran convexidad (116. 9. 12. 13): sobre él se colocaba la falda recogida ó el *contouche*. Las mangas eran cortas, ajustadas ó con un abofellado, lo propio que la manga interior blanca que terminaba en un puño largo y abierto. En 1740 pareció que el miriñaque iba á desaparecer; en cambio la cola del manto continuó arrastrando, aunque estrecha y muy arrugada: las mangas se usaron más largas, sin abofellados y adornadas de vueltas regularmente anchas que en 1760 cedieron el puesto á los encajes. Por entonces volvió á gozar de gran favor el miriñaque, más grande que nunca (116. 12. 117. 2) y tan ahuecado por encima de las caderas que sobre él podían descansar los brazos; la forma de esta prenda ya no fué circular, sino oval y tan ancha en sus costados que las que la llevaban tenían que ponerse de lado al pasar por alguna puerta. Al lado de este miriñaque *à coude* estuvo de moda una especie de *polissón* denominado *cul de Paris*, que sólo tenía por objeto abultar las caderas y que levantaba el vestido por detrás (117. 12). La falda *à coude* formaba por arriba y á ambos lados varios pliegues é iba cosida á una preña: algunas veces, sin embargo, era lisa; la que se ponía sobre el *cul de Paris* estaba plegada por detrás. La abertura inferior triangular del corpiño fué cada vez más estrecha, hasta el punto de que los bordes de aquél fuéronse aproximando más y más y acabaron por juntarse (117. 10).

Al corsé vino á sustituirle el casaquín, que era mucho más cómodo y que como aquél continuó siendo largo de talle y liso. Los recogidos de la sobrefalda desaparecieron en 1770, pero ésta siguió llevándose abierta y lisa sobre la falda-miriñaque *à coude*, que cubría por detrás y por los lados con dos á modo de alas de escarabajo (116. 19. 117. 10): cuando se ponía sobre el *cul de Paris* descendía en larga cola. Esta moda, sin embargo, no subsistió mucho tiempo, pues muy pronto se cerró la sobrefalda y se levantó en todo su alrededor por medio de cordones (117. 11) que se introducían en pequeñas anillas cosidas en la parte interior de la espalda. Las mangas se llevaron en aquel período largas y estrechas. Al propio tiempo que el manto y mientras estuvo éste de moda, estúvolo también una túnica que se llevaba de cuatro distintas formas: larga ó corta, ajustada ó á pliegues. La parte superior del manto convirtiéndose en un jubón, el *caraco* (118. 9. 10), que era siempre de la misma tela que la falda y que por arriba, donde se cerraba, corría en línea curva hacia atrás terminando en la cintura en una punta á pliegues ó en una larga cola ó también en dos lazos puestos uno encima de otro (117. 19. 20). Debajo de la túnica se ponía

un corpiño que rodeaba el pecho y se cerraba por detrás con cordones; este corpiño era de tela de color claro (118. 4. 10): la cintura se rodeaba con una estrecha cinta de color.

Iniciáronse entonces nuevas tendencias que nada querían ya con los corsés de ballena, los polissones, los miriñaques y las otras cien bagatelas con volantes, encajes y faralaes: las tales tendencias procedían de Inglaterra, en donde nunca habían podido gozar de gran favor los mantos con vueltas ni las sayas artificialmente ahuecadas. El casaquín habíase convertido allí en una larga túnica cerrada por delante con grandes botones y con mangas largas y estrechas: esta prenda tenía bolsillos á los lados y se confeccionaba de manera que pudiera cruzarse por delante. El jubón usábase con talle corto, ligeramente acolchado y con dos pequeñas ballenas en la costura de la espalda, y á él se añadía un gran pañuelo que se cruzaba debajo del pecho y se ataba por detrás, al cual se daba el nombre de *fichú*. Este traje pasó á Francia (117. 17. 118. 3), en donde el espíritu innovador se dejó sentir con tal fuerza que acabó por romper con todas las tradiciones. El vestido, ligero, suelto y generalmente blanco, caía en pliegues hasta los pies, ensanchándose hacia abajo (118. 7) y cómodamente ceñido al cuerpo con una banda de color. Al poco tiempo, subióse el cuerpo hasta debajo del pecho (118. 11) dejando la mayor parte de éste descubierta y se acortaron las mangas, á las que muy pronto se pusieron anchas hombreras: añadióse además al vestido un apéndice ajustado que llegaba hasta las caderas y se alargó por detrás de modo que formara cola. El vestido, que ahora se denominaba *túnica*, era generalmente blanco con el borde de color. La sencillez del corte se compensó con el gran cambio de prendas: en aquel período salieron las sobretúnicas cortadas del mismo modo que las túnicas, aunque más cortas y abiertas de arriba abajo: algunas señoras gustaban de llevar la tira delantera de la izquierda terminada en elegante punta y recogida ésta en el lado derecho por debajo del cinturón (118. 15); otras preferían cortar la túnica de manera que pudiera cruzarse, y en este caso el cinturón se ponía casi junto al pecho (118. 16), merced á lo cual estas prendas de encima tuvieron el aspecto de túnicas griegas sin estar cortadas como tales. El nombre de túnica quedó reservado á esta prenda de encima, y la que constituía la parte principal del traje se denominó simplemente vestido ó basquiña. El pecho descubierto hacía necesarias, dada la crudeza del clima, otras prendas de encima, y de aquí el *spenzer* (118. 17), chaqueta corta de variadas formas, de raso ó terciopelo de color, ribeteada de pieles ó de plumas de cisne, y con las mangas largas y estrechas: también se usó, por el mismo motivo, una larga pelliza en forma de bata y con mucha cola. La basquiña conservó su antigua forma hasta 1810, en que poco á poco fueron desapareciendo la cola y los pliegues (118. 17), resultando la falda estrecha, lisa y corta hasta los pies, que quedaban completamente al descubierto. El talle, que así se llamaba á la sazón el corpiño, fué cerrándose desde 1812 hasta que llegó al cuello: las mangas siguieron siendo abofelladas en los hombros y á menudo cortas, aunque también se llevaban largas y no pocas veces formando bollos en toda la longitud del brazo (118. 18); algunas señoras las usaban cortadas por delante en toda su extensión y abrochadas con botones, descubriéndose entre éstos una manga interior de tela muy fina. La túnica desapareció, pero además del *spenzer* hubo varias de estas prendas abiertas de arriba abajo, siendo una de ellas la *douillette* (abrigo de seda acolchado), que se parecía á la falda por su longitud, por sus mangas y por su carencia de pliegues y que se ataba debajo del pecho con unos cordones á modo de cinturón (118. 19): otra era el sobretodo, *pardessus*, cómodamente holgado que desde 1812 llevó anchas solapas de color y mangas abofelladas (118. 18).

Hasta 1820 el vestido se siguió llevando corto, dejando los pies al descubierto, con el corpiño alto, abierto en línea recta en toda su extensión, estrechamente ajustado al cuerpo y adornado únicamente con algunas flores; con posterioridad á aquella fecha el corpiño se fué alargando poco á poco, quedando cortado en línea recta por abajo y muy descotado por arriba, y la basquiña ensanchóse por abajo y conservó su forma de embudo gracias á las enaguas almidonadas: las hombreras y el antebrazo se abultaron por medio de almohadillas de pluma ó de armazones á manera de cestas (119. 7. 8. 10. 11), y así subsistió

hasta 1830. Entonces dióse á las mangas la forma de jamoncillos, es decir, muy anchas de arriba, estrechas á partir del codo ó de la mitad del antebrazo y muy ajustadas en el puño (119. ¹³); el corpiño se llevó cada vez más largo y estrecho en forma de cuerpo de avispa, al paso que la basquiña, colocada sobre varias enaguas, se ahuecaba de día en día en las caderas y especialmente en las asentaderas almohadilladas y ofrecía por abajo mayor vuelo (119. ¹⁹, ²⁰): el escote del corpiño llevaba un ancho cuello que caía sobre los hombros. Después de 1835, las mangas de jamoncillo se usaron de forma inversa á la de antes, es decir, estrechas por arriba y anchas por abajo, aunque siempre ajustadas al puño, y en el vestido disminuyeron la anchura de los hombros y la abertura del escote (119. ¹⁹): el corpiño solía atarse generalmente por detrás y el cinturón cayó en desuso. En 1840 se llevaron nuevamente las mangas ajustadas á los brazos (119. ¹⁸ á ²⁰). El *spenzer* y el sobretodo (119. ¹ á ³) tuvieron desde 1813 el talle corto y una pequeña abertura con cuello recto; el cuerpo del *spenzer* era liso á excepción de algunos pliegues que ostentaba en la espalda, y las mangas de una y otra prenda fueron abofelladas por arriba y por abajo estrechas. En 1818 empezóse á llevar el sobretodo en vez de la basquiña, cortándose ésta de la misma hechura que aquél: esa prenda se abrochó por delante con botones ó corchetes. El *spenzer* sufrió las influencias de la moda y como el corpiño se cerró ora por delante ora por detrás.

El pañuelo llamado *fichú* que en el siglo anterior había sido importado de Inglaterra, se conservó hasta el siglo presente en forma de chal rectangular más ó menos ancho; pero además de él se llevó un gran pañuelo cuadrado de lana con flores tejidas, ó chal de la India, que se doblaba casi por la mitad en sentido de la diagonal y se colgaba sobre los hombros de modo que de los dos triángulos que al doblarlo de aquel modo resultaban, el pequeño quedase en la parte de afuera. En 1835 el chal fué sustituido por la mantilla, generalmente de seda negra, muy ancha por el centro y más estrecha por ambos lados: más tarde se alargó por detrás y se ensanchó por los lados, adornándose los bordes con rizados. La mantilla terciada y sujeta por delante cubría los hombros y el cuerpo, cayendo sobre el pecho sus largas puntas.

La capa con mangas que se llevó en el siglo décimosexto, desapareció en el décimoséptimo. Más tiempo subsistió, por lo menos como traje religioso; una capa casi circular con muchos pliegues fijos alrededor del cuello ó en toda su longitud que volvió á estar de moda en 1750, aunque cortada en forma completamente circular: entonces esta prenda caía en pliegues sueltos é iba provista de un capuchón. Confeccionábase generalmente de terciopelo de color claro y estaba forrada de piel ó de raso blanco: el forro de la capucha era de seda de distinto color. Llevóse también desde 1780 una capa más ligera y corta con anchos faralaes, pero así ésta como aquélla desaparecieron en 1790 ante el sobretodo (119. ²) volviendo á aparecer en 1830 como prendas de invierno, aunque entonces muy parecidas al sobretodo, puesto que podían meterse por las mangas, eran anchas y llevaban larga valona. Pronto, empero, quedaron de nuevo suprimidas las mangas y volvió á ser la capa simple envoltura de forma circular con doble valona, una larga y otra más pequeña, á manera de ancho cuello (119. ¹⁶).

El zapato de las mujeres fué hasta fines de la Edad media de la misma forma que el de los hombres: cuando el vestido corto dejaba al descubierto los pies, los zapatos fueron puntiagudos y terminados en forma de pico, ó planos, anchos, abiertos y siempre sin tacón como los de los varones. Con la aparición del tacón, ocurrida en las postrimerías del siglo décimosexto y comienzos del siguiente, el zapato femenino adquirió forma propia, diferenciándose en un principio del masculino sólo por la mayor altura del tacón y por la calidad de la tela. Las damas principales llevaban el calzado de seda de color claro y las demás de terciopelo. Hasta 1650 el tacón fué bastante ancho en su base, pero desde entonces se llevó más puntiagudo y alto y elegantemente arqueado por detrás (110. ²¹), gracias á lo cual el pie formaba por debajo un ángulo de más de cuarenta grados y las mujeres se veían obligadas á andar inclinándose hacia delante y aun algunas apoyándose en un bastón. Así los tacones como los bordes de las suelas se pintaron de encarnado y aun á aquéllos solíase á veces cubrirlos de piel blanca: bordados y guarniciones metálicas

eran adornos que se ponían en los zapatos. En el siglo décimooctavo se hizo avanzar el tacón hasta mitad de la suela, pero en cambio rebajóse su altura y se ensanchó su base: en cuanto á la longitud y anchura de la punta variaban de continuo. Las cintas que desde los talones subían hasta el empeine se ataron en éste con lazos, rosetas ó hebillas. La revolución francesa, desterrando los antiguos tacones altos y puntiagudos, sustituyólos con otros bajos y anchos: los zapatos fueron entonces puntiagudos, muy bajos y escotados, y se llevaron sin atar ó atados con largas cintas que se enlazaban cruzándose hasta más ó menos arriba de la pierna (118. 6); este zapato bajo se usó, á partir de 1800, sin tacón y las cintas fueron desapareciendo. Entonces confeccionábase el zapato con telas de color claro, las más de las veces blancas, aunque á menudo también de sarga negra y con bordados: desde 1810 se le puso un pequeño lazo (118. 19). Para calle gastábase un zapato más alto por delante y que se ataba con cordones, al que se dió el nombre de *gamacha*; en 1820 apareció la botina, que llegaba hasta más arriba del tobillo y se ataba con cordones por el lado interior de la pierna: este calzado se fabricaba de sarga gris ó negra y sólo tenía cuero en la punta. Para el invierno usábase un zapato más alto, abierto y atado por delante ó cerrado por arriba con un botón y adornado en el borde y en la abertura con una piel. El zapato de verano, análogo al de invierno, tenía una pala que caía sobre la abertura delantera y se cerraba por fuera con pequeños botones de acero ó dorados: esta clase de zapatos tenía tacones que al principio fueron muy bajos.

En la segunda mitad del siglo décimosexto las mujeres en Alemania llevaban el pelo echado hacia atrás ó partido, y en este último caso cada parte caía en rizos ó ligeramente ondulado sobre las sienes: también se llevaba liso, recogido por una cinta y por detrás metido en una redecilla, ó bien formando trenzas que se fijaban en el occipucio en espiral ó se arrollaban alrededor de la cabeza. En 1570 introdujose la moda de llevar el cabello puesto sobre un armazón de alambre y formando en lo alto de la frente un abultado arco ó dos cuernos que semejaban una media luna: entonces se prefería el cabello rojo, en el siglo siguiente se tuvo en más el negro. En la época de la guerra de los Treinta años y hasta 1650 se llevó el cabello partido en raya y caído por encima de las orejas y hasta los hombros y espalda en menudos rizos ó en largos bucles (110. 11. 112. 8): con este peinado se hacía también una pequeña raya transversal encima de la frente sobre la cual caía un flequillo de cabello rizado (110. 11); además se llevaban lazos, rosetas de cintas y velo, así como un pañuelo fino (112. 7) ó plumas de colores que salían por encima de la frente y de la nuca (112. 10). Después de 1650, cuando apareció la peluca alon- gada, los rizos se llevaron más cortos y recogidos sobre la frente y las orejas, dejando sólo unos pocos bucles largos que bajaban hasta los hombros. El cabello rizado aumentó en altura desde 1670 y llegó á ser doble alto que la cabeza, adornándose entonces con velos de seda que prendidos en el occipucio se dejaban sueltos alrededor de la cabeza y se anudaban debajo de la barba (112. 10): este peinado, que se conoció con el nombre de *fontange*, se modificó en 1690, llevándose desde esta fecha partido sobre la frente y recogido en lo alto en forma de tupés cónicos y cubriéndose el cabello con una muselina blanca que se montaba sobre un armazón de alambre y formaba estrias y pisos (110. 19. 112. 19). En 1704 redujose á la mitad la altura del *fontange* y su adorno se cerró por detrás de la cabeza, quedando como un gorro cuya visera de muselina tableada se adelantaba casi horizontalmente por encima de la frente (112. 18. 19). Este gorro desapareció hacia 1720, y entonces se llevó el cabello corto, bajo y apretado alrededor de la cabeza con un sólo tirabuzón, aunque muy grande, ó á lo sumo dos que arrancando del occipucio caían sobre el pecho (116. 6. 12. 13. 19). Los rizos y las trenzas se distribuían de modo que la nuca quedase libre y descubierta, y el cabello de delante se echaba hacia atrás á fin de que la cara estuviese completamente despejada. Por espacio de treinta años se procuró que el peinado fuese lo más pequeño posible, pero luego volvieron á aumentar extraordinariamente su elevación y su altura: dirigido por todos lados hacia arriba, como las púas de un erizo, recibió del nombre francés de este animal la denominación de *herisson* y causó verdadero asombro á todo el mundo. Consistía este peinado en colocar

como una torre el cabello alisado sobre una gran almohada puesta encima de la cabeza y fijarlo allí por medio de agujas y de goma (117. 10 á 13); en cuanto al cabello de la nuca se recogía en dos puños, uno encima de otro, ó se hacían con él pequeñas trenzas que se entrelazaban ó arrollaban formando bucles. En 1783 se llevaban unos grupos de bucles que cubriendo las sienes descendían hasta más abajo del lóbulo de la oreja y largos tirabuzones sobre el pecho (117. 10). En un principio para adornar el *herisson* empleábanse encajes, cintas, tembleques y flores; pero más tarde echóse mano de las plumas de avestruz, de cestas enteras de flores, frutas ó espigas, y aun hubo damas que se pusieron en el tocado verdaderos bosques de roble y laurel y hasta barcos con las velas henchidas por el viento. A poco inicióse una reacción: en 1790 seguía-se llevando, es cierto, el cabello en forma de tupé, pero quedó suprimido el armazón, se rodeó la cabeza con grandes grupos de bucles y se recogió en un moño el cabello de la nuca (117. 15. 118. 3). Luego estuvo de moda el cabello ligeramente rizado casi suelto, que caía sobre los hombros y la espalda, ó formando como al azar bucles y rizos que descendían por las sienes y por la nuca (117. 17. 19. 20. 118. 4. 5). En vez de polvo blanco usóse entonces el polvo castaño y como adornos complementarios se llevaron flores, plumas de avestruz y muselinas. Bucle y plumas desaparecieron en 1800, en que se adoptó la moda griega antigua consistente en subir todo el pelo hacia arriba y atarlo en la nuca en un manojo del cual escapaban multitud de pequeños y enmarañados bucles (118. 10): también se ataba en la misma forma de manojo con un pañolito de color, sobre el cual se arrollaban pequeñas trenzas, cadenitas y sargas de perlas. De este peinado salió en 1810 el llamado *cabeza de bucles*, que consistía en hacerse bucles cortos y encrespados con todo el cabello (118. 19), excepto con el de la nuca, en el que se clavaba un peine. En 1813 llevóse el cabello alisado, partido en raya y con un bucle detrás de cada oreja, trenzándose el del occipucio y colocándose la trenza en forma de nido en la parte superior de la cabeza: este nido se fué echando cada vez más atrás y en él se clavó un peine alto y arqueado y los bucles laterales de debajo de la raya se convirtieron en *tirabuzones lánguidos*, que caían como ramas de sauces llorones. En 1818 apareció la raya oblicua: el peine y los bucles laterales subsistieron y en cuanto á la trenza se dividió en una porción de trencitas que se colocaron á manera de arco alrededor de la cabeza formando con ellas un mechón en el occipucio. En todos estos peinados la nuca quedaba desnuda, pues el cabello que la cubría se echaba hacia arriba. En 1820 los bucles de las sienes aumentaron en número y en volumen gracias á los postizos (119. 7) y la trenza se fijó en el occipucio, arrollándola en grandes anillos á un armazón de alambre. Hacia el año 1830 el cabello del occipucio trenzado ó en matas sueltas se plegaba sobre un peine alto y dentado: este peinado era para casa. Para los bailes se formaba con el cabello un alto pufo interiormente sostenido por alambres que se mantenían en su posición por medio de un peine pequeño pero de dientes muy largos (119. 14). Este peinado cedió su puesto á otro sumamente sencillito que consistía en llevar el pelo liso, partido y colocado sobre las orejas, ó bien caído á los dos lados de la cara en bucles flojos en forma de espiral: con el cabello del occipucio se hacía una trenza que se fijaba en espiral ó á modo de nido.

Además del birrete que á partir del siglo décimosexto llevaron las mujeres, púsose en uso un elegante gorro, llamado *á la Stuardo*, de terciopelo, que formaba una punta sobre la frente y dos anchos arcos laterales y que descendía hasta muy abajo de las mejillas. En la primera mitad del siglo décimoséptimo casi puede decirse que no se llevaba nada en la cabeza; en algunas ciudades, empero, se cubría ésta con un alto gorro de piel. Entonces nació el *fontange*, de que ya hemos hablado en la página anterior, junto al cual se llevó un gorro que cubría las partes posterior y anterior de la cabeza y sobresalía en forma de puntiaguda visera por encima de la frente (112. 18). De este gorro sólo se conservó más tarde el casco posterior, ensanchándose la puntiaguda visera de modo que se extendiera por completo alrededor del mismo. Desde mediados del siglo decimooctavo sólo las mujeres casadas llevaban gorro, y de aquí la expresión usual en Alemania de *unter die Haube bringen* (poner debajo del gorro), equivalente á tomar

marido. Después de 1750 volvió á aumentar el tamaño del gorro, que llevaba por adorno en su parte delantera unos apéndices de encajes á modo de tejas sobrepuestas que se extendían desde una á otra oreja. En 1780, cuando prevalecieron los peinados altos, dióse al gorro la forma de cono truncado y se le cubrió enteramente de encajes, que se ataban á él por medio de una cinta de manera que por encima y debajo de ésta asomaran como sueltos y desplegados. El número de formas de gorros aumentó considerablemente: el casco fué cada vez más grande y por los lados descendía cubriendo casi las mejillas. Los hubo de dimensiones colosales, figurando entre ellos la *dormeuse*, especie de esfera con pliegues (118. 6), adornada con faralaes en los bordes y á veces con lazos y cintas. En 1799 el casco fué más pequeño y cubrió por delante con una ancha cinta la parte superior de la cabeza y por los lados las orejas; luego aparecieron dos nuevas formas, una que ceñía la cabeza, terminaba por detrás en punta y por delante iba adornada de encajes, y otra ancha á modo de birrete que se colocaba sobre la parte superior de la cabeza y llevaba doble hilera de encajes en los bordes; la primera subsistió hasta 1820, aunque más baja de copa y con mayor cantidad de encajes tiesos y sujetos por medio de lazos, saliendo de ella en 1830 el *gorro volador*, con grandes encajes almidonados. En 1840 el gorro, que volvió á usarse más pequeño, sólo cubría la parte posterior del peinado y se arrugaba hasta terminar en un pedacito de encaje que se ponía sobre la coronilla y se ataba por debajo de la barba.

Otra prenda para la cabeza de las mujeres fué el sombrero, que empezaron á llevar éstas desde el siglo décimoquinto: parecíase al de los hombres y como éste tuvo á mediados del siglo décimosexto ancha ala con acuchillados, copa baja y adorno de plumas (48. 18). Posteriormente disminuyó la anchura de la copa y de las alas (111. 4) y el adorno quedó poco á poco reducido á una pluma que al fin fué sustituida por flores y ramas verdes. Poco después desapareció el sombrero por completo, pero volvió á aparecer en 1640, llevándose entonces alto, algo puntiagudo y con alas de regular tamaño (111. 16. 18. 20); á poco disminuyó la altura de la copa, aumentando en cambio la anchura de las alas. A fines del siglo décimoséptimo sólo las damas principales usaron como prenda para montar el sombrero de tres picos con galones de oro en los bordes y plumas (compárese 110. 17. 18). En 1780 dejóse de llevar el ala levantada, prefiriéndose el sombrero de forma redonda y más ó menos oblicuamente colocado sobre la parte anterior de los colosales peinados (117. 12). Cuando las dimensiones de éstos disminuyeron, el sombrero se puso más directamente sobre la cabeza: su copa fué entonces cilíndrica y más alta y las alas más anchas (117. 19) y cada vez más inclinadas hacia abajo, aunque levantadas sobre la frente. La copa y la visera llegaron á ser tan estrechas en 1790 que el sombrero, alto todavía, resultaba prenda inútil (117. 20). Apareció luego un sombrero bajo, redondo y de alas regularmente anchas, por delante bajas y por detrás levantadas (118. 11). Con posterioridad á 1800 las alas se ensancharon cada vez más por delante, estrechándose, en cambio, por detrás; en los lados llevábanse muy caídas (118. 17): tal fué la capota, el primer sombrero con el cual se usó el velo. En un principio la parte posterior era de tela y la anterior de paja (118. 21), pero más tarde todo el sombrero se confeccionó con terciopelo, raso, felpa ó camelote. En 1810 la capota tenía una visera muy larga y que se ensanchaba hacia adelante; desde 1815 prevalecieron la copa más alta y la visera más ancha y levantada perpendicularmente (118. 18. 19. 119. 1. 2), empleándose como adornos para el sombrero, cintas, plumas y flores. La visera se hizo cada día más ancha y más abierta, acabando por dársele un vuelo desmedido (119. 3. 8) que volvió á disminuir en 1830 (119. 13. 18. 19): entonces se echó sobre los lados de la cabeza de modo que se levantara por delante y se la ató por debajo de la barba, la copa fué más baja é inclinada hacia atrás y últimamente rebajóse la altura de la visera, alargándose y dándosele una forma puntiaguda por los lados (119. 20), lo que dió lugar al sombrero cerrado que apareció en 1840.

En los Estados orientales, Rusia, Polonia y Hungría, subsistió durante el siglo décimoséptimo el antiguo traje indígena y sólo entre las clases elevadas amoldóse en el siglo decimooctavo á las exigencias

de la moda corriente. Durante esos dos siglos se llevaron en Rusia los calzones anchos llamados *stanni* (115. 3. 4. 7. 120. 3 á 5), ceñidos á la cintura con cinturón ó cordón de bolsa y atados por debajo de la rodilla: cubríanse las piernas, que de este modo parecían muy gruesas, con unos trozos de paño, *onutschi* (120. 3. 4), sobre los cuales se cruzaban unas correas, y los pies se abrigan con zapatos de cuero, *sapagi*, ó con zuecos de corteza de árbol, *lapti*. Las gentes más acomodadas calzaban botas bajas y puntiagudas de tacón bajo y últimamente también medias, *tschulki*. Sobre los calzones llevábase la camisa, *rubaschka* (120. 3. 5), de lana ó de hilo, blanca, azul ó encarnada, abierta de pecho y sin cuello, y encima de ella se ponía, á fines de esa época, el jubón de moda abotonado por delante (120. 5). La túnica, *sipun* (120. 4), cruzábase por delante y se ceñía con una faja de tela, *kuschak*, con la que se daban dos vueltas al cuerpo: ésta era la túnica de los labradores. Las personas principales llevaban túnicas con mangas colgantes y mangas propiamente dichas, más largas que los brazos, de suerte que era preciso arremangarlas, y como prenda de encima un largo sobretodo ó *kaftán* (99. 9. 10. 115. 1. 5. 6) que se abrochaba con cordoncillos y cuyas mangas también se arremangaban: esta vestidura tenía un cuello recto que á principios del siglo décimoséptimo tomó el *kaftán* de las túnicas de los soldados (99. 13. 14). Desde los tiempos de Pedro I cortóse la túnica según la moda de Occidente, es decir, con talle; en el cinturón solía llevarse colgado un largo cuchillo parecido al de monte. Cubríase la cabeza con una gorra, unas veces baja y ancha, otras alta y puntiaguda, pero siempre rodeada de una franja de un palmo de ancho (99. 9. 10. 12 á 14): durante el verano llevábase también un sombrero bajo y de anchas alas (120. 4) y en el siglo décimooctavo altos sombreros holandeses de ala pequeña y redonda adornados con cintas. Los pobres para preservarse del frío del invierno echaban mano de pieles de oveja; los ricos utilizaban pieles mejores. Los rusos llevaban la barba larga y el bigote largo también y caído sobre la boca: en tiempo de Pedro I las personas principales convinieron en no dejarse más que el bigote. El cabello se llevaba corto y cortado en línea recta sobre la frente, y únicamente los popes se lo dejaban crecer hasta cubrirles los hombros. Las mujeres llevaban la túnica, *saraphán*, con ó sin mangas (99. 8. 11. 120. 1. 2) y muy abierta de cuello; la camisa les tapaba el pecho y los brazos: esta prenda se ajustaba al cuerpo, pero á partir de la cintura ensanchábase aunque sin formar pliegues; iba abierta por delante, se abrochaba con pequeños botones y se ataba al talle con una faja, consistiendo á menudo sus adornos en muestras de seda y en pieles. La clase baja usaba trajes de paño burdo ó de piel de oveja con mangas. Usábase también en vez de la túnica larga una túnica hasta medio muslo (120. 7) sobre la cual se ponía el *contusche*, especie de chaqueta sin mangas. La camisa, blanca excepto en la Táurida, en donde era de seda de color, tenía las mangas más largas que los brazos, plegadas en su extremo en forma de puño y arremangadas. En invierno llevábase encima de todas las demás prendas una capa al estilo de Polonia (120. 7) con forro y cuello de piel y largas y puntiagudas mangas, confeccionadas de modo que por ellas pudieran meterse los brazos. Usaban las mujeres los mismos paños en las piernas y los mismos zapatos que los hombres, y también calzaban medias y pantuflos puntiagudos. Las que habitaban en las ciudades arrollábanse á la cabeza pañuelos de seda á modo de turbantes, por debajo de los cuales asomaban los tirabuzones. Las muchachas llevaban la cabeza descubierta y el pelo dividido en tres trenzas que descendían por la espalda adornadas con cintas y corales. En los distritos de Moscou, de Jareslaw y de Kalug usábanse unos gorros que por delante presentaban una superficie tiesa y embellecida con ricos adornos (120. 6); en el Oka, junto á Murom, la gorra revestía la forma de media luna puesta sobre una copa redonda que se ajustaba á la cabeza y atada con un velo (120. 7). En los últimos tiempos dominó el gusto de Occidente: los hombres de gran posición llevaban frac y chaleco, subordinando su orgullo nacional al afán de seguir la moda lo más pronto posible; la clase media, los comerciantes y los labradores, por el contrario, continuaron llevando sus antiguos trajes.

El traje de los polacos, que en un principio era común á todos los esclavos, se germanizó en la Edad

media (95. 1 á 7. 10 á 10. 96. 4. 20 á 22), según lo atestiguan las estampas de aquellos tiempos (fig. 45), y en los distritos occidentales todavía era alemán en el siglo décimosexto, cuando los demás territorios habían ya admitido los trajes asiáticos gracias á su trato con los tártaros, rusos y turcos. De todos estos elementos se formó á fines de la Edad media el traje nacional polaco. Formaba parte de éste un kaftán, *zuppán*, largo, pero á veces sólo hasta la rodilla, con largas y cómodas mangas, abierto por delante y pudiéndose abrochar en el pecho con botones y cordoncillos; esta era la túnica nacional, cuyo corte varió muy poco y que en los siglos décimosexto y décimoséptimo se llevaba muy echada atrás (98. 18. 99. 2. 115. 10). Pertenecían también á aquél un jubón con mangas, *kamiselka*, muy parecido á esa túnica; un sobretodo con mangas, *sukna*, ó con aberturas para los brazos ó con largas y abiertas mangas perdidas; una capa, *bekircha*, húngara en su origen (98. 4. 5), con ó sin mangas y con botones y cordoncillos en el pecho; un ropón corto, sin talle y con medias mangas (98. 22); unos calzones ajustados; zapatos bajos ó borceguies de cuero de color, generalmente con tacón y puntiagudos; una gorra alta ó baja, pero plana con franja de piel ó con el borde vuelto hacia arriba y un manojo de plumas de garza real á un lado, y otra gorra alta

Fig. 45



cónico-truncada de fieltro blanco (97. 14. 99. 29). El cabello se llevaba á la tártara, es decir, todo rapado á excepción de un mechón que se dejaba en la coronilla; el bigote lo más poblado posible, y la barba afeitada por completo ó dejando á lo sumo una perilla. Los sobretodos y capas con cordones y botones, lo propio que las túnicas con mangas, casi no experimentaron modificación alguna durante el siglo décimoséptimo; el corte de los demás vestidos varió según las modas oriental ú

occidental: así los calzones, antes estrechos, se llevaron cada vez más anchos y metidos en las botas. En la segunda mitad del siglo décimooctavo apareció el gorro alto y cuadrado por arriba, al que se dió el nombre de *confederatka* (115. 12. 13), y en vez del mechón de cabello en la coronilla se llevó el cerquillo redondo, como el de los frailes (115. 13. 120. 14). El traje nacional casi no subsistió más que entre los labradores, pues la gente acomodada se vistió á la francesa y sólo usó el traje nacional cuando fué cuestión de alguna manifestación política.

Análogas modificaciones sufrió el traje de las mujeres: germanizado durante la Edad media (95. 1. 6. 19), ostentó en el siglo xvi un carácter nacional, aunque con algunos elementos alemanes, entre ellos las mangas cortadas en tiras longitudinales cruzadas por otras horizontales (98. 1), las golillas y los puños; á menudo la manga ancha y acuchillada fué sustituida por la manga estrecha con tiras transversales. El vestido se dividió en túnica y corpiño, este último muy ajustado al cuerpo, cortado en punta y con justillo, y aquélla á pliegues y con mangas largas y estrechas, á menos que se las reemplazara con las mangas anchas de la camisa (98. 13. 20. 23): una chaqueta corta, abierta, con mangas perdidas y medias mangas (98. 17); una valona corta parecida á la gorguera alemana (98. 15. 115. 8); una capa más larga (98. 21. 29) ó un sobretodo también con mangas perdidas ó medias mangas (96. 19. 98. 1) y forro y cuello de piel; un delantal; una gorra redonda ó en forma de corona puesta sobre un tocado que caía sobre las mejillas y la nuca; para el invierno una gorra de terciopelo ó de piel que cubría la nuca y las orejas y debajo de ella un pañuelo de hilo que se arrollaba á la cabeza y en la barba: tales eran las principales prendas del traje femenino, que con ligeras variaciones se conservó hasta mediados del siglo décimooctavo, en que empezó á adoptarse la moda francesa.

Los húngaros se mantuvieron durante la Edad media al parecer más aferrados que los polacos á su traje nacional. Sobre este particular carecemos de estampas que nos ilustren: la primera que poseemos data del siglo decimocuarto y representa á un estudiante húngaro de la universidad de Praga vestido en traje oriental (99. 27), consistente en túnica larga, de mangas estrechas, ceñida con una banda y con el

cuello vuelto; en una chaqueta con mangas acuchilladas por abajo y adornada con botones y cordoncillos; en una gorra de ancho borde y con plumero, y en calzones estrechos cortados según la moda de Occidente, lo propio que los zapatos bajos. Algunas estampas de trajes del siglo décimoquinto (99. 31 á 33), acusan el predominio de la moda alemana, hasta en el tocado de una mujer igual al que todavía se lleva entre los morlajos. Las túnicas y sobretúnicas del siglo décimosexto, tales como las encontramos en las imágenes y estampas, eran de forma análoga á las polacas; además de ellas llevábase un sobretodo de longitud variable con mangas colgantes ó con medias mangas que se prolongaban hasta más abajo del codo: esta prenda estaba abierta, al estilo turco, en la parte inferior de los lados y era por delante mucho más corta que por detrás (100. 3. 7. 9. 11). Como prendas para envolverse, usábanse, además de las capas con mangas, pieles de lobo y otras, y aparte de los zapatos y botas confeccionados como los de Occidente, llevábanse las botas tártaras sin tacones (100. 4). Del modo de vestir de las mujeres de aquel tiempo sólo tenemos noticia por algunas estampas que representan á mujeres dálmatas (100. 13 á 15): visten éstas una túnica sin talle, ceñida debajo del pecho y con ó sin mangas, chaqueta abierta por delante con medias mangas anchas, delantal, pañuelo á la cabeza, zapatos á modo de sandalias de cuero blanco y una especie de capa con aberturas para los brazos: una de las mujeres representadas lleva un segundo cinturón en las caderas. En el siglo décimoséptimo pusieron en uso el corpiño y el corsé, pero siempre acomodados á las formas del traje nacional: éste siguió siendo preferido durante el siglo décimooctavo, aunque ya entonces en las vestiduras de los húngaros dejábase sentir con alguna fuerza la influencia de la moda francesa.

Los bohemios formaban parte del imperio alemán desde los tiempos del emperador Arnulfo, y si bien aceptaron por consecuencia de ello muchas costumbres y vestiduras alemanas (99. 20. 21), conservaron además de su propio idioma algunas prendas de su traje nacional, que aun á fines del siglo décimosexto y á pesar de su distinto corte, denunciaban su origen eslavo. Eslavas eran, entre los hombres y especialmente entre los de la clase baja, la túnica, la capa con mangas, la gorra y las botas, y entre las mujeres la capa. Los hombres llevaban sobre los calzones ajustados una túnica hasta las rodillas, abierta por delante y forrada de pieles, que se ceñía con el cinturón de la espada y con una banda y sobre la cual colocaban una capa de igual longitud que aquélla, con mangas cortas y cuyos forro y cuello caído eran de piel de lobo ó de oso; cubrían finalmente su cabeza con un gorro de piel de largo pelo y calzaban botas sin tacones. Los nobles llevaban el ropón alemán, birrete y zapato bajo (100. 17). Otro tanto sucedía con las mujeres: las de condición humilde vestían más según la antigua usanza indígena; las principales mostraban mayor afición á la moda alemana. El vestido caía á lo largo en apretados pliegues (100. 19); el sobretodo, que llegaba hasta la rodilla sin marcar el talle, iba abierto por delante, estaba forrado de piel y tenía unas mangas generalmente largas y estrechas; sobre él se ponía una especie de valona. En la cabeza llevaban un pañuelo blanco y muy fino y un gorro de lana redondo, de grueso borde y con un botón en lo más alto de la copa. Las jóvenes de elevado rango (100. 21) vestíanse á la alemana y su traje consistía en vestido sin pliegues, corpiño liso con abofellados en los hombros, gorguera de terciopelo, golilla, redecilla dorada, birrete de terciopelo y delantal de paño, camelote ó seda. La capa estuvo en uso mientras prevaleció la influencia polaca y en Silesia, país desde el siglo decimocuarto anexionado al reino de Polonia, fué también una prenda predilecta (98. 24). La capa de novia era la misma capa común pero hecha con pedazos cuadrados de piel de hamster, de veso ó de marta y algunas veces forrada de seda (compárese 98. 19). Las muchachas jóvenes ceñíanse en la muñeca las mangas, en el resto anchas, con una larga cinta de terciopelo cuyos extremos, anudados de trecho en trecho, caían libremente (98. 20).

No poseemos hasta el presente imagen ni estampa alguna que nos permita conocer con toda seguridad el traje de los griegos durante la Edad media; las que conocemos del siglo décimosexto nos muestran á los griegos vestidos con diversidad de trajes, aunque predominando entre ellos el turco. La túnica

con mangas, abierta, abrochada en el pecho y ceñida al talle con una cinta, y la capa de mangas anchas y muy largas ó medianamente largas, eran vestiduras turcas; en cambio los calzones estrechos, los zapatos bajos y sin punta y el birrete bajo, eran prendas de la Europa occidental, es decir, venecianas; las botas y los gorros altos procedían de los tártaros. Los labradores de Creta, los esphakiotas (101. 6), llevaban camisa con ancha manga, calzones estrechos de cuero negro, sobre los cuales caía aquélla por detrás y por delante y un justillo, de cuero negro también, cuyas mitades delantera y trasera eran independientes una de otra y se ajustaban con una lazada sobre los hombros y debajo de los sobacos. Turco era también el traje de las mujeres, y únicamente las esphakiotas y las griegas de los territorios sometidos á la dominación veneciana (101. 5) llevaban corpiño; las de Pera (101. 1) se ponían encima de la túnica una falda muy abierta por delante y con delantal y se clavaban detrás de los hombros una estrecha faja que pasando por debajo de los sobacos venía á apoyarse sobre los brazos. Las griegas de Siria (101. 13) poníanse la capa, que era de algodón blanco, sobre la cabeza, abrochándosela por debajo de la barba y por las dos puntas, y encima de ella un sombrero de forma de hongo hecho con tiras de telas de distintos colores. Al lado de los simples pañuelos de cabeza aparecieron los turbantes y los tocados altos, entre ellos los parecidos á los atavíos de la Edad media (101. 11) y los que tenían forma de cestas, más anchas de arriba que de abajo (101. 8).

Si desde el extremo Oriente de Europa pasamos al extremo Occidente, nos encontramos con los escoceses. Conservaron éstos hasta los siglos décimoséptimo y décimoctavo su traje tradicional de telas á cuadros que se compone de capa de forma varia, chaqueta y calzones de lana ó en vez de éstos medias que dejan al descubierto la rodilla (120. 21); pero la larga y estrecha alianza entre Escocia y Francia fué causa de que el traje en la corte y en las ciudades se amoldara á la moda francesa. El *kilt* ó *phillibeg* aparece en esa época dividido en chaleco y jubón. El chaleco y la chaqueta, ésta con grandes vueltas en las mangas, llevábanse entonces encima del *kilt*, el cual se alzaba por detrás y se fijaba en el hombro izquierdo; unas cintas que se ataban sobre las medias con lazos y rosetas, la peluca y el gorro azul, plano y adornado con genista, acebo y plumas de águila, completaban el traje de los escoceses de aquellos tiempos (115. 20. 120. 19). En la corte se llevaban los calzones ingleses hasta la rodilla con hebillas y botones. Análoga fué la historia del traje femenino: la gran capa de color de azafrán (*arrisard*) levantada por detrás, ceñida á la cintura y abrochada en el pecho con una hebilla, y que las casadas solían subirse hasta la cabeza (115. 18. 19. 120. 22), sólo hasta 1740 se llevó en esta forma; con posterioridad á esta fecha, las damas principales se la ponían como una mantilla encima del traje completamente francés (115. 22). Los corpiños y las chaquetas cortas y holgadas se generalizaron. A menudo las mujeres, aun las que no eran pobres, iban descalzas; las de cierta posición llevaban debajo del vestido calzones de anchura variable, á los que se daba el nombre de *ossan*. El cabello llevábase partido, apretado sobre la frente por medio de una simple cinta y suelto por detrás, aunque algunas se lo peinaban de modo que á derecha é izquierda de la cara cayera un rizo bastante largo que se adornaba con un lazo. Hoy en día, aun en las más altas montañas es punto menos que imposible encontrar el traje escocés puro.